FACETAS

Vol. 4 1971 No. 4

LOS NUEVOS PUEBLOS

Edward P. Eichler y Bernard Norwitch
IDEA VS REALIDAD

Wolf Von Eckardt
DOS EXPERIMENTOS

Anthony Downs
LA ECONOMIA DE LAS NUEVAS CIUDADES

Leo A. Molinaro
LA REPERCUSION SOBRE LAS CIUDADES MAS VIEJAS

Enrique Iglesias
EL DESARROLLO EN LA AMERICA LATINA

Zbigniew Brzezinski
PROYECTANDO EL FUTURO TECNETRONICO

Peter L. Berger y Brigitte Berger
LA INVASION AZUL DE LOS ESTADOS UNIDOS

James R. Mellow
UN PINTOR DE LA CIUDAD

John Updike

Entrevista: EL REALISMO Y LA NOVELA

Cuento: UNO DE MI GENERACION

FACETAS ES UNA PUBLICACION TRIMESTRAL DE CRITICA Y ANALISIS DE TEMAS INTELECTUALES Y CULTURALES DE INTERES ACTUAL EN LOS ESTADOS UNIDOS. LAS OPINIONES EXPRESADAS EN SUS PAGINAS SON LAS DE LOS AUTORES, Y NO NECESARIAMENTE REFLEJAN EL PUNTO DE VISTA O LA POLITICA DEL GOBIERNO NORTEAMERICANO.

Editor: Nathan Glick

Director de Arte: Everett D. Fairchild
Asistentes Editoriales: Katherine Montgomery
Rosemary Chalk

Oficina Editorial: Agencia de Información de los EE. UU., 1776 Pennsylvania Avenue, N. W., Washington, D. C., 20547

Nota sobre derechos: El material tomado de otras publicaciones no puede reproducirse sin permiso. Toda solicitud de reproducción deberá dirigirse directamente a tales publicaciones, o al Servicio de Información de la Embajada de los EE.UU. para su trámite.

FACETAS

1971

Vol. 4 No. 4

Zbigniew Brzezinski	3	**Proyectando el Futuro Tecnetrónico**
Theodore Geiger	16	**La Empresa Privada y el Desarrollo**
Peter L. Berger y Brigitte Berger	28	**La Invasión Azul de los Estados Unidos**
Enrique Iglesias	34	**Las Perspectivas del Desarrollo Económico en la América Latina**
		sección especial: **LOS NUEVOS PUEBLOS**
Edward P. Eichler y Bernard Norwitch	49	**Idea vs. Realidad**
Wolf Von Eckardt	61	**Dos Experimentos**
Anthony Downs	70	**La Economía de las Nuevas Ciudades**
Edward J. Logue	80	**La Política de las Nuevas Ciudades**
Leo A. Molinaro	89	**La Repercusión sobre las Ciudades Más Viejas**
James R. Mellow	94	**Un Pintor de la Ciudad**
John Updike	105	**El Realismo y la Novela** (Entrevista)
	114	**Uno de Mi Generación** (Cuento)
		LIBROS
Martin Kilson	119	**Dos Tipos de Políticos Negros**
William J. Parente	122	**Opiniones de un Intelectual Soviético**
Barbara Miller Solomon	124	**La Esfera Propia de la Mujer**
Donald S. Sade	126	**El Estado de la Antropología**

NOTA AL LECTOR

La historia es lo que nos parece importante del pasado. Hoy, el crecimiento y la ruina de las ciudades nos parecen a muchos —especialmente a los jóvenes— algo mucho más alarmante para las necesidades y esperanzas del hombre que la mayor parte de los hechos políticos o militares. Desde su aparición, la vida urbana ha ejercido una atracción magnética, en especial sobre los aventureros, los ambiciosos y los desarraigados. Esas cualidades de comportamiento, culto y tolerante, a las que llamamos "urbanidad", se derivan de la ciudad.

Pero, con todo su rico pasado, las ciudades de todo el mundo parecen hallarse en un mal momento: atestadas, contaminadas, inadecuadas, indiferentes. Zonas enteras de grandes y viejas ciudades se hallan en descomposición, guaridas del crimen y del escapismo de las drogas. No menos nociva ha sido la huída a los suburbios de incontables personas de la clase media, que antaño dieran a las ciudades gran parte de su vitalidad económica y cultural.

Hoy no hablamos de la gloria de las ciudades, sino de sus males. Hablamos de ciudades "enfermas", de focos de "descomposición", de crecimiento "canceroso". Y los remedios que se sugieren evocan visiones de cirugía: "supresión" de barriadas y "renovación" urbana para las viejas ciudades, así como "nuevos pueblos" (como si fueran trasplantes de corazón o de riñón) para espacios aún despoblados.

Por supuesto, todos los viejos pueblos y ciudades un día fueron nuevos. Pero los centros urbanos, en el pasado, crecían espontáneamente y sin planeación. Las nuevas poblaciones de hoy se han planeado —y siguen siéndolo— en la mesa de dibujo y en el salón de conferencias.

Los artículos de nuestra sección especial describen algunos de los problemas —económicos, políticos, conceptuales o humanos— a los que se enfrentan los nuevos planeadores. Pero aun prescindiendo de las enormes dificultades de adquisición de tierras, consenso de los grupos, financiación, mezcla de clases y de razas, queda por resolver una cuestión básica: ¿podrán las nuevas ciudades planeadas recobrar la variedad, vida y excentricidad que hizo y sigue haciendo atractivas y cambiantes a las antiguas ciudades?

N. G.

PROYECTANDO EL FUTURO TECNETRONICO

Por Zbigniew Brzezinski

En un número anterior de *Facetas* publicamos un artículo del profesor Brzezinski titulado "La Edad Tecnetrónica". La resonancia mundial del artículo fue tan grande que el autor se convenció de que había que extender su análisis de las fuerzas que están transformando a las sociedades modernas, hasta formar un libro *Between Two Ages* (Entre Dos Edades) (publicado por Viking Press), del que se ha extractado el siguiente artículo. ¿Cómo, pregunta, podemos combinar la planeación social con la libertad personal? ¿Cómo podemos hacer el gobierno y la educación más efectivos, sin una mayor centralización de la autoridad? ¿Cómo podemos combinar las virtudes de los "humanistas" con las de los "modernizadores"?

Director del Instituto de Investigaciones de Asuntos Comunistas de la Universidad de Columbia, el profesor Brzezinski antes fue planeador político para el Departamento de Estado y consejero de Hubert H. Humphrey. Entre sus libros se incluyen *The Soviet Bloc* (El Bloque Soviético) y *Alternatives to Partition* (Alternativas a la Repartición).

Las relaciones de los Estados Unidos con el mundo deben reflejar los valores y preocupaciones interiores del país. Ya no es posible una profunda discrepancia entre la conducta externa de una sociedad democrática y sus normas internas. Los medios de comunicaciones de masas rápidamente revelan esa brecha y socavan el apoyo necesario para la política exterior. Una nación que se preocupe por la justicia social y la adaptación de la tecnología en el interior no puede dejar de comprometerse, de manera similar, al nivel internacional.

En su obra *Second Treatise on Government* (Segundo Tratado sobre los Gobiernos), John Locke escribió: "...en el principio, todo el mundo era América". Hoy todo el mundo es Norteamérica, en el sentido en que es la primera en experimentar los dilemas sociales, psicológicos, políticos e ideológicos que ha producido la súbita adquisición de un poder sin precedentes sobre el medio humano y sobre el hombre mismo. La tercera revolución norteamericana (la primera le dio independencia de Inglaterra, la segunda puso punto final a la esclavitud) señala el papel de Norteamérica como innovadora social, explotando la ciencia al servicio del hombre pero sin prescribir dogmáticamente el destino humano. El triun-

Copyright © 1970 por Zbigniew Brzezinski

fo de Norteamérica al edificar una sana sociedad democrática constituiría una promesa para un mundo dominado aún por conflictos ideológicos y raciales, por la injusticia económica y social. El fracaso de Norteamérica no sólo constituiría un retroceso de las corrientes que hoy avanzan desde las grandes revoluciones de fines del siglo XVIII, sino que podría significar un fracaso humano más fundamental: la incapacidad del hombre para superar sus bajos instintos, y su capitulación ante la complejidad y el poder de la ciencia.

Una Sociedad con Auto-Crítica

Si no pudieran reconocerse ni preverse los problemas a los que se enfrenta Norteamérica, los peligros inherentes a ello serían mayores aún. Pero tal no es el caso. Los Estados Unidos contemporáneos quizás hagan una crítica más abierta y sean más exigentes consigo mismos que ninguna otra sociedad. Los informes de la nación que señalan los fracasos de la sociedad, las devastadoras críticas de las insuficiencias nacionales, los elaborados esfuerzos de efectuar un inventario social: todo refleja un temperamento nacional introspectivo y deliberadamente moderado. Los estudios del futuro, organizados en gran escala (por comisiones académicas y por institutos privados) indican un creciente reconocimiento nacional de que el futuro debe y puede planearse, de que a menos que haya un mínimo de opciones deliberadas, el cambio dará por resultado el caos. Esta preocupación no se limita a los intelectuales, sino que incluye también a los hombres de negocios. Todo esto no garantiza que, de hecho, surja una respuesta nacional, pero sí indica una absoluta conciencia, entre los sectores dirigentes de la sociedad, de la necesidad de una respuesta deliberada.

La vitalidad histórica del sistema norteamericano se deriva del compromiso, profundamente enraizado en el pueblo norteamericano, con la idea del cambio democrático. La tradición norteamericana de libre diálogo y absoluta expresión de desacuerdo ha sido un factor importante para desarrollar esta sensibilidad al cambio. Ha hecho posible explotar los movimientos de protesta (y así hacerlos históricamente superfluos) adaptando y adoptando sus programas. Esto no niega el elemento de violencia en la historia norteamericana ni el frecuentemente observado conservatismo de los electores. No obstante, la realidad fundamental de la vida norteamericana ha sido la asimilación de los rápidos cambios producidos por el avance de sus fronteras, la inmigración y el desarrollo industrial. Una dinámica realidad socio-económica se ha fundido con cierto conservatismo político y ha creado un sistema pluralista socio-político que en el pasado ya demostró ser notablemente adaptable para absorber cambios extraordinarios; posee una cualidad estructural capaz de generar y descifrar señales de aviso de crecientes presiones sociales.

Los Estados Unidos de hoy se han fijado a sí mismos normas más elevadas que las de ninguna otra sociedad: aspiran a crear la armonía racial

sobre la base de la igualdad, a lograr el bienestar social conservando al mismo tiempo la libertad personal, a eliminar la pobreza sin socavar la libertad individual. Las tensiones en los Estados Unidos acaso fueran menores si se buscara menos; pero en sus ambiciosas metas, los Estados Unidos conservan su carácter innovador.

Aunque la Nueva Izquierda —particularmente la izquierda violenta— ha servido temporalmente para fortificar el conservatismo social o hasta las tendencias reaccionarias, la impaciencia de los jóvenes probablemente permeará cada vez más todo el sistema socio-político, sobre todo cuando empiecen a ocupar posiciones de mayor influencia y se hagan más conscientes de la necesidad de cambio y reforma. Más aún: la creciente experiencia internacional del intelectual norteamericano y de la élite de los negocios ya ha empezado a provocar una mayor inclinación a considerar los problemas contemporáneos dentro de un marco mayor, sacando así lecciones para los Estados Unidos, tanto de la evolución política como de las innovaciones sociales de otros países avanzados. Por ejemplo, hoy se admite más abiertamente que los Estados Unidos tienen mucho que aprender de la Europa Occidental en planeamiento metropolitano, en planeamiento urbano local, en regionalización, en desarrollo de nuevas ciudades, y en innovaciones sociales y legales.

Como resultado, más norteamericanos reconocen que las dos grandes zonas de cambios necesarios incluyen los aspectos institucional y cultural de la sociedad norteamericana. El primero pertenece en gran parte, aunque no exclusivamente, a la esfera política, y el segundo al dominio de la educación, particularmente en lo que concierne al contenido y formación de los valores nacionales. Un cambio más deliberado en ambos ámbitos serviría como catalizador para la reforma de otros campos de la vida nacional, aportando así el marco y la motivación para adoptar oportunamente los remedios necesarios.

Nuevo Examen del Proceso Político

El segundo centenario —que ya se aproxima— de la Declaración de Independencia podría justificar el llamado a una convención nacional constitucional para re-examinar el marco institucional de la nación. 1976 ó 1989 —segundo centenario de la Constitución— podría ser una fecha apropiada para culminar un diálogo nacional sobre lo valedero de los acuerdos existentes, el desempeño del proceso representativo y lo deseable de imitar las diversas reformas europeas a la regionalización y para modelar la estructura administrativa. Más importante aún: cualquiera de las dos fechas podría constituir una ocasión apropiada para redefinir el sentido de la democracia moderna y para fijar metas sociales ambiciosas y concretas. Por ejemplo, 1976 podría ser un buen año para que un esfuerzo en masa pusiera fin a la pobreza, como hoy se la define, o para poner la educación del negro al nivel nacional; 1989, para los objetivos ecológicos.

No obstante, el ser realistas nos obliga a reconocer que la necesaria innovación política no provendrá de una directa reforma constitucional, por muy deseable que ésta sea. El cambio necesario más probablemente se desarrollará gradualmente, de manera menos abierta. Sin embargo, su envergadura, a largo plazo, puede tener grandes repercusiones, especialmente cuando el proceso político se asimile gradualmente a los cambios científico-tecnológicos. Así, en la esfera política, el creciente flujo de información y el desarrollo de técnicas más eficientes de coordinación pueden hacer posible una mayor transferencia de autoridad y responsabilidad a los niveles inferiores del gobierno y de la sociedad.

En el pasado, la división del poder tradicionalmente ha causado problemas de ineficiencia, mala coordinación y dispersión de la autoridad. Pero hoy las nuevas comunicaciones y las técnicas de computación hacen posible tanto una mayor autoridad a los niveles inferiores cuanto una coordinación nacional casi instantánea.

Estas técnicas también pueden emplearse para mejorar los procedimientos electorales y para obtener una consulta más directa entre el público y sus representantes. Las reformas (como las consolas electrónicas de votación en el hogar) harán posible que los representantes del público consulten rápidamente a sus electores, y a estos electores expresar fácilmente sus opiniones, lo cual es técnicamente posible y muy probablemente se desarrollará en vista de la creciente insatisfacción con la maquinaria actual. Una consulta más intensa, no necesariamente reducida al nivel nacional y a las instituciones políticas, aumentaría más la sensibilidad del sistema social y político norteamericano. La rápida transferencia de información, combinada con muy avanzados métodos analíticos también haría posible una más extensa planeación nacional —en el sentido francés de definición de metas—, que no sólo se concentrara en las metas económicas, sino que claramente definiera los objetivos ecológicos y culturales.

Planeación y Libertad

Los avances tecnológicos revelan sin asomo de duda que la sociedad moderna habrá de requerir cada vez más planeación. Una administración deliberada del futuro norteamericano será cada vez más extensa, y el planeador, a la postre, desplazará al abogado como el legislador y principal manipulador de la sociedad. Esto pondrá en mayor relieve la definición de metas y, por lo mismo, una más consciente preocupación por los objetivos sociales. ¿Cómo combinar el planeamiento social con la libertad personal? Esto ya está manifestándose como el dilema clave de los Estados Unidos tecnetrónicos, reemplazando la preocupación de la edad industrial por equilibrar las necesidades sociales con los requerimientos de la libre empresa.

El fortalecimiento del gobierno local, especialmente del metropolitano, ya se reconoce como una urgente necesidad del proceso democrático de

los Estados Unidos. La transferencia de responsabilidades financieras a los escaños inferiores del sistema político puede favorecer el influjo de mayores talentos y de una mayor participación local en una toma de decisiones locales más importantes. La coordinación nacional y la participación local podrán unirse así mediante nuevos sistemas de coordinación. Esto ya ha sido probado con éxito en algunas de las grandes empresas.

La corriente hacia una mayor coordinación pero menor centralización se mantendría, así, en acuerdo con la tradición norteamericana de borrar toda distinción aguda entre las instituciones públicas y las privadas. Instituciones como la Autoridad del Valle del Tenesí, corporación autónoma pública, o la Fundación Ford, privada, desempeñan funciones difíciles de comprender para muchos observadores extranjeros, más acostumbrados a diferenciar claramente la esfera pública de la privada (como ha sido típico en la edad industrial) o a subordinar lo privado a lo público (tal como lo preconizan los socialistas y algunos liberales) o a ver absorber lo privado por lo público (como ha sido el caso de los estados comunistas).

En un momento dado, la cuestión de la propiedad fue el asunto clave social y político de una sociedad sometida al proceso de modernización. Las formas de propiedad de la tierra habituales en la etapa feudal-agrícola se extendieron, por fuerza del hábito, así como por acomodos históricos, a la edad industrial. Poseer una fábrica era considerado casi lo mismo que poseer un pedazo de tierra. Esto, a la postre, produjo graves conflictos entre las viejas formas y modos de evaluar los derechos individuales, y los nuevos requerimientos de la organización industrial, de los derechos colectivos de los empleados y de las nuevas instituciones sociopolíticas. El socialismo constituyó una solución extrema; en el Occidente más avanzado, la despersonalizada propiedad en corporativa y el limitado compartir de la autoridad con el trabajo organizado fue la norma general del acomodo. La cuestión de la propiedad quedó así redefinida en cuestión de control y regulación, en tanto que el asunto de la explotación asociada con la propiedad era reemplazado por nuevos problemas sobre la participación económica y el bienestar psicológico del empleado.

En el proceso, aun en los Estados Unidos el gobierno federal surgió como la institución clave para reestructurar las relaciones sociales, y el asunto de la extensión del papel del Estado en los asuntos económicos llegó a ser crucial. A diferencia de la era agrícola, durante la cual pocas instituciones estatales participaron en organizar la ayuda a la diaria existencia del hombre, la edad industrial produjo grandes oportunidades para la dirección nacional así como una mayor demanda de una justicia social impuesta por el gobierno. Una dirección más centralizada del Estado pareció la única alternativa al caos y la única respuesta a la injusticia social.

Nuestra época ha estado avanzando hacia un nuevo sistema, borrando las distinciones entre los organismos públicos y los privados y pidiendo una participación más completa tanto de los empleados cuanto de los

miembros. En Europa, la co-determinación no sólo ha abarcado la participación de utilidades, sino que ha conducido a una participación creciente en la toma de decisiones. En los Estados Unidos, también están formándose presiones en la misma dirección. Al mismo tiempo, la creciente perspectiva social de la comunidad de los negocios norteamericanos probablemente aumente la participación de los "ejecutivos de negocios" en los problemas sociales, mezclando así las actividades privadas y públicas tanto al nivel local cuanto al nacional. Esto, a su vez, puede causar una aplicación social más efectiva de las nuevas técnicas de administración que, a diferencia de los procedimientos burocratizados gubernamentales, han demostrado ser eficientes y sensibles a los estímulos del exterior. Los procedimientos burocráticos internos de muchas dependencias gubernamentales se han quedado atrás en innovación tecnológica si se los compara con los grandes bancos y empresas. La rigidez burocrática parece ser una función de dimensiones y jerarquías. Un estudio efectuado por 16 importantes administradores e investigadores mostró, en la primavera de 1967, que las pequeñas compañías independientes han sido mucho más innovadoras en lo técnico que las grandes empresas.

Un Pluralismo de Participación

Tal pluralismo de participación puede resultar razonablemente efectivo para subordinar la ciencia y la técnica a los fines sociales. En el pasado, para algunos, la introducción de la máquina fue el principio de la utopía; para otros, significó desencadenar el demonio. De manera similar, la tecnología es considerada por algunos modernos conservadores como el principio de una nueva edad feliz, porque promete liberar al hombre de muchos problemas sociales, en tanto que para la Nueva Izquierda, la tecnetrónica está reemplazando a la propiedad como símbolo del mal social.

A pesar de todo, lo crucial sigue siendo a qué fines se apliquen la ciencia y la técnica. Una sociedad en que una efectiva coordinación se combina con la descentralización probablemente generará la necesaria discusión y reflexión. Los expertos científicos podrán entonces movilizarse para fines sociales sin recibir un dominante papel social a causa de sus credenciales científicas. El pluralismo de participación no asegurará automáticamente una sabiduría política ni una responsabilidad social, pero puede ayudar a crear una sociedad que se aproxime más a ambas.

La previsión de los efectos sociales de la innovación tecnológica nos ofrece un buen ejemplo de las formas necesarias de cooperación entre instituciones. Una de las más urgentes necesidades del país es la creación de toda una gama de mecanismos que unan los gobiernos nacional y local, la academia, y la comunidad de los negocios en la tarea de evaluar no sólo los efectos de la operación de las nuevas tecnologías, sino también sus efectos culturales y psicológicos. Una serie de consejeros nacionales y locales —no restringida a los científicos, sino integrada por varios

grupos sociales, incluso el clero— vendría bien, tanto con la necesidad cuanto con las nacientes normas de las respuestas sociales al cambio.

Nuevos Lineamientos Políticos

La corriente hacia la progresiva supresión de toda clara distinción entre las esferas política y social, entre las instituciones públicas y las privadas, no nos conducirá por sí misma a una fácil clasificación de lo liberal, lo conservador o lo socialista: términos todos derivados de un diferente contexto histórico, pero sí será un gran paso hacia la democracia de participación propugnada por algunos de la Nueva Izquierda a fines de la década de 1960. De manera irónica, esta democracia de participación probablemente surja mediante una progresiva inter-acción de las instituciones de la sociedad y del gobierno, y no por los remedios que la Nueva Izquierda ha estado propugnando: expropiación económica y revolución política, remedios claramente anacrónicos de una anterior etapa industrial.

El surgimiento gradual del pluralismo de participación acaso no parezca una respuesta suficiente para aquellos sectores de la sociedad norteamericana que se han enajenado completamente, y acaso parezca un cambio excesivo para aquellos que tienen intereses creados en el *statu quo.* Pero, para la gran mayoría de los norteamericanos que aceptan la idea del cambio gradual y que saben valorar el orden en el procedimiento, unas normas múltiples de participación social podrían aportar el deseado desahogo creador para una sociedad que cada vez se hace más compleja y orientada hacia los expertos. En este marco, hasta resulta posible que los partidos políticos, tal como se les conoce tradicionalmente en los Estados Unidos, pierdan importancia; en lugar de ellos, otros intereses organizados, locales, regionales, urbanos, y profesionales concentrarán la acción política, y se formarán cambiantes coaliciones nacionales sobre una base *ad hoc,* alrededor de asuntos específicos de importancia nacional.

Es menos probable que estas coaliciones se formen a lo largo de la tradicional línea divisoria entre republicanos y demócratas o —más recientemente— entre conservadores y liberales, sino que, antes bien, dividirán a la gente de acuerdo con sus básicas actitudes filosóficas ante los problemas de la vida moderna. En términos muy simplificados, los humanistas e idealistas, en un bando, estarán contra los pragmatistas y modernizadores, en el otro.

En el futuro inmediato, la política de la protesta callejera probablemente dominará las dimensiones visibles de la vida política norteamericana. Menos visible —de hecho, a veces totalmente oscurecido por la prevaleciente retórica acerca de la "sociedad represiva"— se halla el progreso gradual hacia una nueva democracia basada cada vez más en el pluralismo de participación en muchos campos de la vida. Si las crisis a corto plazo no impiden a los Estados Unidos redefinir la sustancia de su tradición democrática, los efectos a largo plazo de la presente transición y de sus tumultos serán profundizar y ensanchar las dimensiones del proceso democrático en los Estados Unidos.

Este gradual desarrollo de la democracia norteamericana tendrá que ir acompañado de cambios en los procesos de formar y conformar el contenido de su cultura nacional. Como en el caso del cambio político, la reforma cultural más probablemente avanzará por medio de la evolución —en parte, deliberadamente fomentada y en parte estimulada por un cambio social general— que por medio de un programa establecido. El elemento de elección deliberada y consciente acaso tenga mayor importancia aquí que en la transformación de complejos acuerdos constitucionales, porque en la sociedad moderna el sistema educativo y los medios de información han llegado a ser los principales útiles para definir la sustancia de una cultura nacional. Esto es particularmente cierto en la sociedad norteamericana, que ha rechazado otras fuentes de cultura, como las iglesias y las costumbres tradicionales.

La Educación Hacia una Igualdad Racial

El sistema educativo tiene una especial responsabilidad social ante los norteamericanos negros. Hay una necesidad simultánea de elevar la dignidad del ciudadano negro y de aumentar sus oportunidades a largo plazo. Estas necesidades ocasionalmente han chocado, pero acaso el remedio a corto plazo consista en combinar la búsqueda de identidad separada del ciudadano negro (por medio de sistemas institucionales como cursos y residencias separados) con una preparación en masa científicamente orientada hacia un remedio. El reto de hoy —y probablemente de las varias décadas que se avecinan— es ayudar al norteamericano negro a saltar la etapa última industrial del desarrollo norteamericano, y esto no puede hacerse a menos que una gran sensibilidad de sus necesidades psicológicas vaya acompañada por un reconocimiento de la necesidad de un disciplinado esfuerzo intelectual. Ambos serán difíciles de combinar, pero es en este campo donde habrá de decidirse el final progreso o desastre de las relaciones interraciales en los Estados Unidos.

El problema racial podrá ser resuelto sólo si la sociedad en conjunto define más claramente los valores que busca, se muestra dispuesta a crear un marco sensible para promoverlos y está preparada para insistir en el respeto a los procedimientos ordenados. Nada puede ser más destructivo que un oscilar entre una condescendencia extrema, movida por un sentimiento de culpa, a toda demanda hecha por los extremistas negros —tal condescendencia sólo estimula un aumento del extremismo— y una insensible pasividad u oposición a las demandas negras de justa participación en la sociedad norteamericana. Un gran esfuerzo educativo es el factor crucial, pero para que tenga éxito debe ir aunado al empuje del desarrollo de la sociedad norteamericana.

La difusión, sin precedente, de la educación en masa en los Estados Unidos, nos plantea la pregunta, más general, de si extender mecánicamente la duración de la educación bastará para satisfacer tanto las nece-

sidades psicológicas como las técnicas de una sociedad en crecimiento. La gama social y la duración de la actual educación en masa difiere del sistema de principios de la etapa industrial, de un mínimo de educación en masa para los hombres (y de la norma medieval, aún más elitista, de muy limitada educación para muy pocos). Los programas contemporáneos aspiran a la educación de una gran proporción en los dos sexos, y exigen períodos de escuela que duran entre 10 y casi 20 años (en el caso de los grados más avanzados). En los Estados Unidos, la educación superior se imparte en organizaciones relativamente auto-suficientes y en un marco social que exige un dilatado período de semi-aislamiento de los problemas de la realidad social. Como resultado, tanto en lo organizativo como en el contenido, se ha venido creando un divorcio entre la educación y la existencia social, que ha conducido a la ya observada amargura e inmadurez emocional y psíquica del estudiante.

Educación de por Vida

Al extender la educación sobre una base *intermitente* a lo largo de la vida del ciudadano, la sociedad tendrá que recorrer un largo camino hacia la solución de este problema. Podría reducirse la duración de la fase de educación inicial, auto-suficiente y relativamente aislada. Si se toma en cuenta la temprana madurez física y sexual de los jóvenes de hoy, podría llevarse adelante, en general, dentro de un marco de estudio y trabajo, y sería suplementada por una periódica preparación adicional a lo largo de casi toda su vida activa.

No faltan razones a quienes piden poner fin a la educación inicial (de la cual podría obtenerse más en el hogar por medio de inventos electrónicos) allá por los 18 años. Este período inicial podría ir seguido por dos años de servicio en una causa de bienestar social nacional o internacional, pública o privada. De acuerdo con el idealismo humanitario de los jóvenes, bueno sería no limitar tal servicio a las causas nacionales. Una manera adecuada de tratar el asunto podría ser presentarles una lista de actividades humanitarias aceptables; trabajar para ellas podría ser un buen equivalente del servicio militar.

Tal servicio iría seguido por una directa participación en alguna actividad profesional y por un avanzado y sistemático entrenamiento en tal campo. Después de ello habría regulares períodos de uno o hasta dos años de estudios "integradores", al principio de cada década de la vida, quizás hasta la edad de 60 años. Por ejemplo, la preparación médica o legal podría empezar después de sólo dos años de bachillerato, abreviando así el tiempo necesario para completar la preparación y probablemente aumentando también el número de personas atraídas a estas profesiones. Una re-preparación —y diversificación— regular y formalmente requerida podría seguir, a intervalos regulares, a lo largo de toda la carrera profesional.

La combinación de la especialización inicial con un subsecuente en-

sanchamiento de los horizontes filosóficos y científicos contrarrestaría un tanto la corriente actual, que hace ir paralelamente una creciente especialización y un nivel profesional más elevado. Esto causa una estrechez de la visión general. Esta corriente podría invertirse gradualmente en una situación en que la especialización en la edad de mayor capacidad de absorción fuera seguida por una integración más intelectual en una etapa de mayor madurez personal. Tal enfoque favorecería el gradual surgimiento de una élite integradora y modernizadora que mostraría mayor preocupación por los valores humanos subyacentes en la sociedad, en una época en que una intensiva especialización científica conlleva los peligros de la fragmentación intelectual.

Nuevos Enfoques a la Educación y a la Televisión

El sistema educativo formal ha sido relativamente lento para explotar las nuevas oportunidades de una educación suplementaria, basada en el hogar, por medio de los aparatos de televisión y otros inventos electrónicos. También se ha mostrado desconfianza de la creciente inclinación de las organizaciones no gubernamentales a desarrollar sus propios programas de educación y preparación. Sin embargo, de maneras diferentes, tanto la comunidad negra como las empresas participan cada vez más en la educación, por razones psicológicas o profesionales. Por ejemplo, la Olin Corporation, observando que "no hay potencial de crecimiento en la ignorancia" ha instituido programas de preparación alfabetizadora y de educación superior en tres de sus fábricas. Otras grandes empresas tienen similares programas de preparación.

Una mayor multiplicidad en la preparación educativa favorecerá a una comunidad nacional más pluralista, y la creciente participación de las compañías en la educación puede conducir a una más rápida adaptación de las últimas técnicas y conocimientos científicos en el proceso educativo. Las compañías norteamericanas y, en menor grado, el gobierno, ya han emprendido extensos programas de re-preparación administrativa, avanzando así hacia el sistema educativo intermitente.

Los cambios culturales en nuestra sociedad también pueden ser favorecidos por la creciente rebelión femenina, acelerada por la educación y las nuevas costumbres sexuales. La entrada en masa de las mujeres a las profesiones, a las posiciones de ejecutivos y a la política probablemente se encuentra apenas a una generación de distancia y ya hay abundantes señales de creciente inquietud ante las actuales desigualdades de oportunidad. Esa intensificada reivindicación femenina podría correr por todo el frente cultural de la sociedad norteamericana, aumentando un tanto el interés social general en el desarrollo y la cultura y en sus nuevas normas.

El empuje tecnológico y la riqueza económica de los Estados Unidos hacen posible hoy dar al concepto de libertad un significado más extenso, que vaya más allá de lo externo e institucional hasta lo personal y las

esferas más íntimas de la existencia social del hombre. Enfocando más deliberadamente estos aspectos cualitativos de la vida, los Estados Unidos pueden evitar los peligros despersonalizadores inherentes a una mecanización autónoma, pero filosóficamente sin sentido, del medio, y edificar un marco social para una síntesis de las dimensiones exterior e interior del hombre.

Humanistas vs. Modernizadores

Semejante síntesis puede resultar del actual intenso conflicto entre el personalismo irracional de los "humanistas" y la racionalidad impersonal de los "modernizadores". El primer grupo, al que se debe gran parte de la retórica de la comunidad literaria, los activistas estudiantiles y los liberales doctrinarios, parte de la tradición de escepticismo e incredulidad que desempeñó un papel tan vital para derrocar el dominio de los valores religiosos y filosóficos de la época pre-industrial sobre los valores de los Estados Unidos industriales; trata de fortificar esa tradición con un nuevo énfasis en la emoción y las sensaciones. Dado su estilo dadaísta y su postura histórica, inspirada en los ludditas, resulta poco probable que esto siga teniendo vitalidad durante largo tiempo. La potencial transformación de la Nueva Izquierda en la izquierda violenta seguramente no aumentará su atractivo sobre el público norteamericano.

Los modernizadores son característicos entre los nuevos ejecutivos de negocios, el establecimiento gubernamental-comercial y los hombres de la organización científica. Ellos tratan de combinar el interés propio con un énfasis, aparentemente imparcial, en la innovación racionalista. Y como esta actitud no aporta una razón emocional o filosófica satisfactoria para ninguno, repele a los jóvenes más idealistas.

El choque entre estas dos orientaciones es destructivo y amenazador para la democracia liberal norteamericana. Fragmenta los restos del consenso de la época industrial y polariza la opinión pública que sabe expresarse. Sin embargo, también lleva en sí la promesa de una nueva perspectiva, más adecuada a las necesidades de la surgiente sociedad norteamericana, ya que va más allá del marco, cada vez más caduco, que hoy limita la visión del hombre moderno. Esta nueva perspectiva abarca el creciente reconocimiento de que la propensión del hombre a la innovación científica no puede ser constreñida, que, en tanto que trabaje el cerebro del hombre, la innovación científica habrá de ser una de sus expresiones. Pero también lleva consigo una creciente conciencia de que mientras el hombre se considere a sí mismo como un ser único, el idealismo será la forma vital de expresar su espíritu. La necesidad imperativa tanto para la innovación como para el idealismo es, por lo tanto, estimular una visión humana racionalista, que ya está suplantando gradualmente tanto al escepticismo liberal de algunos humanistas cuanto a la conservadora indiferencia social de algunos modernizadores.

Un Humanismo Racionalista

Este humanismo racionalista se expresa de varias maneras. Primero, como una conciencia internacional, en ascenso, que hace que muchas instituciones norteamericanas, y muchos norteamericanos, vayan más allá de las preocupaciones meramente nacionalistas y participen cada vez más en problemas universales de crecimiento y alimentación humanos, y está despertando en muchos jóvenes una positiva preocupación por los problemas de la ecología. Se expresa, en segundo lugar, en la creciente tendencia a considerar los problemas internacionales como asuntos humanos y no como confrontaciones políticas entre el bien y el mal. En tercer lugar, puede palparse en este humanismo racionalista un poderoso idealismo cívico libre de los deseos utópicos, impacientes y a menudo intolerantes, de resolver inmediatamente todos los problemas de importancia. En cuarto lugar, puede verse en el hecho de que los norteamericanos, en lugar de tratar de huir de los problemas de la ciencia, están tratando de equilibrar su fascinación por la ciencia y su confianza en ella como medio de enfrentarse a los problemas humanos, con una preocupación más intensa por las cualidades personales de la vida, y con una búsqueda de definiciones universales más filosóficas y religiosas de la naturaleza humana. Todo esto sugiere la probabilidad de un renacimiento de la religiosidad, de una naturaleza más personal y no institucional.

Finalmente, el renaciente humanismo racionalista depende del momento histórico, en el sentido de que no abarca —como fuera el caso de la ideología del siglo XIX— conceptos de organización social que se prescribían para todo el mundo, sino que insiste en la diversidad global, cultural y económica. Al hacer esto, el humanismo racionalista probablemente resulte de mayor aplicación histórica que las antiguas respuestas a los problemas sociales. A diferencia de la edad industrial, cuando la complejidad y la discontinuidad histórica produjeron fugas ideológicas de la mente hacia atavismos o futuras utopías, en la edad tecnetrónica la mayor disponibilidad de medios permite la definición de metas más alcanzables, estableciendo así una relación menos doctrinaria y más efectiva entre "lo que es" y "lo que debe ser".

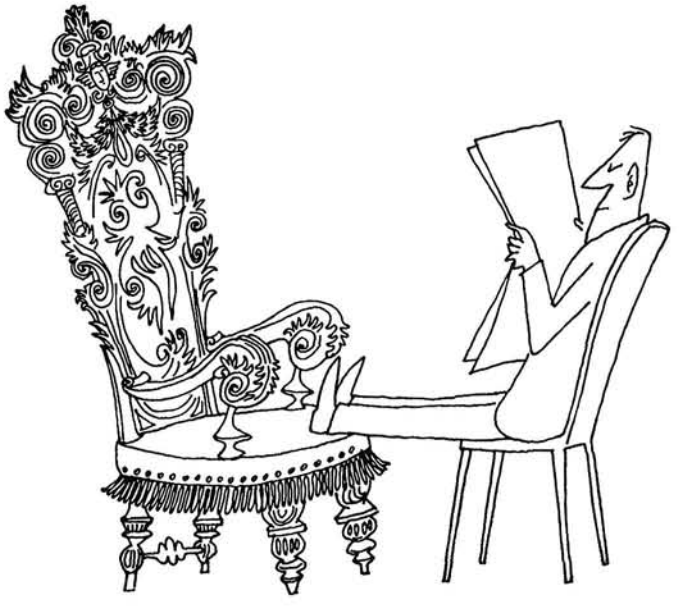
Las grandes revoluciones de los siglos XIX y XX aspiraban tanto a la libertad cuanto a la igualdad, pero aun en ausencia de conflictos raciales las dos resultaron muy difíciles de combinar en una época en que las instituciones tradicionales de una época religiosa, aristocrática y agrícola chocaban con los efectos del racionalismo escéptico, la democracia legalista, la naciente conciencia social y las necesidades de una sociedad urbano-industrial que empezaba a desarrollarse. En los Estados Unidos, el nexo entre la libertad y la igualdad encontró especiales problemas en varios valores religiosos fundamentalistas, profundamente arraigados, y fortalecidos por la creciente separación de la progresista comunidad blanca y la comunidad negra, detenida artificialmente. La desigualdad llegó

a ser una profecía, que se realizaba a sí misma, así como una necesidad económica, para el norte en pleno desarrollo industrial.

Unión de la Libertad con la Igualdad

El potencial positivo de la tercera revolución norteamericana se encuentra en su promesa de unir la libertad con la igualdad. Esta unión constituye un proceso, y no se realizará de un solo golpe. De hecho, durante las próximas décadas pueden esperarse retrocesos y tensiones cada vez mayores. No obstante, aunque frecuentemente oscurecido por apasionadas polémicas, el renaciente humanismo racionalista es parte de la "revolución cultural" que los Estados Unidos han estado experimentando, una revolución cultural más duradera y profunda que la que comenzó esta época.

Aunada a la reforma política, la actual revolución cultural podría ensanchar gradualmente las dimensiones de la libertad personal, aumentando el sentido de auto-realización de un número sin precedente de ciudadanos. Podría dar mayor sentido a la igualdad, haciendo del conocimiento la base del igualitarismo social y racial. Podría crear las condiciones básicas para una sociedad socialmente creadora e individualmente grata, que inevitablemente habría de desempeñar en todo el mundo un papel creador.



LA EMPRESA PRIVADA Y EL DESARROLLO

Por Theodore Geiger

El lugar que ocupa el sector privado en la economía de los países en desarrollo está siendo materia de caldeados debates. El Dr. Geiger sugiere que pueden encontrarse medios para hacer este sector, bajo vigilancia y regulación gubernamental, mucho más efectivo y benéfico para las "sociedades en transición".

Theodore Geiger es jefe de la sección de estudios internacionales de la Asociación Nacional de Planeación, sociedad privada que se dedica a los problemas del desarrollo económico. Es autor de *The Conflicted Relationship: The West and the Transformation of Asia, Africa and Latin America* (Relación en Conflicto: El Occidente y la Transformación de Asia, Africa y Latinoamérica). Está escribiendo un libro acerca de la Comunidad del Atlántico. Su artículo es una abreviatura del que apareció en el número de marzo-abril de 1970 del Columbia Journal of World Business.

Tanto los beneficios como las dificultades del desarrollo económico privado en los países asiáticos y africanos se deben, en gran parte, a las características sociales y culturales de las sociedades en transición. En una sociedad homogénea, tradicional y estable, la estructura y las relaciones sociales, los valores culturales y convenciones de conducta, todo tiende a fomentar la identificación con la sociedad en general y a limitar la búsqueda del solo interés propio. Muy poca o ninguna competencia puede percibirse entre el interés propio y el interés social; de hecho, se considera generalmente que ambos son idénticos.

Cuanto más diferenciada se hace una sociedad y más divergen los intereses de sus miembros, más difusa resulta la identificación del individuo con los grupos sociales, y mayor es el espacio para un estímulo de la individualidad. Como resultado, cada vez se hacen más poderosas las tendencias egoístas que sólo tienden a satisfacer los intereses individuales y los de las organizaciones y grupos sociales más próximos. El desarrollo de una preocupación altruísta por la sociedad en general (el bien público, los intereses nacionales) suele quedar atrás.

Todas las sociedades se esfuerzan por controlar, suprimir y armonizar los conflictos entre ciertos grupos especiales y los intereses del individuo, por una parte, y los intereses sociales en general por la otra. Las técnicas para lograrlo combinan diversos grados de represión y coacción, de cál-

Copyright © 1970 por the Trustees of Columbia University.

culo racional y compromiso voluntario. Pero en las sociedades en transición tales medidas de coacción a menudo se debilitan por falta de los recursos y especialidades necesarias para aplicarlas y encuentran una resistencia, activa y pasiva, entre los intereses individuales o de grupo. A su vez, esta resistencia a menudo provoca intentos, aún más generales, de represión. De tener éxito, socavan la moral y la eficiencia populares; de no tenerlo (como frecuentemente ocurre), constituyen un desperdicio de tiempo y de riquezas, y socavan el prestigio del régimen.

Hay otro enfoque, que acepta la existencia de los intereses de grupo e individuales y trata de encauzar la fuerza de sus tendencias egoístas hacia un servicio altruísta de la sociedad en general. No lo hace intentando vanamente recobrar la identidad de la sociedad tradicional, del interés propio con el interés social (como en los estados totalitarios contemporáneos) o permitiendo una ilimitada libertad al interés propio, en la creencia de que así se aseguraría un mayor bien para todos (como lo hiciera el capitalismo liberal del siglo XIX). En cambio, este enfoque se vale de una combinación de regulaciones y recompensas: regulaciones para restringir las acciones y conflictos antisociales entre grupos e individuos; recompensas para tratar de hacerles orientar sus acciones a fin de alcanzar las metas nacionales generalmente aceptadas.

Algunos Beneficios del Sector Privado

El mérito de este enfoque intermedio no es, simplemente, evitar los extremos del totalitarismo coactivo y el liberalismo explotador. Sus ventajas son más positivas. Reconoce el poder de las tendencias egoístas y toma las medidas apropiadas para canalizarlas hacia el alcance de las metas nacionales, haciendo posible, así, varias clases de sustanciales beneficios.

En primer lugar, fomentando el desarrollo del sector privado, una nación puede *movilizar los recursos indígenas de dinero, técnica y energía humana,* que de otra manera no estarían a su disposición. A fin de comenzar o aumentar las actividades productivas propias, los grupos e individuos suelen mostrarse anuentes a ahorrar, en lugar de consumir, una mayor parte de su ingreso, y —lo que aún es más importante— a laborar concienzudamente y durante más horas de lo que la gente generalmente suele estar dispuesta a hacer con otros propósitos. Hoy, y para el futuro previsible, todos los países en desarrollo se encuentran ante cierta escasez de dinero, técnica y un esfuerzo diligente. Al animar al sector privado, en lugar de depender exclusiva o predominantemente del sector público, a la postre logran movilizar una proporción mucho más considerable de estos recursos necesarios en relación con el total potencialmente disponible.

En segundo lugar, la escasez de recursos de desarrollo en todos los países significa que debe hacerse todo esfuerzo *para reducir el despilfarro y la ineficiencia* y para aprovechar los mejores métodos y las nuevas

oportunidades. El hecho de que sus propios fondos, energía y tiempo se encuentran en juego, habitualmente da a la gente del sector privado más poderosos incentivos que a la del sector público para usar de manera eficiente ciertos recursos escasos. Menos constreñidos por procedimientos e inhibiciones burocráticas, los miembros del sector privado a menudo se muestran inclinados a reconocer y a aprovechar las oportunidades de diversificación e innovación técnica que surgen en el proceso de desarrollo económico.

En tercer lugar, un sector privado creciente suele *aportar un empleo productivo sustancialmente mayor* de lo que normalmente puede hacer el sector público. Esto se debe a que las actividades del sector privado en agricultura, comercio, turismo, servicios y, comparativamente, aun en manufactura, probablemente requieran mayor intensidad de trabajo que los del sector público. Con el desempleo y el subempleo constituyendo un serio problema en muchos países en desarrollo, no pueden permitirse descuidar el potencial del sector privado para crear trabajos como suplemento, y aun, a la larga, para reemplazar los programas de trabajo de diversas especies financiadas con fondos públicos.

En cuarto lugar, la dependencia en el sector privado significa *un espacio para una toma de decisiones económicas descentralizadas* bajo la influencia de las fuerzas del mercado. Aunque, en la práctica, el mercado no sea tan eficiente ni lleve al máximo la beneficencia, como sostenía la teoría de la economía clásica, en condiciones ideales, no obstante es un método de colocar recursos para muchos propósitos, más efectivo que la otra alternativa: una vasta y detallada planeación central. Más aún, sus fluctuaciones pueden ser moderadas por una política gubernamental que favorezca la estabilidad monetaria y una tasa apropiada de ahorro e inversión; sus limitaciones con respecto al capital social y la infraestructura pueden compensarse mediante obras del sector público; sus desigualdades pueden reducirse mediante programas gubernamentales planeados para mejorar la distribución del ingreso.

Suplementado, guiado y estimulado por tales políticas y programas gubernamentales, el mercado puede aliviar a los dirigentes políticos, funcionarios de gobierno y planeadores de desarrollo de la necesidad de tomar una multitud de decisiones para las cuales generalmente carecen del personal, la información y técnica indispensables. De esa manera los capacita a concentrar su tiempo y sus talentos disponibles en las muchas difíciles decisiones de política y operación que tan sólo pueden tomar efectivamente los gobiernos.

De esta y de otras maneras, el impulso del sector privado puede ser crucial para lograr la independencia económica y una tasa satisfactoria de crecimiento en los países en desarrollo. Cuanto más capital, técnica y esfuerzo diligente pueda mover un país, menos dependerá de la ayuda obtenida del exterior. Aunque un adecuado influjo de tales recursos exteriores por medio de los canales privados, gubernamentales e inter-

nacionales a los países en desarrollo resulta esencial para acelerar su desarrollo económico, tanto el período como el grado de su dependencia de la ayuda extranjera, y por lo tanto, de su limitada libertad de acción, puede ser considerablemente reducido fomentando el desarrollo de sus propios sectores privados.

Un Modernizado Sector de Mercados

Resulta axiomático que un papel significativo del desarrollo económico tan sólo puede ser desempeñado por individuos y organizaciones empeñados en producir bienes y prestar servicios que se distribuyen a otras unidades productoras y consumidoras de la economía. Las actividades económicas de subsistencia que son efectuadas en mayor o menor grado en todos los países en desarrollo son importantes, porque satisfacen todas, o algunas de las necesidades de consumo de considerables cantidades de personas; pero su contribución al desarrollo económico es, cuando mucho, marginal. Las personas que participan en ellas generalmente no poseen la actitud, la técnica o los recursos para participar más productivamente en el sistema económico. Si lo hicieran, *ipso facto* se encontrarían en el proceso de transición de producir bienes y servicios para la venta. Por lo tanto, uno de los principales propósitos de una estrategia de desarrollo nacional debe consistir en favorecer este cambio del tradicional sector de subsistencia a un modernizado sector de mercado.

No obstante, en muchas sociedades en transición existen considerables cantidades de personas que se encuentran ya en el proceso de transición de la subsistencia a las actividades del mercado. Aunque siguen satisfaciendo toda o una parte considerable de sus propias necesidades alimenticias, también cultivan ciertos productos comerciales, sea para la exportación o para el consumo de la población urbana y las industrias manufactureras del país. Las personas que se encuentran en esta categoría de transición constituyen hoy una mayoría de la población en la mayor parte de los países asiáticos y en muchos africanos.

El mucho más reducido sector de mercado *en proceso de modernización,* en tales países, contiene las actividades nuevas y más productivas: minas y tala de bosques, las más grandes plantaciones comerciales y granjas, las industrias manufactureras, la distribución de la venta al mayoreo y menudeo, la importación y exportación, la banca y las finanzas, el turismo y otros renglones del servicio y las profesiones. Los individuos y organizaciones que operan en estos campos son mucho más susceptibles a la estimulante y reveladora influencia de la política gubernamental que los pequeños granjeros que comprenden el sector comercial mixto de subsistencia. Con excepción de los muchos vendedores, comerciantes y establecimientos de servicio en pequeño, habitualmente son de considerables dimensiones y están permanentemente localizados en lugares identificables, de modo que su existencia y la naturaleza de su operaciones son —o pueden ser— conocidas por el gobierno que habitualmente trata

directamente con ellos con propósitos de impuesto y de varias clases de controles y regulaciones administrativas. A causa de su completa participación en el mercado, pueden ser afectados positiva o negativamente por los cambios de las condiciones del mercado y las obras que se deban a la política gubernamental. Desde luego, están al alcance directo de los programas de asistencia financiera del gobierno.

Por estas y por otras razones, el sector del mercado en proceso de modernización en la industria y la agricultura comercial generalmente es de primera importancia para la estrategia del desarrollo nacional. Hasta hace poco, en la mayoría de los países, los muchos pequeños granjeros, empeñados en actividades mixtas comerciales-de subsistencia solían quedar olvidados. No obstante, esta porción de la economía nacional es de fundamental importancia por la cantidad de personas que en ella participan. Las materias primas que producen constituyen la mayor parte de las exportaciones de muchos de estos países, y, directa o indirectamente generan la mayor porción de los ingresos de que dispone su gobierno para la inversión pública y los gastos de funcionamiento. Más aún, como las oportunidades de empleo en los sectores no agrícolas de la mayor parte de los países probablemente no crecerán con suficiente rapidez, aun con las más optimistas suposiciones, estas actividades mixtas comerciales-de subsistencia continuarán en el futuro previsible aportando un medio de vida para la mayor parte de sus crecientes poblaciones.

Los Pequeños Granjeros y los Incentivos Económicos

Aumentar la contribución al desarrollo económico del sector agrícola comercial-de subsistencia requiere medidas especiales. Esto se debe a que en el medio rural, los valores de conducta e instituciones de la sociedad y cultura tradicionales aún se encuentran bien arraigadas. Los hombres del campo no suelen responder por completo o de manera apropiada a las iniciativas, programas y políticas gubernamentales, planeados para cambiar sus actitudes y su comportamiento.

Pero, no obstante los efectos de los valores y normas de conducta tradicionales, parece haber ciertas características universales en las personas que se dedican a actividades mixtas comerciales-de subsistencia que hacen posible entablar contactos efectivos entre ellas y el gobierno para acelerar el desarrollo económico y social en el campo. En el fondo, brotan de la capacidad de un juicio sano y de la fuerza de las propias corrientes egoístas.

Las pruebas que llegan de todas partes del mundo en desarrollo sugieren que los pequeños granjeros adaptarán las mejoras tecnológicas en respuesta a los incentivos de precios y de impuestos en condiciones que no amenacen ciertos otros valores y objetivos que son de importancia para ellos. Como está demostrándolo la "revolución verde", los pequeños granjeros que viven a un nivel de subsistencia mínima, o muy cerca de él, se esforzarán por aumentar la producción y la productividad

en respuesta a unos precios satisfactorios (a) si las necesarias innovaciones en insumo agrícola y técnica de cultivo se hallan a su alcance; (b) si tales cambios no aumentan significativamente los riesgos habituales que afectan la probabilidad de que sigan cultivando por lo menos las cantidades esenciales para mantener a sus familias y (c) si un porcentaje suficiente de los aumentados ingresos generados así ayudan a su bienestar y no al de terratenientes, prestamistas, mercaderes y recolectores de impuestos.

En los casos en que los pequeños granjeros no han aprovechado las oportunidades e incentivos, podrá decirse que una o más de estas tres condiciones esenciales han estado ausentes. Y, a la inversa, el uso de medidas coactivas para obligar a los pequeños granjeros a aumentar la producción y a aportar mayores cantidades de riquezas con propósitos de desarrollo por medio de entregas obligatorias de sus cosechas a las dependencias gubernamentales, o mediante impuestos, directos o indirectos, habitualmente han dado por resultado muy poco o ningún aumento de la producción. Aun los países comunistas han empezado, en años recientes, a relajar sus medidas coactivas.

Factores Sociales y Culturales

La sensibilidad de los pequeños granjeros a los incentivos económicos en los países en que aún predominan los valores e instituciones tradicionales indica que existe la base psicológica y social para ensanchar sus horizontes intelectuales para que incluyan ideas acerca del desarrollo nacional y para mejorar su capacidad de participar en él. El problema al que se enfrentan los gobiernos de los países en desarrollo es emplear efectivamente esta oportunidad. Estos gobiernos deben tener mucho mayores conocimientos de los que hoy poseen acerca de los medios específicos en que pueden estimularse las innovaciones tecnológicas en el campo. Lo que resulta bien en una localidad o zona tribal no necesariamente resultará bien en las demás.

La necesidad de tener presente la vasta gama de factores sociales y culturales generalmente no se toma en cuenta al formular los programas gubernamentales, y el hecho de que este conocimiento depende en gran parte de la investigación empírica y no de un razonamiento *a priori,* hace que el problema de mover a participar más efectivamente a los pequeños granjeros en el proceso de desarrollo económico sea uno de los más difíciles de la estrategia del desarrollo. Más aún, muchos dirigentes políticos y funcionarios gubernamentales suelen eludir esta tarea, no sólo por falta de conocimientos sobre cómo realizarla, sino porque suelen identificar la parte rural comercial-de subsistencia del sector privado con el rechazado pasado tradicional y ver tan sólo su porción industrializada y urbana como el deseable futuro moderno.

Las personas de la parte en desarrollo del mercado del sector privado poseen actitudes y capacidades mucho más favorables al desarrollo eco-

nómico. Tratan directamente con el gobierno como contribuyentes, importadores, abastecedores o beneficiarios de la ayuda financiera y técnica que aportan las dependencias oficiales. Inevitablemente, cobran conciencia de la importancia, para sus propias operaciones, de los efectos que sobre las condiciones del mercado tienen la política y las acciones del gobierno.

No obstante, estas son influencias que en gran parte se derivan de la sociedad tradicional que limita la efectividad de tan sensatas condiciones sobre el interés económico. Antiguos valores y normas de conducta ayudan a explicar el carácter no dinámico de tantos empresarios y grupos que trabajan en la manufactura, el comercio, la banca y los servicios públicos. La forma típica de organización de estas actividades es la compañía familiar. Poseída y dirigida por parientes cercanos, a menudo se orienta a aumentar al máximo el ingreso de la familia al menor plazo posible, y a conservar el nivel social, y no a reinvertir las ganancias para el desarrollo y mejora de la empresa a largo plazo. Por lo tanto, muchas de estas firmas tienen una insuficiente propensión a hacer innovaciones tecnológicas o administrativas o a aventurarse en nuevos campos y actividades. El capital requerido para tales propósitos no se acumula de las ganancias o se obtiene de otras fuentes, y el necesario conocimiento técnico no se busca, y acaso se haga mofa de él. Al mantener su carácter y sus lealtades familiares tales firmas suelen tener un escaso sentido de responsabilidad social.

A pesar de todo, en muchos países el proceso de desarrollo ya está estimulando la transformación de las firmas familiares no dinámicas en modernos tipos de empresas, similares a los de la Europa Oriental y los Estados Unidos. Con orientaciones a largo plazo y contando cada vez más con administradores y técnicos que no están relacionados con los propietarios, tales organizaciones empiezan a cobrar un sentido más poderoso de su propio interés en fomentar el proceso del desarrollo nacional, así como una mayor anuencia y disposición a innovar.

La Actitud Hacia el Gobierno

A pesar de todo, aun entre las empresas más dinámicas, ciertas actitudes ambivalentes suelen obstaculizar una cooperación efectiva con el gobierno en la estrategia del desarrollo nacional.

Por una parte, la mayoría de los empresarios se muestran renuentes a establecer nexos demasiado íntimos con las dependencias gubernamentales, por varias razones. En muchos países, el partido político en el poder profesa doctrinas socialistas. En consecuencia, los empresarios privados suelen creer que será hostil no sólo a su expansión, sino a su continua existencia. Donde los gobiernos de inclinaciones sociales están dispuestos a tolerar a un considerable sector privado, y aun donde el régimen se muestra favorable a la empresa privada, los empresarios indígenas sue-

len mostrarse escépticos ante la capacidad de los dirigentes políticos y de los servidores públicos para tomar y aplicar las difíciles decisiones necesarias en una efectiva estrategia de desarrollo. Individuos y organizaciones particulares a menudo se muestran reacios a revelar los datos de sus propias actividades, necesarias para los planeadores del desarrollo, porque temen que tal información sea empleada para aumentar sus impuestos o restringir sus operaciones, de varias maneras desfavorables para ellos. Estos y otros temores limitan su aceptación y deseo de cooperar con los funcionarios gubenamentales en la formación y ejecución de una estrategia de desarrollo nacional.

Por otra parte, ciertos empresarios privados suelen recurrir a las dependencias gubernamentales en busca de varias clases de beneficios que conducen a mantener y aumentar las ganancias de sus actividades. Los ministerios y empresas que son propiedad del estado a menudo aportan muchos factores esenciales, como energía eléctrica, facilidades de transporte, materias primas, productos intermedios, etc., a precios ventajosos para los empresarios locales. A veces son los únicos o principales compradores de sus artículos y servicio. La política y las actividades reguladoras que afectan las licencias de importación, la disposición de moneda extranjera, los permisos de inversión y construcción, la localización de materiales, el control de precios, las tasas de salarios, las obligaciones de seguridad social y otros factores, constituyen la principal influencia en la colocación, desarrollo y costeabilidad de sus empresas.

En muchos países, los bancos de desarrollo y las empresas propiedad del estado o financiadas por él, constituyen importantes fuentes de capital y crédito, y la productividad del gobierno y los centros de preparación aportan la ayuda técnica necesaria. Finalmente, los empresarios privados por lo general se dirigen al gobierno en busca de protección arancelaria, privilegios de monopolio, subsidios y otras maneras de obtener una posición más favorable en los mercados domésticos o de exportación.

A pesar de todo, el sector privado tiene una ilimitada capacidad de tratar efectivamente con el gobierno en el esfuerzo del desarrollo nacional. Aunque unas pocas poderosas empresas pueden poseer adecuado personal para efectuar un análisis independiente de las posibilidades de desarrollo, y pueden tratar directamente con las dependencias gubernamentales apropiadas, la gran mayoría de las empresas son demasiado pequeñas para participar por sí mismas en tales actividades. Por lo tanto, su capacidad de unirse con organizaciones que puedan efectuar esas funciones es un elemento esencial para determinar la efectividad de sus esfuerzos. En la mayoría de los países, las cámaras de comercio, asociaciones comerciales (a menudo llamadas organizaciones profesionales), las organizaciones patronales, los sindicatos, las sociedades de cooperativas y otras organizaciones que ya existen, o están en proceso de establecerse, representan los intereses de los grupos económicos privados de los que se componen.

Recursos y Preparación

En teoría, tales organizaciones podrían servir como medios para afirmar y coordinar las opiniones de sus miembros sobre los problemas del desarrollo nacional, recolectar y procesar los datos requeridos por los planeadores gubernamentales respecto a las actividades de sus miembros, y mantener a sus miembros informados de la política gubernamental existente o en perspectiva. Sin embargo, en la práctica, muchas organizaciones del sector privado carecen de los recursos financieros y del personal técnicamente preparado que se requieren para llevar adelante esas funciones de manera adecuada. Donde predominan las empresas de tipo familiar, las intensas lealtades de clan y la inevitable desconfianza de todos los demás limitan su disposición a cooperar entre sí en estas asociaciones, intercambiar información y coordinar sus posiciones en asuntos de política de desarrollo.

La experiencia sugiere que hay más probabilidades de superar tales deficiencias mediante los efectos educativos de una activa participación en formular y ejecutar una sana estrategia de desarrollo, que por medio de cualquier otro recurso posible. La causa es que el único método efectivo de inculcar nuevas actitudes y técnicas es mediante una educación y preparación en toda forma; proceso que requiere más de una generación, y habitualmente más aún. Aunque el aprender haciendo no siempre logra una transformación tan fundamental, especialmente en los adultos, como pueden lograrlo largos años de preparación durante la infancia y la adolescencia, no obstante los resultados son significativos, y se manifiestan en un tiempo bastante más corto.

Tan sólo es justo observar que un conjunto paralelo de factores limita la efectividad de los esfuerzos gubernamentales por estimular y fomentar una actividad más productiva en el sector privado. Los dirigentes políticos y funcionarios gubernamentales son producto de sus propias sociedades y cultura, tanto como puedan serlo los empresarios privados y pequeños granjeros. Cierto es que quienes creen intensamente en la necesidad de un desarrollo nacional, *ipso facto* se muestran favorables a la innovación, pero la gran mayoría de los dirigentes políticos y servidores civiles no están —ni pueden estar— comprometidos ciegamente, y por encima de todo, con el desarrollo nacional. Para ellos, también son importantes otros valores sociales e individuales, otras lealtades e intereses. A menudo estos últimos objetivos compiten con los primeros y, en muchos casos, los tradicionales valores y normas de cultura no dinámica son los que prevalecen. Sin embargo, no es probable que se alcance una mayor tasa de desarrollo a menos que el gobierno esté dispuesto y capacitado a tomar la iniciativa para estimularla y sostenerla.

Sin embargo, existen ciertos factores específicos que impiden al gobierno hacer esfuerzos más efectivos para fortalecer el desarrollo y la productividad del sector privado. El compromiso de muchos países en desarrollo con el socialismo lleva consigo, de manera natural, una tendencia a

denigrar a la empresa privada y reducir al mínimo el papel a ella asignado. Las reservas que ante el sector privado tienen muchos dirigentes políticos y servidores civiles no sólo se deben a objeciones ideológicas a la empresa privada; también reflejan actitudes características de las instituciones gubernamentales de esos países y las funciones de desarrollo que están esforzándose por desempeñar.

Una de ellas es una tendencia natural a intentar que las dependencias gubernamentales compartan en mayor grado las tomas de decisiones, así como cualquier otra actividad. En parte, esta es una reacción a la limitada capacidad del sector privado, si se le deja por sí solo, para iniciar y financiar muchas urgentes actividades de desarrollo. No obstante, refleja la creencia de los dirigentes políticos y funcionarios del gobierno en que una adecuada aplicación de los programas y proyectos aprobados tan sólo podrá lograrse si los emprenden los departamentos gubernamentales y las empresas propiedad del gobierno, antes que dejar intervenir a los empresarios privados. Esta convicción lleva, a su vez, a no ofrecer incentivos de mercado ni programas de ayuda capaces de fomentar la capacidad del sector privado para emprender más actividades de éstas ayudando así a perpetuar sus limitaciones.

Una segunda limitación refleja las correspondientes deficiencias de los propios ministerios del gobierno. También ellos están escasos de personal calificado, por su preparación y su experiencia, para tratar con los representantes del sector privado. Falta una información que les permitiera determinar las funciones específicas que sí pueden desarrollar los participantes privados. La tendencia natural de la burocracia a preferir las operaciones rutinarias a toda innovación e iniciativa también limita la efectividad del gobierno al tratar con el sector privado. Finalmente, el soborno, el favoritismo y otras formas de corrupción socavan la confianza en ambos bandos de la relación gobierno-industria privada.

Los procesos psico-sociales en las sociedades en transición constantemente generan la motivación para actividades económicas privadas que, en consecuencia, constituyen un crítico factor dinámico para acelerar y sostener el desarrollo económico. Al mismo tiempo, las características de las sociedades en transición también son responsables de las dificultades que impiden el desarrollo del sector privado. Aunque graves, las dificultades no son insuperables, y puede tomarse toda una gama de medidas para mitigar sus efectos adversos.*

* Dos estudios realizados por la Asociación Nacional de Planeación analizan en detalle las dificultades inevitables al estimular el desarrollo del sector privado y las diversas especies de medidas que pueden adoptarse para hacerlo, no sólo entre los gobiernos de los países en cuestión, sino también en las compañías extranjeras que en ellos trabajan, entre los gobiernos donantes y entre las organizaciones internacionales. Véase, de Theodore Geiger y Winifred Armstrong, *The Development of African Private Enterprise* (El Desarrollo de la Empresa Privada Africana), Washington, D. C. Asociación Nacional de Planeación 1964 (reimpreso en 1969), y, de Frank Brandenburg, *The Development of Latin American Private Enterprise* (El Desarrollo de la Empresa Privada Latinoamericana), Washington, D. C. Asociación Nacional de Planeación, 1964.

El Papel de las Ganancias

Dos cruciales conclusiones del análisis a menudo son pasadas por alto por los responsables de crear una política destinada a fomentar el desarrollo del sector privado.

La primera se relaciona con uno de los elementos claves del proceso de poner en armonía el interés propio con el de la sociedad en general. En lo que concierne a las actividades económicas de los grupos e individuos particulares, la esencia del interés propio en cuestión es la ganancia. Ahora bien, la ganancia es una mala palabra para muchas personas, no sólo en los países en desarrollo y en los estados comunistas, sino también en la Europa Occidental y en los Estados Unidos. La idea de que la ganancia es mala tiene sus raíces en las doctrinas cristianas medievales, y su condenación, sobre bases morales, si bien no teológicas, fue mantenida por los socialistas de los siglos XVIII y XIX.

Indudablemente, puede hacerse un buen argumento, tanto en términos morales como pragmáticos, para llegar a la conclusión de que unas ganancias excesivas pueden ir en detrimento no sólo del interés social, sino también, a la larga, del interés del individuo, organización o grupo en cuestión. Pero también es cierto que, a menos que existan perspectivas razonables de obtener una ganancia adecuada, realmente no puede haber interés propio en juego. Este hecho de la vida a menudo es olvidado por los dirigentes políticos, funcionarios gubernamentales y planeadores del desarrollo que se quejan de la renuencia del sector privado a hacer inversiones y emprender actividades que, en su opinión, van en interés del país.

Desgraciadamente, está lejos de ser fácil de determinar, en situaciones específicas, cuál sería una ganancia adecuada. Por una parte, tiene que ser suficientemente grande para constituir un incentivo poderoso para que la gente invierta su capital, sus conocimientos y su esfuerzo en ciertas actividades nuevas o en expansión. Por otra parte, la ganancia no debe afectar inversamente el interés nacional al exceder un nivel razonable de igualdad, o por el desperdicio de escasos recursos por medio de la ineficiencia que resulta de excesivos subsidios y concesiones impositivas, protección de tarifas y cuotas, privilegios de monopolio y otros medios similares.

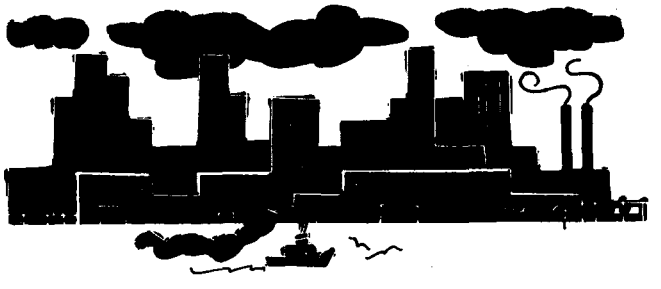
Efectividad del Sector Privado

La segunda conclusión esencial del análisis se relaciona con la escala de tiempo necesaria para tratar de estimular unas más efectivas actividades del sector privado. Por lo general, los responsables, en ambos bandos, de establecer y llevar adelante las relaciones entre el gobierno y el sector privado planean considerables ganancias para al cabo de un año o dos. Casi invariablemente estas esperanzas quedan frustradas, y entonces se abandona la empresa. En muchos casos, desde luego, tales fracasos ocurren principalmente porque la política, los programas y arreglos institu-

cionales son inadecuados o tan sólo se realizan parcialmente. Sin embargo, una escala de tiempo poco realista a menudo es un elemento decisivo, y a veces la impaciencia es la razón principal del desplome de tales esfuerzos. Suponiendo que ambos bandos sinceramente traten de establecer y llevar adelante una relación efectiva, deberán reconocer que el mínimo período de pruebas es, muy por lo bajo, de cinco años. En muchos países, probablemente es diez años.

Aconsejar paciencia no es lo mismo que aconsejar complacencia. Aun con un período de pruebas de longitud adecuada, los esfuerzos para fomentar el desarrollo del sector privado probablemente no producirán beneficios a menos que tanto el gobierno como los empresarios privados sinceramente intenten hacerles producir, cumpliendo concienzudamente con sus obligaciones, y tratando constructivamente de mejorarlos conforme se vayan revelando sus deficiencias. Las actitudes tradicionales y los prejuicios doctrinarios, en ambos bandos, se encuentran entre los mayores obstáculos para establecer estas normas.

En tales circunstancias, los dirigentes y funcionarios del gobierno —que suelen tener una educación superior y mayor interés en la modernización— deben sentar el ejemplo y aportar la iniciativa, por lo menos en las primeras décadas. Esta necesidad se aplica tanto al sector privado como a otros aspectos del proceso de desarrollo. Los beneficios pueden ser substanciales y duraderos, tanto para el sector privado cuanto para el objetivo nacional de la modernización.



LA INVASION AZUL DE LOS ESTADOS UNIDOS

Por Peter L. Berger y Brigitte Berger

En el reciente y exitoso libro *The Greening of America* (El Reverdecimiento de América), el Prof. Charles Reich, de la Universidad de Yale, afirma que el afán anti-tecnológico y antimaterialista de muchos jóvenes norteamericanos podría transformar la sociedad en una dirección utópica de anarquismo y comunidad. En el siguiente artículo, extractado de *The New Republic,* dos sociólogos ven una perspectiva totalmente distinta. Ambos predicen que los vástagos de las clases inferiores (o "trabajadores de cuello azul") avanzarán a las posiciones técnicas y administrativas que desdeñan los hijos de las clases superior y media que no terminan sus estudios, creando una nueva "circulación de élites".

Peter L. Berger es profesor de sociología en la Universidad Rutgers. Entre sus libros se encuentran *Marxism and Sociology* (Marxismo y Sociología), *The Sacred Canopy* (El Palio Sagrado) (un estudio de la religión), *Invitation to Sociology* (Invitación a la Sociología), que ha sido traducida a 10 idiomas, entre ellos el español, el alemán, el italiano y el sueco. Brigitte Berger es profesora de sociología en la Universidad de Long Island y autora de *Societies and Change* (Las Sociedades y el Cambio).

Un considerable segmento de la intelectualidad americana ha sido atraída a hablar de revolución durante estos últimos años. Sólo muy recientemente adquirió esta charla un tono predominantemente izquierdista, generando fantasías de revolución política, pintada de rojo o de negro. Ahora el temperamento parece haber cambiado un poco. Se habla de revolución cultural. Unas frescas hierbas están surgiendo a través del cemento. Son "los chicos", con melena y todo, quienes serán nuestra salvación. Pero lo que ambos tipos de plática revolucionaria tienen en común es un soberano desprecio a las realidades de la sociedad tecnológica en general y a las realidades de las clases y el poder en los Estados Unidos.

Tan sólo los más crédulos lectores de las publicaciones izquierdistas pudieron creer algún día que una revolución política de la izquierda tendría las menores perspectivas de triunfo en los Estados Unidos. La llamada revolución negra se encuentra ante una encrucijada, de la que hablaremos en un momento. Pero en cuanto a la putativa "revolución verde" —la difusión de valores anti-materialistas descrita en *El Reverdecimiento de América,* de Charles Reich— creemos que el siguiente será el resultado

© 1971 por Harrison-Blaine of New Jersey, Inc.

más probable: acelerará la movilidad social en los Estados Unidos, dando nuevas oportunidades de ascenso a las personas de la clase media inferior y de la clase obrera, y en el proceso cambiará la composición étnica y religiosa de las clases superiores. Dicho de otra manera, lejos de "reverdecer" a América, la supuesta revolución cultural servirá para aumentar la vitalidad de la sociedad tecnológica contra la cual va dirigida, y favorecerá, precisamente, los intereses de aquellos estratos sociales que serán menos afectados por la hoy celebrada transformación de la conciencia.

La revolución cultural no está efectuándose en un vacío social, sino que ocupa una localidad específica en una sociedad que se ha organizado por clases. Los portaestandartes de la revolución, no exclusivamente, pero sí de manera predominante, son los hijos —educados en bachillerato— de la clase media superior. En lo étnico, suelen ser blancos, protestantes sajones (Wasps) y judíos. En lo religioso, los primeros suelen pertenecer a las principales denominaciones protestantes, y no a los grupos más fundamentalistas o sectarios. El foco natural de la revolución es la Universidad (más exactamente, el tipo de universidad al que asisten estas personas) y esas comunidades satélites que están brotando a sus alrededores. En otras palabras, la revolución está efectuándose, o por lo menos tiene su centro, en una subcultura de juventud de la clase media superior.

Ataque a la "Etica Protestante"

La revolución no ha creado esta subcultura. La juventud, como la conocemos hoy, es un producto de fuerzas tecnológicas y económicas íntimamente relacionadas a la dinámica del industrialismo moderno. Lo mismo puede decirse del sistema educativo dentro del cual se concentra el grueso de la juventud contemporánea, durante períodos de su vida cada vez más largos. Lo que hay de cierto en las actuales interpretaciones es que sí se han efectuado algunas dramáticas transformaciones de conciencia en este ambiente socio-cultural.

Esos cambios son demasiado recientes, demasiado afectados por las deformaciones de los medios de comunicación, para que pueda hacerse de ellos una descripción definitiva. Difícil resulta saber cuáles manifestaciones son tan sólo transitorias y cuáles constituyen rasgos intrínsecos que probablemente persistirán a través del tiempo. Las drogas son un ejemplo claro. Lo mismo es el notable despertar del interés en la religión y el ocultismo. No obstante, puede hacerse una afirmación con bastante certeza: la revolución cultural se ha definido a sí misma en oposición diametral a algunos de los valores básicos de la sociedad burguesa, aquellos valores que desde Max Weber han sido frecuentemente llamados la "ética protestante": disciplina, realizaciones y fe en el empuje hacia arriba y hacia adelante de la sociedad tecnológica.

Esos mismos valores son hoy llamados "represión" e "hipocresía", y las promesas mismas de la sociedad tecnológica son rechazadas como ilusorias o abiertamente inmorales. Se proclama una ética hedonista en opo-

sición a la "protestante" destinada a "liberar" al individuo de las inhibiciones burguesas en todos los terrenos de la vida, desde la sexualidad hasta la experiencia estética, pasando por la manera en que se planean las ocupaciones. Las realizaciones son consideradas como futilidad y "alienación", su ethos como "blindado" (es decir, represivamente rígido) y, en último análisis, enemigo de la vida. En todo ello está implícita una aversión radical al capitalismo y a la sociedad de clases que ha engendrado, lo que deja la subcultura abierta a la ideología izquierdista de una u otra índole.

Su radicalismo, sin embargo, es de mucho mayores alcances que el del izquierdismo ordinario, políticamente definido. No está sólo en oposición a la forma particular de sociedad tecnológica que encarna el capitalismo burgués, sino con la idea misma de una sociedad tecnológica. La retórica es rousseaueana antes que jacobina, las imágenes de la salvación son intensamente bucólicas, las tropas de la revolución no son las masas laboriosas de la profecía marxista, sino los desnudos hijos de la naturaleza danzando al compás de primitivos tambores y flautines.

Infancia y Burocracia

Cuando la gente crea una utopía de la infancia, resulta bueno preguntarle cómo ha sido su propia infancia. En este ejemplo, la respuesta no es difícil. Como brillantemente lo ha mostrado Philippe Aries en *Centuries of Childhood* (Siglos de Niñez), una de las mayores realizaciones culturales de la burguesía ha sido la radical transformación de la estructura de la niñez, que ha hecho de la alimentación y protección de los niños una preocupación central de la vida de familia. Unida al rápido declinar de la mortalidad y enfermedad infantil que se ha logrado gracias a la medicina y la nutrición moderna, esta transformación es uno de los hechos fundamentales de la sociedad moderna. Ha surgido una nueva niñez probablemente, más feliz que cualquier otra de las sociedades humanas.

Sin embargo, su impacto debe verse en relación con otro hecho fundamental de la sociedad moderna: a saber, la creciente burocratización de todas las zonas de la vida social. Creemos que la turbulencia de la juventud de hoy está basada en el choque entre estos dos hechos; parafraseando a Max Weber, en el choque entre el nuevo "espíritu de la niñez" y el "espíritu de la burocracia". La transformación, y con ella el nuevo "espíritu de la niñez" se desarrolló más completa y radicalmente en la clase media superior; es decir en el mismo contexto social que hoy está revelando las manifestaciones de un "reverdecer".

Decir esto no significa hacer juicios de valor. Si hay que hacer juicios de valor, sugeriremos que se hagan con precaución. Muy pocas culturas (o subculturas) humanas resultan totalmente admirables o totalmente execrables, y el intelectual que loa ésta en particular resulta tan simplista como el político que la anatemiza. En cualquier caso, nuestro propósito actual es investigar las actuales consecuencias de estos cambios culturales.

Los Hijos de Clase Media que Abandonan la Escuela

La matriz de la revolución verde ha sido una cultura juvenil específicamente de clase. Por definición, constituye un estado transitorio, una etapa biográfica. Con o sin melenas, todos, ¡ay!, envejecen. Este indiscutible hecho biológico ha sido empleado por exasperados observadores adultos en apoyo de su esperanza de que la nueva cultura juvenil pueda ser sólo una versión, más ruidosa, de la vieja norma americana de tener una juventud bulliciosa. Muy probablemente esto puede decirse con certeza de muchos jóvenes rebeldes, especialmente de aquellos que se permiten la indumentaria exterior y los gestos de la cultura juvenil sin entrar por completo en su nueva conciencia.

Pero hay pruebas de que, para cierto número aún desconocido, esa estación de paso está convirtiéndose en un lugar de colonización permanente, pues, para un número que al parecer esté creciendo, existe un movimiento de *cultura juvenil a contra-cultura.* Son éstos los que abandonan las escuelas permanentemente. Para otros más, el pasaje a través de los niveles de culturas juveniles, como quiera que sea, deja ciertos efectos permanentes, no sólo en sus vidas privadas sino en sus carreras ocupacionales.

Así como ocurriera al puritanismo que dio nacimiento a la cultura burguesa de los Estados Unidos, también este movimiento tiene sus santos perfectamente acreditados, y también tiene aquellos que sólo a medias se aventuran a entrar en un compromiso. Aquellos, en severa actitud justiciera, son quienes hacen escándalo en Isla Vista, California. Los otros por lo menos repudian a las más evidentemente "diabólicas" carreras dentro del "sistema": a saber, aquellas de la tecnología científica, los negocios y el gobierno que conducen a posiciones de representación y privilegio en la sociedad. No abandonan la pelea, pero por lo menos cambian de carrera, generalmente a las humanidades y ciencias sociales, como lo hemos visto recientemente en las estadísticas académicas.

Los efectos generales de todo esto dependerán, obviamente, de la magnitud de los cambios. Sin embargo, para calibrar los cambios, habría que relacionarlos con las estructuras de clase y ocupación en la sociedad. Para quienes se vuelven residentes permanentes de la contra-cultura, y muy probablemente para sus hijos, el efecto es de una movilidad social hacia abajo. Este no necesariamente habrá de ser el caso de los "reverdecedores" que se encuentran a medio camino (por lo menos mientras la sociedad esté dispuesta a subsidiar, de una u otra manera, a los poetas, expertos en "preparación de la sensibilidad" y sociólogos humanistas). Pero también ellos se han desviado de aquellas carreras (en los negocios, el gobierno, la tecnología y la ciencia) que siguen llevando a las más altas posiciones de una sociedad moderna.

Lo que debemos tener presente es que, sean cuales fueren los cambios culturales que puedan estar efectuándose en éste o aquel grupo, los re-

quisitos personales de una sociedad tecnológica no sólo continúan sino que, de hecho, aumentan. La idea de que como resultado de la automatización se requerirán cada vez menos personas para mantener en marcha a la sociedad tecnológica, permitiendo así a los otros dedicarse a lo suyo, y no obstante gozar de las ventajas de la electricidad, está en contradicción con todos los hechos conocidos. La automatización ha dado por resultado cambios en la estructura ocupacional, modificando varias categorías de trabajo poco especializado, pero de ninguna manera ha reducido el número de personas necesarias para mantener en movimiento a la sociedad. Por el contrario, ha aumentado los requerimientos de personal científico, tecnológico y (por último, pero no lo último), burocrático. (La reciente declinación de empleos en la ciencia y la ingeniería se debe a un receso, y no afecta las necesidades a largo plazo de la sociedad). Las posiciones desdeñadas por los ya señalados individuos de la clase media superior tendrán que ser, al fin, ocupadas por algún otro. El resultado es muy sencillo: *habrá un nuevo "lugar en la cumbre".*

Dirigentes en una Sociedad Tecnológica

¿Quién, probablemente, habrá de beneficiarse más de este cambio sociológico? Serán los vástagos, recién salidos del bachillerato, de las clases media inferior y trabajadora. Para decir esto no tenemos que suponer que no han recibido la influencia de la cultura juvenil durante sus años escolares. Sus costumbres sexuales, sus gustos estéticos, aun sus opiniones políticas podrán alterarse permanentemente en comparación con los de sus padres. Sí presuponemos, en cambio, que como ahora y como antes, rechazarán el ethos enemigo de toda realización, de la revolución cultural. Podrán seguir escuchando música de rock en su tocadiscos, y acaso tengan menos prejuicios raciales. Pero todas estas adquisiciones culturales, por decirlo así, no tienen mucho que ver con el triunfo en la tecnocracia. Muy pocos de ellos se dedicarán a crear escándalos o serán honrados granjeros de las comunas de Vermont. Sospechamos que no muchos más de ellos se volverán sociólogos humanistas.

Precisamente aquellas clases que tienen menos contacto con lo que se considera como la ola revolucionaria en los Estados Unidos actuales, se encuentran ante nuevas perspectivas de movilidad social. Cierto, una sociedad tecnológica puede permitirse un número considerable de autores de escándalos. Su "industria del conocimiento" puede dar empleo a considerables cantidades de doctores en letras inglesas. Y, desde luego, el propio sistema educativo aporta una considerable fuente de empleo para el personal no-tecnocrático. De todos modos se necesitan personas muy diferentes para ocupar los puestos de mando de la sociedad y para mantener los motores en marcha. Estas personas habrán de mantener lo esencial de la vieja "ética protestante": disciplina, una orientación hacia las realizaciones, así como cierta libertad de la paralizadora duda de sí mis-

mo. Si tales personas ya no se encuentran en una reserva de población, habrá que tocar a las puertas de otra reserva.

No hay razón para pensar que "el sistema" será incapaz de hacer los acomodos y adaptaciones necesarios. Los nuevos dirigentes serán, cada vez, americanos de origen italiano, polaco o griego, negros, o miembros de las más pobres sectas protestantes. Lejos de debilitar el sistema de clases, estos cambios lo fortalecerán grandemente, dando oportunidad a nuevo talento e impidiendo la rigidez en los altos puestos (aunque, probablemente, teniendo poco efecto en la cumbre misma). Tampoco cambiarán hasta un grado significativo la mecánica o las recompensas de la movilidad social.

Circulación de Elites

Los datos de que disponemos sobre la dinámica de clase en bastantes países europeos parece sugerir que el caso americano está lejos de ser único. Pero Inglaterra y la Alemania Occidental han estado pasando por cambios en su estructura de clases muy similares a los proyectados por nosotros, con nuevas reservas de poblaciones de las clases media inferior y obrera que están llenando los requisitos de personal de una sociedad tecnológica que ya no está debidamente servida por las antiguas élites.

Lo que hemos descrito como un guión probable no es terriblemente dramático, por lo menos si se le compara con las visiones revolucionarias que los intelectuales tan a menudo nos presentan. Tampoco estamos ante un proceso único en la historia. Vilfredo Pareto llamó a este tipo de proceso "la circulación de élites". Pareto insiste (con razón, me parece a mí) en que tal circulación es esencial si una sociedad desea sobrevivir. En el panorama paretiano, gran parte de la revolución verde habría de considerarse como una decadencia (lo cual, dicho sea de paso, no necesariamente es un juicio de valores: algunos impresionantes florecimientos de la creatividad humana han sido decadentes en el mismo sentido sociológico).

Pero aun Marx, paradójicamente, acaso tenga razón en última instancia. Bien pueden ser las masas de "cuello azul" las que, por fin, estén poniéndose en pie. La "lucha de clases" acaso esté acercándose a una fase nueva, con los hijos de la clase obrera victoriosos, porque conservan un ethos de realizaciones, una confianza en sí mismos libre de un interminable auto-examen, y una fe básicamente intacta en las posibilidades de crear y modelar la realidad.

LAS PERSPECTIVAS DEL DESARROLLO ECONOMICO EN LA AMERICA LATINA

Por Enrique Iglesias

Un notable economista latinoamericano examina el "modelo de desarrollo" que ha dominado las ideas de tantos expertos, acerca del futuro de la América Latina. En su opinión, la mayor necesidad es de una total movilización de los recursos humanos, naturales y de ahorros. Concluye su estudio proponiendo una gran cantidad de cambios en el enfoque de las naciones latinoamericanas y zonas hacia la política, los impuestos, el comercio, la tasa de desarrollo y las inversiones extranjeras.

Enrique Iglesias es jefe de asesores del Instituto Latinoamericano de Planeación Social y Económica de las Naciones Unidas, y es parte del grupo de expertos del Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso. Ha sido presidente del Banco Central de Uruguay y jefe del Instituto de Economía de la Universidad de Montevideo. Su artículo se ha abreviado del artículo que presentó en la Conferencia de la Universidad de Columbia sobre Desarrollo Económico Internacional. Una versión más extensa apareció en el *Virginia Journal of International Law.*

Existe hoy, en la América Latina, un amplio revisionismo en todos los órdenes del pensamiento y la acción. La década que se termina significó un período de extraordinarias experiencias en todos los planos: la caída de viejos mitos, la aparición de nuevos problemas y una notoria confusión en las categorías de análisis de la realidad latinoamericana. En efecto, muchas de las teorías e interpretaciones de la misma quedaron desamparadas del sustento de una realidad en transformación, por las mudanzas del mundo industrializado, tanto como por los cambios del panorama económico y político de la América Latina en los últimos diez años.

El pensamiento económico y social latinoamericano, tan lúcido en las últimas décadas, no ha logrado todavía hacer una interpretación de muchos de esos fenómenos a la luz de la experiencia latinoamericana y mundial sobre el tema, y una evaluación de sus implicaciones.

Fenómenos tales como la crisis de los sistemas políticos tradicionales, el fracaso de los mecanismos de planificación, las decepciones en el proceso de integración regional, los logros y las frustraciones de algunas reformas económicas, el surgimiento de nuevas generaciones de técnicos y operadores cercanos a los planos de dirección, las nuevas estructuras del poder político y su visión de la realidad latinoamericana, etc., son fenó-

menos de gran importancia que obligarían a revisar muchas de las opiniones vertidas y reubicar los conceptos y categorías de los análisis tradicionales de estos temas.

¿Progreso o Estancamiento?

Dos grandes temas han dominado en los análisis económicos y sociales de la América Latina en la última década. En el primero, se rechaza la óptica catastrófica sobre la realidad continental, y se procura demostrar la presencia de factores positivos de cambios acontecidos en todas las esferas de la realidad económica y social. En el segundo se insiste en cambio en el fracaso del modelo de desarrollo latinoamericano y la agudización de factores críticos a través de índices significativos de su estancamiento económico pero sobre todo social.

Es difícil ubicarse con objetividad en medio de ambas interpretaciones. Y lo es porque a nuestro juicio ambas tienen algo de verdad en la medida que a pesar de estar refiriéndose a un mismo cuerpo, lo hacen con referencia a distintas partes de aquel.

Los ópticas "optimistas" sobre el desarrollo latinoamericano están mirando fundamentalmente al sector moderno de la economía latinoamericana. Es decir, el segmento de la sociedad con mayor poder de consumo derivado de sus altos ingresos, con mayores accesos a los frutos del progreso técnico y, generalmente, con un grado muy elevado de urbanización. Para la óptica "pesimista", el inventario de problemas se hace en las áreas tradicionales o primitivas de la sociedad latinoamericana. Allí está radicada la esencia de los problemas actuales y el gran desafío del futuro.

El Progreso

En efecto, algo ha ocurrido en las dos últimas décadas de desarrollo latinoamericano. Los recientes informes de CEPAL y del CIES, dan cuenta de esos logros.

Respecto al *aumento del producto global de América Latina,* "Hacia fines de la presente década, el producto generado en el conjunto de las economías de la región latinoamericana representará un valor equivalente a los US$ 130 mil millones, lo que significará unos US$ 510 como promedio de producto por habitante. En términos absolutos, estas cifras representan avances considerables respecto de la situación que se registraba en los primeros años de la post-guerra y a comienzos de la presente década.

A este nivel de ingreso, las cifras se comparan muy favorablemente con la región africana (118 dólares per cápita) y la región asiática (110) y aún Europa Meridional (473 dólares per cápita), cifras todas ellas al año 1967.

El producto interno bruto fue el sector relativamente más dinámico en el comportamiento de la oferta global. Aunque influídas por restricciones internas y de balanza de pagos, las importaciones han perdido peso

relativo, lo que se refleja en la disminución de su coeficiente que estando en algo más del 12% del producto bruto interno en los años 50, se ha reducido a menos del 10% en la corriente década.

La década del 50 terminó con *programas de estabilización con éxitos relativos* en los países que más experimentaron los efectos perniciosos de las crisis inflacionarias durante los últimos lustros (Brasil, Uruguay, Argentina, Chile y Bolivia). Si la inflación no se ha vencido, por lo menos las técnicas de manejo de las políticas de corto plazo, parecen haber creado las condiciones mínimas para vivir con ella y dentro de tasas aceptables de crecimiento del producto.

La inversión total es baja para responder a un desarrollo acelerado, pero en cambio, en su composición importa señalar *el crecimiento de la inversión pública,* especialmente comprometida en nuevas obras de infraestructura económica y social, que han incidido directamente en las condiciones de vida del hombre latinoamericano.

En casi todos los países se han implementado *reformas tributarias* que aumentarán las transferencias de ingresos al sector público y, aunque modestamente, habría que destacar avances en el campo de las reformas agrarias y financieras.

También se denuncian progresos en *materia social:*

Son visibles los esfuerzos en materia educacional, aún cuando todavía sea alto el grado de analfabetismo en toda América. Las matrículas en la enseñanza primaria y media han aumentado considerablemente. Son igualmente fuertes los avances de tipo sanitario, como lo demuestran los índices de médicos operando en el área, la esperanza de vida (que pasó de 56.3 años en 1950 a 59.1 en 1965), el consumo de proteínas per cápita, etc. Se vienen implementando programas de viviendas en varios países, con éxitos espectaculares en algunos de ellos. El consumo según las estadísticas de algunos países parece aumentar su participación en el producto global. Enfatiza la CEPAL innegables avances en materia de movilidad social y aún en la estructura misma de los valores prevalecientes en algunos sectores de la sociedad latinoamericana, que se acercan a los de una sociedad en proceso de cambio. Esto parece ser una realidad en la creación de la moderna élite empresarial de la América Latina.

Ha habido *logros de tipo institucional, tales como el mejoramiento de los mecanismos administrativos del Estado* (la creación de organismos de planificación, el fortalecimiento de las instituciones financieras, etc.).

Se han creado mecanismos de integración, regional y sub-regional. Se ha coordinado la presencia latinoamericana en los foros internacionales. Además, se ha creado una generación de intelectuales que han venido trabajando en la interpretación del fenómeno económico latinoamericano dentro de sus coordenadas propias. En un plano más general, debiera ponerse de relieve el avance cultural y la búsqueda de una imagen propia asentados en la explotación de sus valores propios.

Motivos de Pesimismo

En 1970, la *población* de la América Latina excederá los 280 millones de personas y su representación en el total de la población mundial se aproximará al 8%. Como en 1920 la población latinoamericana no llegaba a los 90 millones de habitantes, lo anterior significa que se habrá más que triplicado en el curso del último medio siglo, período en que la población del mundo no llegará a duplicarse. América Latina ha sido casi la región del mundo que ha experimentando el crecimiento demográfico más rápido y sus tasas de expansión continúan siendo superiores a las de cualquier otra área.

La tasa de formación de ahorros es desfavorablemente baja, comparada con los países más dinámicos del mundo. Y ello no sólo debido al nivel de ingreso y los patrones de distribución prevalecientes, sino también al fracaso por movilizar el potencial de ahorros de la comunidad en sus distintas formas, públicas y privadas.

Además, dos sectores han crecido insuficientemente: el producto agrícola y las exportaciones, especialmente si se los compara con el ritmo de crecimiento de la población.

Estos bajos índices de formación de ahorros, expansión agrícola y desarrollo de las exportaciones se han reflejado en el *comportamiento notoriamente insatisfactorio del balance de pagos.* Escaso grado de diversificación de las exportaciones, comercio concentrado, participación decreciente en el comercio mundial, son todos elementos componentes de un desarrollo insuficiente del sector externo, de lo que da cuenta, entre otras cosas, el elevado endeudamiento de la América Latina frente al exterior.

Pero el problema que recoge con mayor énfasis la falta de dinamismo de la economía latinoamericana es el de la *desocupación de su mano de obra.* Aunque los índices son escasos, son suficientes para denunciar la gravedad de la desocupación, del empleo disfrazado, y de la muy baja productividad de la mano de obra.

El fenómeno precedente es parte integral, asimismo, de la concentración del progreso en pocas regiones del Continente, contrastando con vastas zonas marginadas del medio agrícola y urbano.

En materia social, los índices más negativos son los que provienen de la distribución del ingreso. Si bien ha habido avances en algún sentido, los patrones de distribución de la riqueza continúan siendo regresivos y muy distanciados de los modelos mucho más igualitarios de las sociedades industriales. Esto es particularmente visible si se hace un corte en los patrones de distribución del empleo de la sociedad latinoamericana, entre el sector moderno y atrasado, y dentro del primero entre marginados y no marginados.

La combinación de estos elementos, entre otros, explica la insatisfacción actual frente al comportamiento dinámico del sistema económico

latinoamericano y su incapacidad para responder a los reclamos de su progreso social.

Correspondería, a esta altura, plantearse la siguiente interrogante:

¿Estamos solamente en presencia de una crisis de crecimiento de la América Latina? O, dicho de otra manera, ¿podríamos explicar la situación presente por el comportamiento desigual en los ritmos de crecimiento de algunos sectores económicos frente a otros? ¿O, por el contrario, debemos reconocer una crisis del modelo de desarrollo prevaleciente?

La pregunta es pertinente. Si sólo se tratara de lo primero, bastaría simplemente con reformular algunas de las políticas actualmente vigentes. Si por el contrario coincidimos en que lo que está fallando es el modelo mismo, entonces deberíamos concluir que son necesarias transformaciones importantes de las estructuras, no sólo económicas, sino primordialmente políticas y sociales, por la inexorable interdependencia entre todas ellas.

Los Puntos Críticos del Modelo de Desarrollo Latinoamericano

Se ha extendido en América Latina el uso del concepto del *"modelo de desarrollo"* para referirse al conjunto de objetivos y de instrumentos explícitos o implícitos en toda política de desarrollo. El concepto supone una serie de abstracciones pero sirve para el análisis; ayuda a aclarar las ideas e incluso a ordenar la crítica. Por eso es que habremos de utilizarlo, sin desconocer sus limitaciones y sobre todo las simplificaciones a que puede dar lugar referir todo el complicado funcionamiento del sistema económico y social a un limitado número de variables.

Examinando ahora a la América Latina en su etapa actual de desarrollo, podría tentarse un juicio general sobre el modelo de desarrollo prevaleciente en la actualidad: el modelo no es dinámico, es inestable, no es equilibrado, no ha logrado atenuar el grado de dependencia del exterior, y no se vio acompañado por la creación de una auténtica conciencia cívica y por sistemas políticos coherentes, operando con eficaces proyectos nacionales de desarrollo económico y social.

El modelo actual de desarrollo no es dinámico. Esto equivale a decir que el modelo ha fallado en crear los estímulos capaces de sostener un ritmo aceptable de desarrollo en el tiempo. Los orígenes de estos hechos deben encontrarse en el estancamiento agrícola, la falla en promover activas políticas de distribución del ingreso, y el fracaso en lograr una expansión acelerada en las exportaciones.

El modelo de desarrollo es inestable. La experiencia económica de América Latina de los últimos años se caracterizó, en algunos países claves como los del Cono Sur y el Brasil, por una gran inestabilidad de precios y crisis de balances de pagos.

Estos hechos han creado en estos países problemas laterales graves, que han absorbido la acción de los gobiernos en la aplicación de difíciles

programas de estabilización, no han creado las condiciones mínimas de estabilidad que requiere cualquier proceso de desarrollo y por último, generaron distorsiones violentas de los precios relativos que han neutralizado —cuando no invertido— los estímulos del mercado para una eficiente asignación de los recursos productivos.

El sistema económico no ha sido equilibrado. En efecto, en los últimos años se ha reproducido en el interior de la América Latina una situación bastante similar a la de la economía mundial, en donde una brecha cada vez más profunda se está abriendo entre el ritmo de desarrollo de los países industriales y el de la periferia subdesarrollada.

Se destacan en la actualidad tres grandes sectores económicos en la división de la mano de obra latinoamericana. En un extremo, se ha constituido una sociedad moderna generalmente ubicada en las ciudades, y ligada a los sectores industriales de la exportación o de la intermediación. Este sector concentra la mayor parte de los frutos del progreso técnico, dispone de las fuentes más importantes de generación de ahorros y de acumulación de capital, y por consiguiente determina buena parte también del patrón de consumo de la sociedad.

Frente a éste, está el primitivo compuesto por la mayoría de las masas rurales y un fuerte segmento de las masas urbanas. Sector de muy baja productividad de la mano de obra, donde se concentra la mayor disponibilidad de la fuerza de trabajo, y que recibe la porción relativamente menor del ingreso. El crecimiento de este sector es grande: viene creciendo a un ritmo mucho mayor que el llamado moderno, al menos parece ser la gran característica de países como Brasil, los Centroamericanos y México. En el medio de estos sectores se encontraría un sector intermedio, de clase media baja, que pugnando por entrar en el estrato alto de la sociedad, está pendiente de toda posibilidad de ascenso para insertarse al sector moderno y llegar a los niveles de consumo conspicuos de aquel segmento de la sociedad. Esto explica la gran vocación de las clases sociales latinoamericanas por los consumos de durables que se han convertido en un movilizador poderoso de las sociedades más industrializadas del área.

En las hipótesis convencionales del desarrollo capitalista, el sector moderno debería arrastrar al sector no moderno, en un proceso de progresiva incorporación. En efecto, nadie niega que el desarrollo supone desequilibrios de toda naturaleza, entre otros, los focos dinámicos tienden a concentrar el ingreso y la mayor capacidad de producción. Pero existen mecanismos de corrección progresiva que son evidentes en los países hoy industrializados. En otros casos, la acción deliberada del sector público contribuye a acelerar ese proceso (Italia).

Pero las indicaciones disponibles en América Latina, aunque todavía muy poco elaboradas y por tanto difíciles de proyectar, indican que en algunos países la marginalización social crece y por tanto no surgen los correctores automáticos previstos.

No se ha logrado ni disminuir el grado de dependencia del exterior. El tema de la dependencia tiene connotaciones ideológicas y pasionales, pero constituye un factor de creciente importancia para la imagen que debiera contemplar cualquier desarrollo de la América Latina en el futuro.

En cualquier hipótesis, sólo serán viables los modelos que procuren soluciones de progresiva autonomía, las únicas que pueden motivar a los sectores políticos más dinámicos y sobre todo a la inteligencia y a las masas populares.

Aun cuando el enfoque convencional de la dependencia no resistiría incólume un análisis pormenorizado y sereno sin merecer serios ajustes, es preciso admitir que subyacen pendientes muchos de los problemas que originalmente han sido denunciados como causas de fricciones y de malentendidos en las relaciones de la América Latina con el resto del mundo.

Algunos de los problemas indicados son exclusivos de la América Latina. En particular, la acción fiscal y sobre la propiedad puede afectar los patrones de consumo; la adaptación de las tecnologías foráneas y el control de su incorporación indiscriminada son también capítulos de decisiones de política nacional; pero el problema más agudo de las relaciones externas, en particular el tratamiento de la inversión extranjera, no ha sido explorado con valentía y con espíritu constructivo para llegar a soluciones realistas que están siendo reclamadas, cada vez con mayor urgencia.

Por último, *cabe referirse a la carencia de una auténtica conciencia cívica y a la falta de sistemas políticos coherentes operando a través de auténticos proyectos nacionales de desarrollo económico y social.* Se ha expresado que la responsabilidad del desarrollo debe ser asumida primariamente por los órganos políticos. La experiencia de los últimos tiempos denuncia, por un lado, una desaparición de los regímenes democráticos y por otro, el fracaso de gobiernos y partidos —con contadas excepciones— por modernizar el sistema político para responder a las exigencias de proyectos nacionales de desarrollo.

Cuatro Bases de la Adopción de Decisiones

La prevención más definitiva frente a las notas precedentes, es que sería muy difícil volver a hablar en la América Latina de una nueva estrategia de tipo "global". Parece, en cambio, útil —a la luz de las experiencias pasadas— tentar extraer algunas observaciones, de validez generalizada, que deberían ser tenidas en cuenta, cualquiera que fuera el sistema político prevaleciente, la dirección que ese sistema decida imprimir a las economías nacionales, o la responsabilidad que se le atribuya al sector privado y al sector público.

La primera observación, es que el desarrollo económico constituye en primer término un *"proyecto de tipo político"* y no una mera construcción de la racionalidad económica. Lo es, en la medida que el proceso de

desarrollo supone opciones que deben ser tomadas por los cuerpos políticos con claro conocimiento de sus costos económicos y sociales. Y la elección entre esas opciones es tarea principal de los cuerpos políticos.

Pero lo es, además, porque el proceso de desarrollo supone no sólo el cumplimiento de reglas económicas para alcanzar metas concretas, sino también una imagen social que, como se expresara, haga compatibles las expectativas de la comunidad frente a su progreso con la posibilidad material del sistema económico de materializarlas.

Y lo es, por último, porque el desarrollo de ningún país de América o del mundo se da en el vacío, es decir, sin un severo cruce de ideologías y compartiendo un clima convulsivo, revisionista e incisivamente crítico. Guiarse en toda esa confusión, reclama ante todo intuición y juicios de valor que no pueden estar librados a la mera técnica sino a la compleja evaluación y decisión de los cuerpos políticos.

La segunda observación es que el desarrollo es además de una aventura política un proyecto de tipo social. Vale decir que no sólo pueden entrar en la consideración del problema las metas y los propósitos de tipo económico, sino su capacidad para enfrentar los problemas sociales.

Evaluaciones de suyo difíciles, si se piensa que esa meta de tipo social que debe ser el principio y el fin de cualquier proyecto nacional de desarrollo, está además insertada dentro de un continente en la mitad del camino entre los niveles más bajos del subdesarrollo y los del mundo industrializado.

Ello lo coloca en una especie de "mediatización", que hace las soluciones sociales más difíciles y la organización económica mucho más complicada.

La tercera observación es la que tiene que ver con la fuente básica del desarrollo, sobre la cual basar la estrategia económica. Ella sólo puede reposar en el esfuerzo interno y en la movilización de los recursos humanos, naturales y de ahorro de que dispone la comunidad latinoamericana. Tal ha sido la experiencia mundial, sin excepciones, y tal la dura lección de América Latina en estas dos décadas. Ello pone a la ayuda externa dentro de un nivel subsidiario y nunca principal. Lo que más se necesita es el esfuerzo interno de acumulación y de ahorro que es el precio inevitable que deberá pagar el Continente para desarrollarse.

La cuarta observación es que al proceso interno de acumulación de capital debe incorporarse un proceso igualmente severo de adecuada selección y asignación de tales recursos, sea que los mismos estén en manos principalmente del Estado o del sector privado, sea que esa asignación se deje en manos del mercado o en manos de una decisión descentralizada.

Invertir *más* no alcanza para la etapa actual del desarrollo latinoamericano. Es preciso invertir mejor. Y compromete con principios de eficacia y buena administración, tanto al Estado como a la actividad privada, cualquiera que sea el grado de su participación como agentes del proceso.

Necesidad de una Identidad Propia

Todas las experiencias del desarrollo han sido también claras en cuanto a enfatizar el papel de la educación y la formación de las élites dirigentes. Parece inaceptable cualquier desviación de esa meta y ella debe ser parte integral de los mejores esfuerzos en materia social. La educación no debe ser solamente la fuente de una superación del individuo frente a la ignorancia, sino también y por sobre todo, una fuente de mayor aprovechamiento de sus capacidades productivas y un vehículo para la transformación y modernización de los valores prevalecientes en la sociedad y que deberán corresponderse con la dinámica de un auténtico proyecto nacional de desarrollo.

Finalmente, parece también claro que todo proyecto de desarrollo nacional no adquirirá imagen política interna ni podría ser vendido a la comunidad con la esperanza de lograr un ancho apoyo, si no crea *una imagen clara* de progresiva independencia en cuanto a las decisiones básicas de su *política económica.*

Tanto la situación política como social de la América Latina en los últimos años, hacen urgente e indispensable conciliar los logros y las implicaciones económicas de todo desarrollo con una imagen de progresiva autonomía frente al exterior. Esto supone decisiones concretas en el ámbito de las relaciones económicas. Pero implica asimismo incursionar en las decisiones políticas y, en forma particular, en las relaciones a todos los niveles de la América Latina con los Estados Unidos. Sería ingenuo ignorar que un segmento importante de cualquier estrategia de desarrollo de los países latinoamericanos estará afectado por la política económica internacional. Esto implicará poner el proyecto nacional de desarrollo en el marco más amplio de las relaciones políticas y económicas exteriores de la América Latina.

Por último, debe aceptarse que la complicación de los problemas económicos y sociales del presente, y sus derivaciones políticas, hacen que la América Latina no pueda dejar el proceso de su desarrollo, al fruto de la improvisación o del azar económico. Esto significa, en lo esencial, modernizar la toma de decisiones dentro de horizontes en los que se puedan prever los acontecimientos y no convertirla en seguidora de tendencias erráticas en materia de desarrollo económico y social.

Y esto es mucho más importante si se considera que las profundas transformaciones en curso y futuras del mundo capitalista y socialista habrán de imponerle al Continente, desde afuera y en forma irresistible, restricciones y condicionantes entre las que deberá sobrevivir útilmente.

Esa sobrevivencia sólo podrá hacerse con una poderosa identidad propia y con ventajas relativas, si domina un "espíritu de previsión" en todos los órdenes de las decisiones latinoamericanas.

El futuro en América Latina como en el mundo será, por un largo lapso, el dominio de lo inesperado y quizás esa sea la tónica de toda la pró-

xima década, tanto en los ámbitos sociales como en los políticos. Por ello es que la política económica debe prever, como forma de minimizar el costo de esos mismos factores erráticos e imprevisibles, provenientes del comportamiento internacional y de los hechos nacionales.

Un Modelo Nuevo

En el ámbito específicamente económico, las metas de cualquier modelo dinámico de desarrollo económico y social para América Latina deberían asegurar los objetivos que a continuación se mencionan.

1. *Acelerar a fondo el ritmo de crecimiento del producto bruto de cada país.* No todos los países de la América Latina parecen encontrarse en la misma posición. Desde un país como México, que logró altas tasas de crecimiento en el pasado y en forma sostenida, hasta Uruguay, que aparece con pérdidas sistemáticas de ingreso durante toda una década, existen una gama de situaciones. Si el ritmo de la América Latina no conforma "en su conjunto", es porque existen algunos casos de notoria insuficiencia y por consiguiente, totalmente inaceptable como proyecto permanente.

Detrás de esta meta y con distinto grado de importancia, están todas las determinantes comunes a cualquier proceso de desarrollo: la formación y acumulación de capital, la transformación de la estructura productiva, la reforma de las estructuras agrarias para provocar un cambio en la productividad de ese sector, y mejorar la distribución del ingreso, la incorporación tecnológica, etc.

2. *Asegurar un ritmo sostenido del crecimiento del producto en el tiempo.* También aquí juegan diferencias considerables entre los países. Entre aquellos que han logrado tasas altas y sostenidas, hasta los que han experimentado fuertes oscilaciones, por el fruto de factores circunstanciales, antes que por el producto deliberado del modelo de desarrollo. El comportamiento de las exportaciones y los precios internacionales, los frutos de la estabilidad, la recomposición de los bajos niveles del pasado, han producido en muchos casos recuperaciones espectaculares en los niveles de la producción nacional, pero sería una gruesa simplificación entender que tal "crecimiento circunstancial" constituye en definitiva una dinámica auténticamente sostenida por el mismo modelo en desarrollo.

Detrás de este objetivo, la definición de un esquema de estímulos es parte esencial de cualquier estrategia nacional.

3. *Corregir las tendencias al desequilibrio actual del sistema económico,* achicando progresivamente los márgenes de distancia que existen entre los sectores modernos y primitivos de la sociedad. Esto exige que los países tengan una estrategia deliberada de política económica, para hacer frente a la dualidad estructural existente en la distribución de los frutos del progreso.

También aquí cabe precaverse frente a las generalizaciones. La capa-

cidad de dinamización del sector moderno de la economía y su irradiación de progreso hacia los demás sectores, parece ser mucho más importante en la Argentina que en Centro América.

Pero aun marcando estas diferencias, cabe pensar que toda la política debería estar imbuída por una acción concreta, presente no en una sola variable o proyecto, sino en toda la línea de acción de la política económica, para lograr, dentro de cada país, el estrechamiento progresivo de las brechas existentes entre distintos sectores de la economía.

Este objetivo implicará entre otras cosas, reexaminar los criterios de inversión y de adopción de tecnologías, así como explorar combinaciones nuevas de factores productivos, entre los que son escasos, como el capital, y los notoriamente abundantes, como la tierra inexplotada o mal explotada y la mano de obra desempleada o subempleada.

4. *Una activa política de redistribución del ingreso, que aproveche los errores del pasado y sea compatible con las mejores soluciones para las masas menos favorecidas de la sociedad latinoamericana.* No se nos ocultan los compromisos que supone conciliar en decisiones concretas, la avidez por acumular recursos en actividades productivas y la presión por mejorar la imagen social del desarrollo y llegar a extender los beneficios del progreso lo más rápido posible. Para resolver estas opciones no hay "fórmulas mágicas" económicas, sino realidades económicas y traducciones políticas de esas realidades. Baste con decir que el desarrollo supone sacrificios, los que son inevitables para todas las capas de la sociedad. Pero el precio por este sacrificio será mucho menor si existe una clara conciencia en la comunidad, a través de los hechos tanto como en las decisiones de política económica, de que ese sacrificio está equitativamente distribuido en relación al ingreso de cada grupo. Seguramente en la búsqueda de ese ideal de justicia radicará la capacidad que debe ser la reclamada al sector político en América Latina.

5. *El sistema debe dar respuesta al problema de la dependencia externa, así como a las consecuencias que el proceso de desarrollo elegido tendrá sobre la imagen de esa dependencia entre las distintas clases sociales.*

El proyecto nacional de desarrollo debe ser "autónomo" en cuanto no deposite las responsabilidades fundamentales de la política de desarrollo en el exterior sino en los agentes nacionales. Pero debe además procurar una independencia real en un mundo de progresiva interdependencia, dinamizando el sistema económico, diversificando sus fuentes productivas, salvando la vulnerabilidad exterior, expandiendo sus mercados, promoviendo el uso adecuado del poder de regateo de su mercado, integrándose dentro de la región, etc. En muchos aspectos, las opciones fundamentales del modelo pueden depender del mundo exterior, pero en lo fundamental reposan en decisiones y buenas direcciones de su política económica interna.

6. *Por último, el proceso de desarrollo debe procurar apoyo social.*

Esto es, no sólo debe constituir un progreso escrito o computado en la aritmética de los índices, sino que debe ser también uno concebido por la sociedad en su favor. Existen ejemplos muy conspicuos en América Latina, de progreso material imposible de desconocer, pero que al no haber logrado una clara imagen de progreso social, han sido víctimas de una extraordinaria fragilidad.

Todo proyecto nacional de desarrollo, tiene un determinado grado de eficacia. Y esa eficacia no está solamente referida al nivel de consistencia técnica sino a factores básicos de apoyo. El análisis de estos puntos en profundidad, debería servir para identificar en cada país, las áreas principales en las que habría que realizar reformas básicas.

Zonas de Cambio Estructural

Algunos puntos claves serían los siguientes:

Coherencia del sistema político. La experiencia latinoamericana es conclusiva en renococer que si el sistema político no funciona, ningún proyecto de desarrollo tendrá condiciones para perdurar y tener éxito. Esto significa que el sistema político debe tener una visión clara del proyecto de desarrollo a que aspira la sociedad, la fuerza suficiente para imponerle una idea de sus costos implícitos y un grado de representatividad tal que le permita darle a las acciones de política un mínimo de continuidad administrativa.

En segundo lugar, existe la necesidad de reestructurar al Estado latinoamericano, el cual no está a la altura administrativa de manejar un proceso dinámico de desarrollo. El empleísmo como sistema o refugio de la desocupación disfrazada, la falta de criterios de eficiencia para el uso de los recursos transferidos al Estado, el funcionamiento antieconómico de las empresas públicas, la aplicación desordenada de los recursos de inversión, o la baja eficacia del aparato fiscal, son instrumentos contrapuestos a cualquier desarrollo económico dinámico.

El reclamo de una mayor eficacia tanto al Estado como al sector privado en el uso de los recursos a su cargo, suele confundirse con un falso "eficientismo", que anularía las metas más nobles del mismo desarrollo, al sacrificarlo a logros materiales puros. Parece, sin embargo, ser ésta una óptica por demás superada por los hechos. El paternalismo estatal o el empleísmo puede servir transitoriamente para resolver problemas de corto plazo, pero en el largo plazo suponen costos sociales que se pagan en algún momento y por algún sector. De ahí que el reclamar esta eficiencia no sea una meta en sí misma, sino una preservación del uso de los recursos sociales para fines de máxima utilidad, también social. Son elementos de esta redefinición del Estado latinoamericano:

Una profunda reforma administrativa en todos los órdenes. Esa reforma administrativa no se logra por el simple expediente de la creación de nuevos organismos o la formulación de planes en el papel, sino

por la generación de un auténtico servicio civil y de una élite dirigente, consciente de sus responsabilidades en el manejo de los recursos a su cargo y en la orientación de la función orientadora del Estado sobre la economía.

Un aumento de los recursos transferidos al sector público. Esto sólo puede hacerse por medio de una mayor tributación y por intermedio de una mejor administración de los recursos. Pero también por un uso mayor de las tasas de los servicios públicos. Todo ello forma parte de la reforma tributaria concebida en un sentido amplio.

Recomposición de los gastos de consumo del Estado. En muchos países el consumo público ha quedado desproporcionado frente al consumo total. No por su dimensión, sino por la naturaleza de ese consumo, y el uso final de los recursos que moviliza.

Reorientación de las inversiones públicas con criterios de severa prioridad que contemplen los objetivos sociales con los económicos, así como la creación de oportunidades de empleo.

Definición de los estímulos al sector privado, lo cual va a estar dependiendo del papel que se le asigne. Esto significa, por ejemplo, abandonar los estímulos contradictorios, clasificar y revisar la política de subsidios indiscriminados, introducir el acicate de la competencia externa cuando sea útil a la etapa del desarrollo, etc.

La vigilancia y control de dos sectores que consideramos esenciales para el buen uso de los recursos: el sector externo y el del crédito. La técnica y modalidades de ese control podrán ir desde la dirección hasta la orientación. Pero el Estado moderno latinoamericano no puede desconocer la importancia de ambos en todo el éxito del programa de desarrollo.

Por último, *la redefinición del papel de la empresa pública latinoamericana.* Estas manejan cuantiosos recursos de la economía y todas ellas en sectores claves de los servicios o de la producción de bienes. Por ello no es admisible un manejo inadecuado. Puede ser útil ensayar nuevas modalidades de autonomía en la gestión de estas empresas que les asegure el grado mínimo de influencia del clientelismo político. Un tercer campo de reformas debe tratar de aumentar la eficiencia del sistema de precios y de la empresa privada. El primer requisito para un funcionamiento eficiente del sistema de precios es lograr un nivel mínimo de *estabilidad* o, de tener que aceptar cierto grado relativo de inestabilidad, flexibilizarse en forma suficiente como para asignar racionalmente los recursos, sin pagar el precio de las distorsiones internas. El logro de una estabilidad mínima supone una muy vigilante y coordinada política de coyuntura y una buena conciliación de esta política de coyuntura con el programa de expansión de la producción.

No habrá ni lo uno ni lo otro si no se articulan convenientemente los programas monetarios, crediticios y fiscales, con la política de ingresos

y de inversiones. No son convenientes por tal motivo, las técnicas que tienden a premiar a la inversión en equipos antes que el uso de la mano de obra o a estimular el consumo antes que el ahorro, o tasas de cambio que penalizan al sector exportador en beneficio del importador o de las salidas de capitales.

Con un régimen económico claro, alcanzado el mínimo de estabilidad y de horizontes asegurados por buenas relaciones de cambio, ¿estará la empresa privada latinoamericana preparada para cumplir su función con un nivel de progresiva eficacia? En nuestra opinión, para alcanzar esta meta habrá que planear reformas administrativas para suprimir los obstáculos a las operaciones del mercado (ensanchar sus bases, distribuir el ingreso, reorganizar la agricultura, favorecer los canales del exterior e integrar las economías regionales) y modificar todo el aparato proteccionista.

Otros Valores

Es cada vez más notorio —y esto no sólo para la América Latina— que siendo el desarrollo económico un objetivo muy importante no puede resolver por sí solo los problemas de la sociedad latinoamericana. Que por el contrario, están presentes en su destino otros valores tanto o más importantes que los económicos y que suelen estar detrás de muchos actos de denuncia —como en algunos segmentos inconformistas de la juventud— cuando están reclamando una mayor humanización del proceso de desarrollo en todas las sociedades, incluso la latinoamericana. Valores tales como el nacionalismo, el logro de una mayor identidad latinoamericana dentro y fuera del área, la reafirmación de sus valores culturales, el deseo de una mayor autodeterminación en cuanto a las decisiones de su política económica frente al exterior, etc., vienen jugando poderosamente en los ideales que persiguen estos países. Todos ellos forman parte de la función de bienestar de la sociedad latinoamericana del futuro y deberán ser compatibilizados dentro de un esquema integral que supera —aunque lo comprende necesariamente— al progreso puramente material.

La puesta en marcha de efectivos proyectos nacionales de desarrollo, reposará en el grado de modernización que logren los sistemas políticos, comprendiendo en los mismos a sus líderes, sus partidos y sus instituciones. Sistemas políticos, que no teniendo por qué corresponderse lisa y llanamente con los modos tradicionales de la democracia formal, tienen sin embargo en todos los países, la tarea de conciliar el mínimo de disciplina social que requiere el uso más apropiado de los factores productivos, con el máximo de participación democrática de la comunidad en la adopción de decisiones. Y conciliar además, las aspiraciones de progreso social inmediato, con las posibilidades reales del sistema productivo.

En el plano social, los problemas parecen referirse en primer término a la justicia distributiva que acuerde al proyecto nacional de desarrollo

una imagen de justicia que le permita tener legitimidad moral frente a la sociedad. Pero debe, asimismo, abordar lo que parece como el problema social más agudo —y obviamente económico— de la presente década, esto es, el problema del crecimiento demográfico y la ocupación de las masas.

Hay que reconocer que elegido un modelo de crecimiento, asignadas las responsabilidades inherentes a sus agentes básicos, estado y empresa privada, el sistema económico debe remover obstáculos que se oponen a la generación de recursos para la inversión y a su asignación racional y productiva.

Detrás de los obstáculos internos que haya que remover hay una realidad internacional que determina y afecta el proceso. Aun fuera del ámbito de estas notas, no puede confiarse en ella para suplir desde afuera lo que sólo puede hacerse desde adentro. Pero tampoco puede ignorarse que el ritmo del progreso y el nivel de los sacrificios internos estarán afectados por el grado de responsabilidad que pongan en el manejo de las relaciones internacionales los países que hoy han alcanzado los más altos niveles de ingreso.

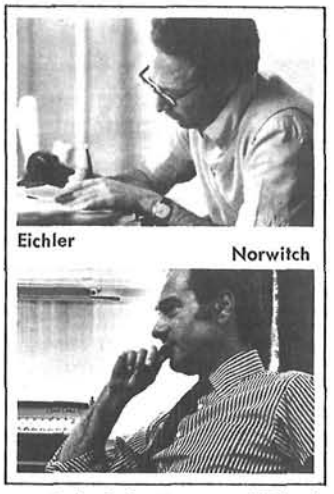
sección especial:

Los Nuevos Pueblos

IDEA VS. REALIDAD

Por Edward P. Eichler y Bernard Norwitch

La idea de edificar "nuevos pueblos" fue una respuesta a la fealdad urbana que llegó con la industrialización. Los autores analizan el desarrollo de este concepto, la variedad de programas que se han desarrollado y los antecedentes, no siempre positivos, de lo realizado hasta la fecha. Y preguntan si pueden sacarse algunas lecciones para los países en desarrollo.



Eichler Norwitch

Los autores tienen considerable experiencia en programas urbanos, tanto gubernamentales cuanto privados. Edward P. Eichler ha sido consejero especial del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano norteamericano, y fue representante de su país en la Conferencia de Desarrollo Urbano, celebrada en la Unión Soviética en 1964. Hoy es ejecutivo de una privada compañía de construcciones y urbanización. Bernard Norwitch fue el vicepresidente de la nueva ciudad de Reston (Virginia) y asistente del senado norteamericano. Hoy es asesor de una compañía de Washington especializada en problemas de política urbana.

En todas clases de publicaciones —desde los semanarios provincianos el *Life* y el *Realities,* hasta las publicaciones de las Naciones Unidas— la idea de los "nuevos pueblos" ha sido analizada y aclamada como solución al dilema urbano del mundo. ¿Por qué ha ocurrido esto? ¿Cuáles fueron los orígenes de tal idea? ¿Cuáles son los males urbanos que habrán de curar los nuevos pueblos? ¿Es aplicable el concepto tanto a las sociedades industrializadas como a las que están en desarrollo? ¿Quién las hace, quién habrá de iniciar las nuevas ciudades? Nuestro objetivo es responder a estas preguntas, pero antes se impone un breve bosquejo histórico.

Todos los conglomerados urbanos fueron "nuevos" alguna vez. Brotaron de sociedades populares hace unos 5.500 años, cuando el cultivo selectivo del grano y la práctica de domar animales dieron por resultado un superávit agrícola. Un excedente alimenticio permite tanto la especialización laboral cuanto una estructura de clases que puede, por ejemplo, desarrollar y mantener un sistema de riego. Hasta donde sabemos,

las primeras ciudades del mundo se formaron, cerca de 3.500 A. C., en los valles del Tigris y del Eufrates, y poco después en el valle del Nilo. En estas ciudades, como en casi todas las primeras, un hombre o un grupo fue investido con la dirección temporal, o espiritual. El rey o el sacerdote recibía una parte del excedente alimenticio. A cambio, él ofrecía la protección en la tierra y la paz después de la muerte. Con el excedente pagaba el costo de las murallas protectoras, mantenía un ejército y edificaba casas de oración, todo lo cual constituía la infraestructura de su ciudad.

Al mejorar la tecnología, tanto en producción cuanto en transportes, pudo aumentar la especialización y se extendió el comercio dentro de las ciudades y entre ellas. El desarrollo de la moneda y la cultura favoreció más esta expansión. Las primeras ciudades fueron fundadas donde la tierra era especialmente fértil. Pero al surgir la posibilidad del comercio interciudades, y cuando dirigentes como los de Roma trataron de extender sus imperios, se volvieron igualmente importantes la proximidad de las vías de agua y el emplazamiento estratégico de un lugar. Además, se fundaron ciudades entre las fuentes de valiosas materias primas, como la seda y el caucho.

Así, antes de la Revolución Industrial, la ubicación de las ciudades obedecía a la proximidad de una tierra fértil y de vías de agua, la distancia entre tales lugares (medida por el tiempo de viaje en vehículos tirados por bestias), la facilidad de defenderse de los enemigos, y la existencia de recursos naturales que pudieran cargarse y transportarse con maquinaria y potencia limitadas. Estas normas y criterios urbanísticos, por importantes que fueran, afectaban tan sólo a una pequeña parte de la población del mundo. Según el demógrafo Kingsley Davis, para 1800 tan sólo un 2,2 por ciento de la población de Europa vivía en ciudades de más de 100.000 habitantes. Como la industrialización empezó antes en Inglaterra, el porcentaje allí, en el año 1800, era de 10 por ciento. En 40 años se duplicó y en 60 más volvió a duplicarse.

El Industrialismo y el Nacionalismo

El desarrollo de la energía mediante vapor, y luego de la eléctrica y la creación de nuevas clases de acuerdos legales y sociales hicieron posible un grado de especialización del trabajo que antes se habría considerado imposible. El transporte por vía férrea y después mediante motores abrió vastas zonas a la explotación, a pesar de la lejanía del mar. La demanda de materias primas como el carbón y el mineral de hierro y de potencia hidroeléctrica creó zonas urbanas e industriales tan grandes como el Ruhr en Alemania, el medio oeste en los Estados Unidos y las Midlands de Inglaterra.

La Revolución Industrial no sólo aumentó enormemente la especialización urbana: creó, asimismo, una revolución agrícola. El siglo XIX y la primera parte del XX vieron cómo las naciones occidentales, que 5.000 años después de la formación de las primeras ciudades tenían un porcen-

taje de más de 95 por ciento de su población en las granjas, se hicieron predominantemente urbanas.

Determinadas condiciones topográficas, que antes fueran tan importantes para la defensa, no tenían ya importancia, debido a las armas modernas. Pero la política pública que antes había creado las ciudades como centros de religión adquirió ahora una nueva tendencia espiritual: la construcción de naciones. En los Estados Unidos la gran expansión del siglo XIX, del Este a las tierras interiores fue impulsada no sólo por la existencia de materias primas y tierras fértiles, sino también por el espíritu del "Destino Manifiesto". Aunque las razones declaradas acaso fueran económicas, en realidad las naciones luchaban por territorios y los colonizaban por cuestión de orgullo nacional.

Aprovisionamiento, defensa, rituales políticos y religiosos, comercio: éstas habían sido las razones de la creación y el desarrollo de las nuevas ciudades y las normas para su localización, antes del siglo XIX. Con la industrialización llegaron nuevas razones y normas: energía eléctrica, proximidad de otros combustibles y materias primas básicas para la producción en masa y la edificación de naciones. Con toda la nueva riqueza y oportunidad que ofrecía a los habitantes del campo para trasladarse a la ciudad, la industrialización, conforme las personas incansablemente buscaban tal oportunidad, puso más en relieve las desventajas de las grandes ciudades.

¡Abajo lo Viejo, Viva lo Nuevo!

Para fines del siglo XIX, un número creciente de observadores empezó a asombrarse por la congestión, contaminación y aparente desorganización social causados por el éxodo de la granja a la ciudad. Desde antes del fin del siglo, Dickens retrató, indignado, tales condiciones. Unos cuantos hombres, sobre todo en Inglaterra, donde la industrialización y el desarrollo urbano se hallaban más avanzados, no sólo empezaron a denunciar las condiciones físicas, sociales y morales de las grandes ciudades, sino también a ofrecer soluciones. Una de tales soluciones fue la construcción de nuevas ciudades. Si durante 5.000 años monarcas y hombres de negocios habían empezado a construir ciudades, sólo por dinero y gloria, ¿por qué no construir ahora nuevas ciudades para mejorar la cualidad del medio? Este concepto de la "cualidad" y la idea decimonónica de que todos los problemas podían resolverse mediante la razón, fueron las bases, así como la novedad del concepto de los pueblos nuevos. Aunque necesidad aceptada, la ciudad se consideraba mala al menos en parte, y hacía falta alguna clase de medicina para contrarrestar ese mal.

El moderno pensamiento norteamericano acerca de los defectos de la vida urbana contemporánea y de las organizaciones sociales que podrían anular esos defectos fue iniciado por un inglés: Ebenezer Howard. Escribiendo en la última década del siglo XIX, Howard basaba su idea de la

vida urbana contemporánea sobre un análisis del desperdicio y la desorganización que la Revolución Industrial había llevado a las mayores ciudades de Europa. Howard vio que los centros urbanos crecían cada vez más, y sintió que este crecimiento habría de intensificar todos los problemas de la ciudad y hacer cada vez menos humana la vida en tales lugares.

En su libro *Tomorrow: A Peaceful Path to Real Reform* (Mañana: Un Camino Pacífico Hacia la Verdadera Reforma), publicado por vez primera en 1898, Howard proponía que el gobierno inglés estableciera una serie de pequeñas ciudades autosuficientes, bajo control gubernamental. La población de cada una sería de cerca de 30.000 habitantes. Al poseer la tierra, la ciudad podría aprovechar el alto valor de los terrenos y así financiar los servicios locales. Las ciudades podrían estar conectadas por sistemas de transportes con el principal centro urbano del país, Londres, y estarían planeadas para aprovechar el "derrame" de Londres. Cada ciudad estaría protegida de intrusiones (y de su propia expansión) por un cinturón verde permanente que rodearía sus límites.

Combinación de Ciudad y Campo

Howard no concebía las ciudades que estaba proponiendo como elementos que, en sí mismos, pudieran curar los males de la vida urbana. Antes bien, veía una relación simbiótica entre ciudad y suburbio. En *Garden Cities of Tomorrow* (Las Ciudades Jardines de Mañana), escribió:

> En realidad, no sólo hay dos alternativas, como constantemente se dice —la vida de la ciudad y la vida del campo— sino que hay una tercera alternativa en que todas las ventajas de la vida en la ciudad, más enérgica y activa, con toda la belleza y el deleite del campo, pueden obtenerse en perfecta combinación; y la certeza de ser capaz de llevar esta vida será el imán que producirá el efecto al que todos aspiramos: el traslado espontáneo de la gente de nuestras apiñadas ciudades al seno de nuestra amante madre tierra, al mismo tiempo fuente de vida, de dicha, de riqueza y de poder.

El concepto de la ciudad jardín desarrollado por Howard encontró muchos partidarios en los Estados Unidos, y uno de los primeros fue Patrick Geddes. En *Cities in Evolution* (Las Ciudades en Evolución), escrita una década después de la obra de Howard, Geddes volvió al concepto de la ciudad jardín y propuso tales poblaciones como parte de los planes regionales. La primera realización de la idea de Howard se llevó a cabo en Inglaterra en 1904 con la creación de las nuevas ciudades de Letchworth y Welwyn (Unwin). Durante medio siglo, intelectuales y planeadores de ciudades, en número creciente, abogaron por pueblos nuevos, pero las pugnas internacionales y la inestabilidad económica ocupaban la mente de los gobiernos de la Europa Occidental. En los Es-

Welwyn, Inglaterra: uno de los primeros ejemplos del concepto de la ciudad jardín.

tados Unidos, tres nuevos pueblos se construyeron en la década de 1930, pero éste fue tan sólo uno de muchos actos aislados para combatir la depresión, y no fundamentalmente un programa para mejorar la cualidad del medio urbano.

Al final de la Segunda Guerra Mundial llegó una ola de edificación de ciudades. Los argumentos intelectuales han aumentado desde hace tiempo. Las ciudades nuevas ofrecerán un medio más seguro, más limpio, más sano, más eficiente y más democrático. Un pueblo pequeño, se afirmaba, permitiría que la gente se identificara con él y así se comprometería con su gobierno. Si se había entablado una guerra para defender la democracia, ¿no había llegado el momento de haber una operación de auto-gobierno? El argumento resultaba especialmente atractivo porque la destrucción de la guerra requería, de cualquier manera, enormes construcciones de casas.

Los Programas de Postguerra

Encabezadas por Inglaterra, cuyo parlamento aprobó la Ley de Pueblos Nuevos de 1947, naciones europeas como Suecia, Holanda y aun la Unión Soviética edificaron nuevos poblados después de la guerra. En Inglaterra y en la Unión Soviética los poblados se planearon con relación a ciudades ya existentes, aunque separados de ellas, y habían de limitarse de 60.000 a 100.000 personas. Tendrían la industria suficiente para que algunos pocos residentes, si acaso, tuvieran que ir a sus empleos fuera del poblado.

En casi todos los ejemplos estos pueblos fueron iniciados y financiados por el gobierno. La tierra y las instalaciones eran propiedad del gobierno local o de una empresa pública creada con ese propósito. Su desarrollo fue ayudado por una política gubernamental que regulaba la ubicación de las industrias. En algunos casos hubo que comprar la tierra a propie-

tarios privados (Inglaterra), pero en la Unión Soviética y en Suecia el gobierno ya poseía las tierras. La tesis subyacente de este movimiento era que una mejor relación de ciertas funciones urbanas como alojamiento, comercio, industria, educación, recreo, transportes y cultura podría organizarse si se comenzaba desde un principio. Además, las personas y la industria habían de ser desviadas de las grandes áreas metropolitanas como Londres, para aliviarlas de la carga de un excesivo desarrollo. Al crear naciones como las de la Europa Oriental y países más pobres como Venezuela, también habrían de edificarse nuevos pueblos para ayudar en la explotación de riquezas como mineral de hierro o petróleo.

Carecemos de tiempo para enumerar el catálogo completo de los beneficios que los nuevos pueblos de las naciones desarrolladas habrían de conferir a sus ocupantes, a las metrópolis contiguas, y a la nación en general. Ciertamente, uno de ellos era la oportunidad de relacionar el desarrollo urbano con las líneas de transporte de manera más eficiente. Otro era conservar terreno para espacios de recreo y lugares abiertos entre los poblados y la ciudad. Un tercero había de ser que la sociedad en general se beneficiara del aumento del valor de la tierra gracias a la urbanización.

Aversión a las Grandes Ciudades

Apuntalando estos argumentos "racionales" se ha encontrado una aversión a las ciudades más grandes, el carácter metropolitano y megapolitano del moderno desarrollo urbano. Para sus más ardientes defensores, la palabra "pueblos" ha sido especialmente significativa puesto que lleva consigo la convicción de que las zonas urbanas de dimensiones moderadas son virtuosas: en lo económico, en lo político y en lo moral. Los ingleses y los rusos no han podido limitar las dimensiones de sus grandes ciudades, pese a miles de planos y controles, y han aumentado el máximo de población de algunas ciudades nuevas de 50.000 ó 60.000 a 150.000 habitantes. Para muchos planeadores y filósofos, esto no ha representado una inteligente adaptación, sino una retirada ante el ataque del enemigo.

Desde mediados de la década de 1950, publicaciones académicas, profesionales y populares han retratado cada vez más los horrores de la expansión metropolitana en los Estados Unidos. Lewis Mumford, Clarence Stein y otros iniciaron tales críticas 30 años antes, desarrollando las ideas de Howard. Sin embargo, aquí en la nación más urbanizada y rica del mundo (más del 70 por ciento de la población vive en zonas urbanas) no se ha aprobado ningún programa gubernamental para iniciar nuevas ciudades. Las razones de ello pueden encontrarse en los orígenes políticos y filosóficos de los Estados Unidos.

Los Estados Unidos constituyen la única gran nación de la tierra que no pasó por un largo período de régimen despótico y feudal. Sus fundadores llegaron a escapar de naciones donde los reyes aún eran poderosos. Se rebelaron contra la corona. Todos sus primeros héroes como

Washington, Jefferson y Franklin fueron inversionistas y especuladores en materia de tierras. Su Constitución fue cuidadosamente planeada para equilibrar el poder, proteger las libertades individuales y limitar el poder del gobierno nacional sobre la propiedad. En gran parte, la unión se formó para establecer un clima favorable a la industria y al comercio. Aun desde su cuna, en los Estados Unidos, negocio era negocio.

Durante todo el siglo XIX el gobierno federal dispuso de sus grandes territorios para fomentar la colonización de nuevas tierras. Ferrocarriles y concesionarios de hectáreas fueron dos de los principales recipiendarios. Desarrollo, expansión y explotación de riquezas: éstas fueron las fuerzas motrices de los Estados Unidos en el siglo XIX. Las naciones europeas cuyas ciudades estaban llenas de grandes parques, plazas y refugios edificados por reyes y sacerdotes, respetaban la tierra. Aun sus hombres de negocios reconocían el papel del estado como fuerza dominante para controlar el desarrollo. La Corona sueca dio sus tierras a la ciudad de Estocolmo, de modo que el gobierno de la ciudad pudiera regir su desarrollo. El gobierno de los Estados Unidos dio sus tierras a veteranos de guerra y vendió a especuladores. Estas naciones son democracia, pero a cada una la historia le había dado una base muy diferente para sus decisiones acerca del empleo de las tierras.

Un aspecto del clima intelectual, moral y político de los Estados Unidos, empero, lo ha hecho muy sensible a la idea de los nuevos poblados. Muchos de nosotros, especialmente nuestros intelectuales, desconfían de las grandes ciudades. Thomas Jefferson fue sólo el primero de una larga lista de destacados americanos enemigos de la ciudad. Emerson, Thoreau, Melville, Poe y John Dewey (en sus últimos años) encontraron desagradable la ciudad norteamericana. En una frase, Dewey resumió el temor de muchos americanos, especialmente de los interesados en las cualidades de la vida urbana: "A menos que pueda restaurarse la vida comunal local, el público no podrá resolver adecuadamente su problema más urgente: el de encontrarse e identificarse a sí mismo".

Insistencia en la Industria Privada

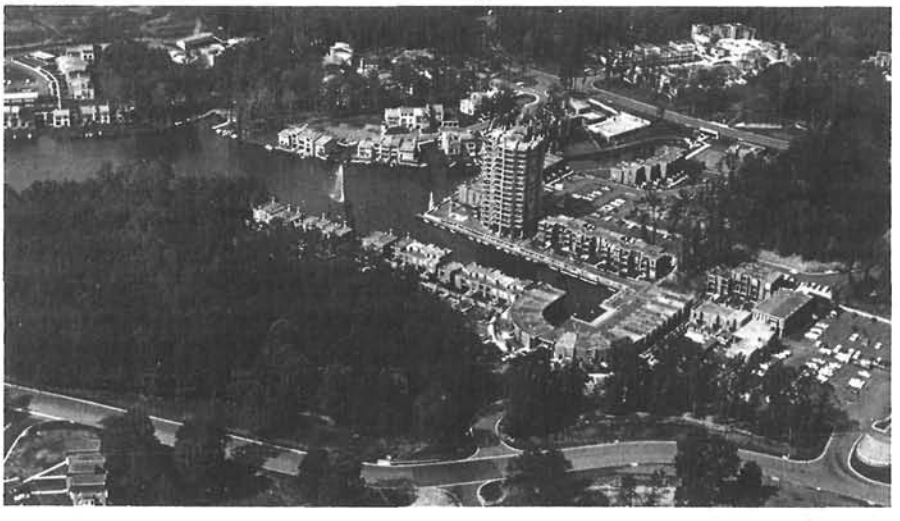
Por lo tanto, si los nuevos poblados son el concepto anti-megapolitano cuya aplicación nos permitiría evitar la suciedad, el ruido, la confusión y la degradación de las grandes ciudades, nosotros en los Estados Unidos nostálgicamente suspiramos por ellos. Pero, si para tener nuevas ciudades tenemos que acordarle al Estado, especialmente al gobierno federal, el poder de controlar, poseer y desarrollar tierras, y todos los medios reguladores para canalizar el desarrollo a esas tierras, nos resistimos. Estos sentimientos encontrados parecen irreconciliables, pero los americanos no se desaniman tan fácilmente. Si la propiedad privada de la tierra y la libertad de movimiento son sacrosantos, y si son necesarios los nuevos pueblos, sólo queda una solución: la industria privada, con escasa o ninguna ayuda o control del gobierno, deberá construirlos.

Después de la Segunda Guerra Mundial proliferaron los suburbios norteamericanos. Primero las casas, luego las tiendas y otras instituciones de servicio, y finalmente la industria. El desarrollo de estos suburbios, cada vez más, fue obra de especialistas. Constructores especuladores compraron de 50 a 100 acres de tierra, instalaron mejoras, obtuvieron una financiación interina o permanente, e instalaron primitivas pero eficientes líneas de montaje para producción de masa y habitación para el consumidor. Otros se concentraron en la creación de vecindarios y centros comerciales regionales o parques industriales.

Estos empresarios tenían que obtener la aprobación de los gobiernos locales para las dimensiones de los terrenos y el tipo de empleo de las tierras. Gran parte de las ganancias en el desarrollo de las tierras se debieron a cambios de zona para el uso de terrenos más pequeños, para una sola familia, así como apartamientos, industria o comercio. Al aumentar la competencia y disminuir la escasez de habitaciones de la postguerra, los creadores de nuevas ciudades empezaron a instalar y especular con instalaciones de comunidad como albercas, lugares de reunión o canchas de tenis. Todo esto requería planeación y considerable capital, pero pocos de estos hombres de empresa se consideraban comprometidos en una aventura de espíritu cívico. Lo objetivo era ofrecer un producto, que pudiera venderse o alquilarse tan rápidamente como fuera posible, y obtener ventajas financieras proporcionales a su inversión de tiempo y dinero.

En 1958 se anunció la primera nueva ciudad contemporánea de los Estados Unidos: el Dorado Hills, 10.000 acres 30 millas al norte de Sacramento, California. Rápidamente fue seguida por el anuncio de la compra de 7.000 acres por Robert Simon, para Reston, Virginia, y de 15.000 acres por James Rouse para Columbia, Maryland. Al mismo tiempo, varias familias que habían sido propietarias de miles de acres durante 50 a 100 años declararon su intención de edificar nuevas ciudades. La más espec-

Reston, EE. UU.: un uso de la tierra más sensato y metódico.



tacular de éstas es el Irvine Ranch, 10.000 acres en el extremo meridional de los Angeles.

El Borde Metropolitano

Los nuevos pueblos norteamericanos son diferentes de los de Inglaterra, por varias razones. En primer lugar, fueron iniciados por hombres de negocios, no por el gobierno. En segundo lugar, se hallan en el borde de las metrópolis, no más allá, y no hay ninguna disposición gubernamental de un cinturón verde que las separe. En tercer lugar, como el gobierno no dirige la industria para que se establezca en ellos, deben depender sobre todo de quienes deben desplazarse a sus trabajos, para que sean sus primeros clientes. En cuarto lugar, no hay especiales subsidios gubernamentales para la compra o renta de alojamientos.

Por todo esto, los nuevos pueblos norteamericanos constituyen una manera diferente de desarrollar el borde metropolitano, no un intento de cambiar el carácter megalopolitano del desarrollo urbano de la nación. En lugar de que especialistas poseyeran y desarrollaran modestas cantidades de terrenos, los creadores de los nuevos pueblos norteamericanos proponían planear y desarrollar la tierra para alojamientos, comercio, industria y recreación, bajo una égida. El resultado habrá de ser un uso más sensible y ordenado de grandes extensiones de terreno, en comparación con lo que hemos visto en los 50 años desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

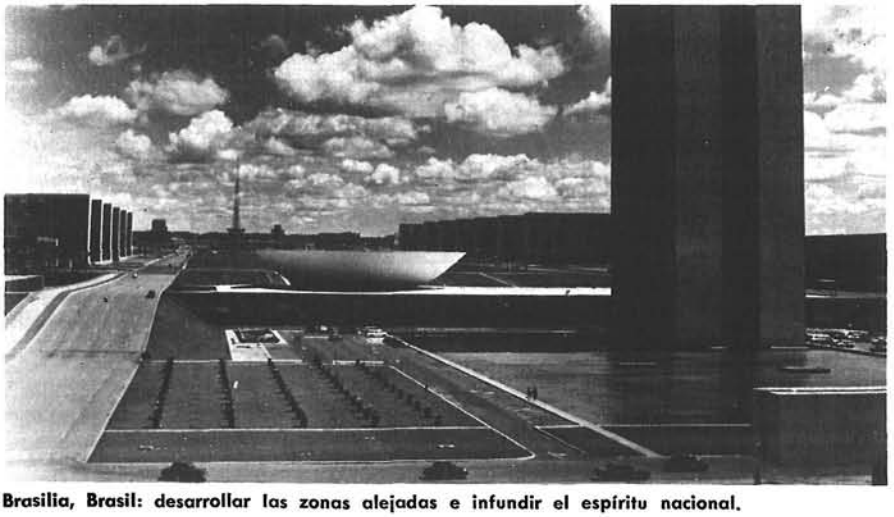
Desgraciadamente, gran parte de quienes han escrito sobre los nuevos pueblos no han sabido discriminar entre diferentes culturas y diferentes especies de "problemas urbanos". Mientras el desarrollo suburbano norteamericano ha sido desordenado y no se ha fijado en bellezas como árboles, valles con corrientes, formaciones rocosas, etc. (y creemos que no lo ha hecho), los nuevos pueblos al estilo americano constituyen una promesa que será bienvenida. Pero para los problemas de la vida urbana norteamericana, como la contaminación del agua y del aire, la congestión de tráfico y las privaciones de aquellos a quienes Michael Harrington ha llamado los "otros americanos", y las relaciones entre blancos y negros, los nuevos pueblos no tienen aplicación. Hasta hoy han estado lejos de obtener el triunfo financiero, pero esto es más bien tema para análisis en las escuelas de administración de negocios que problema de consecuencias nacionales o internacionales.

La Nueva Ciudad como Terreno de Prueba

La recién aprobada legislación de los EE. UU. sobre las nuevas ciudades fue concebida para relacionarlas más íntimamente con la solución de los problemas urbanos existentes, estimulando a los urbanistas para que construyan nuevas ciudades que sean modelo de planeamiento social, institucional y técnico experimentales. A cambio de esta innovación, el Congreso ha autorizado una diversidad de incentivos para urbanistas, en for-

ma de garantías de préstamo, préstamos directos y donativos. Pero la iniciativa sigue estando en manos del urbanista, en especial del urbanista privado. Parece obvio que su voluntad de emprender la experimentación social y cultural, aun cuando esté suscrita por el gobierno, dependerá finalmente de la repercusión que tengan estas innovaciones en el mercado, donde se decidirá la viabilidad económica de su nueva ciudad.

Los factores económicos también dificultan la realización de las mejoras técnicas que pueden resultar atractivas tanto para el urbanista como para el consumidor: por ejemplo, un sistema de tránsito para las masas, un proceso para el aprovechamiento de los desperdicios o una reducción efectiva de la contaminación de aire y agua. Dichas innovaciones se enfrentan



Brasilia, Brasil: desarrollar las zonas alejadas e infundir el espíritu nacional.

a los obstáculos prácticos de costos prohibitivos, mercados insuficientes, problemas técnicos no resueltos y los intereses en conflicto. La simple construcción, cerca de Washington, de las nuevas ciudades de Reston y Columbia, y los cambios resultantes en el uso de la tierra, han conducido ya a problemas de erosión del terreno y sedimentación del agua en la zona que circunda a Reston, y de contaminación del aire en Columbia. Ambas ciudades se enfrentan ya, aunque en forma más leve y limitada, a muchos de los problemas que afligen a las ciudades más viejas: vandalismo y crimen, abuso de drogas, polarización racial y abandono de las escuelas. El sistema experimental de tránsito interno de Columbia ha sido cancelado. El urbanizador de Reston no correrá con más gastos de instalaciones públicas para la comunidad.

Así pues, nos sentimos escépticos respecto de la nueva ciudad norteamericana urbanizada en forma privada como terreno de prueba para la solución de problemas sociales urbanos o para la aplicación de nuevas técnicas urbanas. Lo que *sí* hemos aprendido hasta la fecha de la nueva ciudad es cómo planear los patrones del uso de la tierra, las densidades de población y las instalaciones recreativas con el fin de reducir al mínimo

las distancias, aumentar el valor potencial de la tierra, conservar algunos espacios abiertos y ofrecer al público una diversidad de viviendas.

Esta nueva urbanización del tamaño de una comunidad adopta los mejores elementos de un sector norteamericano suburbano de clase media —la alberca y la cancha de tenis públicas, el pequeño centro comercial del vecindario y el centro regional más grande, el sistema escolar con sus guarderías diurnas y cursos de educación superior, el parque industrial— y los une mediante un sistema bien trazado de caminos y carreteras. El resultado es una comunidad *suburbana* superior que incorpora las lecciones y reconoce las quejas de más de dos décadas de experiencia suburbana, y que toma en cuenta la norma cada vez más elevada del concepto norteamericano de la buena vida.

Pero esta Ciudad Suburbana, estilo norteamericano, poco tiene que ver con la Nueva Ciudad europea, y prácticamente nada con la ciudad norteamericana más vieja y llena de problemas. Tal vez su ejemplo jamás llegue a influir sobre la ciudad vieja. Pero las comunidades suburbanas más refinadas y mejor proyectadas que surgieron en los sesentas ya están siendo imitadas en todo el país; en pequeña o en gran escala, como ciudades nuevas completas o como lugares de recreo. Como quiera que se les llame, serán un rasgo distintivo permanente del paisaje norteamericano, aunque parecen ser tan sólo una parte de la respuesta a la necesidad de una política a largo plazo de crecimiento urbano.

Los Nuevos Pueblos en las Naciones en Desarrollo

Ni la experiencia americana ni la de la Europa Occidental con los nuevos pueblos tiene aplicación necesaria a los problemas de los países subdesarrollados o apenas en desarrollo, pues la promoción gubernamental del desarrollo de sus tierras interiores puede ser deseable para explotar riquezas naturales aún intactas y para despertar el espíritu nacional. Brasilia es un ejemplo de dicho esfuerzo, aunque su efectividad como capital nacional aún debe ser demostrada. Pero a la larga, el sueño de Kubitschek, de abrir el interior de Brasil con sus enormes riquezas naturales, acaso pueda realizarse y Brasilia llegue a ser el elemento decisivo de tal realización. Pero, mientras tanto, Sao Paulo y Río de Janeiro crecen rápidamente, atrayendo a multitudes de las zonas rurales a las ciudades ya existentes; un proceso urbanizador que está teniendo lugar en todo el mundo. El gran dilema del mundo subdesarrollado es que debe realizar en unas cuantas décadas lo que algunas naciones hicieron a lo largo de siglos. El desarrollo de todo un nuevo sistema de comunicaciones ha hecho que algunas sociedades tribales de pronto cobren conciencia de los beneficios materiales de la industrialización. En el Occidente, la gente emigraba a las ciudades cuando la tecnología ofrecía un excedente de alimentos y una oportunidad de laborar. Pero una nación como la India no ha creado la base cultural o tecnológica necesaria para tal migración. Sin embargo, su pueblo atesta las ciudades donde la vida puede ser aún peor que en los campos.

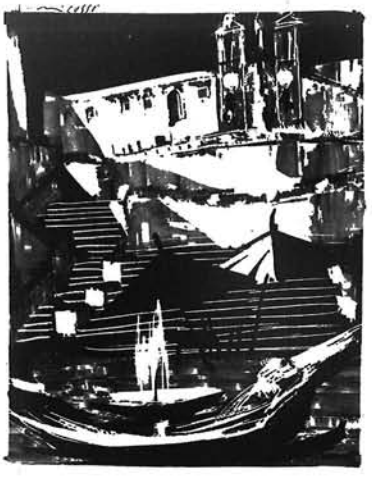
Lo Poco que Conocemos

Si los nuevos pueblos son un invento apropiado para tales naciones, será tan sólo como parte de un esfuerzo concertado para desarrollar las especialidades e instituciones agrícolas, técnicas y políticas que son necesarias para aumentar la productividad.

Pero los problemas que no pueden resolver son, desgraciadamente, cada vez más pertinentes a todos los países que están experimentando la industrialización y el crecimiento urbano poco económico y mal planeado. Ebenezer Howard se refirió a las condiciones provocadas por el rápido y desordenado crecimiento de Londres en el siglo XIX. Estas condiciones —apiñamiento y congestión, contaminación y enfermedades, pobreza y degradación— siguen acompañando a la vasta y desenfrenada urbanización de todas partes del mundo en el siglo XX.

Pensemos en Nueva York, Calcuta, Sao Paulo, la Ciudad de México, Hong Kong y Tokio; las dimensiones de su crecimiento físico, su población y sus problemas nos han conducido a una nueva serie de preguntas sobre la ciudad. ¿Puede llegar a ser tan grande una ciudad que amenace su propia razón de ser: su fuerza civilizadora, su urbanidad? ¿Existe un punto en que se vuelva ingobernable y decadente? Y más allá de esto, ¿es necesario que una urbanización continua acompañe a una continua industrialización?

Aquellos que aún tengan tiempo deben reflexionar cuidadosamente sobre estas preguntas e idear soluciones más sensatas que las que han propuesto hasta la fecha las naciones altamente industrializadas. El problema es real y grave en todos los lugares donde pueden apreciarse los efectos combinados del crecimiento de la población, la urbanización y el rápido cambio tecnológico. Lo que pueden aprender de la experiencia occidental los países que están experimentando dicho cambio es qué problemas surgen y qué preguntas hay que formular. Las soluciones deben encontrarse en el contexto de la cultura, condiciones y tradiciones de cada país.



DOS EXPERIMENTOS

Por Wolf Von Eckardt

Según el autor, dos pueblos nuevos construidos muy cerca de Washington D.C. ofrecen grandes esperanzas para el futuro de la vida urbana de EE. UU. y al mismo tiempo sirven para advertir errores que hay que evitar. Columbia, Maryland parece tener éxito tanto en lo social cuanto en lo económico aunque aún se encuentra en proceso de desarrollo. Reston, Virginia, es un atractivo lugar en el que se combinan estilos modernos y tradicionales pero que ha tenido serias dificultades económicas que podrían poner en peligro su proyecto original. Los comentarios del Sr. Von Eckardt están tomados de *Saturday Review.*

Wolf Von Eckardt escribe sobre arquitectura y problemas urbanos para *The Washington Post.* Entre sus libros se cuentan *A Place to Live: The Crisis of the Cities* (Un Lugar Donde Vivir: La Crisis de las Ciudades), *Life for Dead Spaces* (Vida para los Espacios Muertos) y *The Challenge of Megalopolis* (El Desafío de la Megalópolis).

Columbia, Maryland, la más avanzada de nuestras comunidades nuevas se anuncia como "la Norteamérica del futuro". Al principio no parece muy diferente de los suburbios de las ciudades, apenas es más salubre. No tiene nada del interés de Cumbernauld —el nuevo pueblo cercano a Glasgow— ni del moderno encanto de Tapiola, Finlandia, ni siquiera la Plaza Lake Anne de Reston, Virginia, el otro famoso nuevo pueblo norteamericano. No se parece a las utópicas megaestructuras con las que sueñan Paolo Soleri y otros visionarios de la arquitectura. En Columbia sólo se vislumbra la promesa del creciente interés en la construcción de pueblos nuevos. Pero al menos indica el camino a seguir.

Las comunidades de todos los tipos comprensivamente planeadas, que el gobierno federal se ha comprometido a fomentar según el Acta de la Vivienda de 1970, ofrecen la mejor oportunidad ideada hasta la fecha para poner fin al desastre que la urbanización descuidada está haciendo de nuestro medio ambiente. Estas comunidades, proyectadas para mantener los espacios abiertos y que emplean la tecnología para aprovechar los desperdicios y conservar las riquezas naturales, prometen ventajas urba-

© 1971 por Saturday Review, Inc.

nas sin el devastador entrometimiento con la ecología natural que llamamos despliegue urbano. Prometen reducir los viajes en automóvil —con su contaminación ambiental y su desperdicio del espacio destinado a carreteras y estacionamientos— poniendo al alcance económico de todos el transporte público y ubicando a las personas más cerca de sus lugares de trabajo.

Se supone que los nuevos pueblos ayudarán a la gente a dejar las barriadas y los ghettos, lo que hará posible reconstruir los sucios y semiderruidos centros de las ciudades y juntar a trabajadores y empleos en verdaderas comunidades de las que se sientan parte los habitantes. Pero, ¿qué piensan las personas que viven en estos laboratorios?

Obviamente, la mayor parte de los 13.000 habitantes de Columbia, pueblo situado en el condado de Howard, entre Baltimore y Washington D.C., y de los 12.000 de Reston, se dan cuenta de que participan en un experimento. También parecen ansiosos de que tenga éxito. A la mayoría de los residentes de Columbia les atraía la idea de un nuevo comienzo, "El Sueño Limpio", como lo llamó un profesor del Antioch College. Anhelan ser pioneros. Empero, algunos otros, aproximadamente el 21% se mudaron a Columbia porque quedaba cerca de su trabajo. Por lo tanto no es de sorprender que haya quienes no estén muy seguros de lo que es o representa un pueblo nuevo. Como muchos habitantes de los suburbios de todos sitios, se quejan de los nuevos edificios que se construyen a su alrededor, particularmente de las viviendas de alquiler bajo.

Una "Ciudad Jardín" Privada

Es arriesgado tratar de evaluar la vida en este pueblo de cuatro años. Columbia es sólo un ejemplo de un tipo de comunidad nueva. Como Reston, Jonathan en Minnesota y otros pueblos norteamericanos nuevos, es esencialmente una "ciudad jardín" del tipo inventado en Inglaterra a principios de este siglo. También es esencialmente un proyecto privado y los que lo apoyan tratan de probar que si se planea integralmente y se juntan las viviendas, la industria y los centros de recreo y de comercio, se puede crear un buen ambiente para vivir con tanto provecho como en una insulsa subdivisión de dormitorio de una clase y color. El proyecto de Columbia pertenece a James R. Rouse, y a juzgar por el precio de las acciones de la Rouse Company, la teoría parece válida. El pueblo está planeado para 110.000 habitantes y deberá completarse en 10 años a partir de ahora.

Lo primero que se ve al llegar al pueblo por la autopista 19 que divide sus 21 millas cuadradas es uno de los lagos artificiales con sus patos, botes de vela y niños con sus aparejos de pesca. Más allá del lago están los grandes edificios comerciales que anuncian el "centro" de Columbia. Un enorme local comercial con un paseo público cubierto, que habrá de dar servicio no sólo a la ciudad sino también a la región cir-

cundante, está bajo construcción y deberá inaugurarse en el otoño de 1971. También hay un parque de diversiones, con sus ruedas de la fortuna.

Al recorrer las anchas y ondulantes vías asfaltadas de la ciudad se ve una variedad de casas subdivididas, racimos de casas, y ocasionalmente grandes edificios de apartamientos. Como en muchos de los otros pueblos nuevos, estas grandes y agradables extensiones verdes se han dividido en barrios, cada uno con su escuela primaria, su centro, piscina y otras instalaciones de recreo al aire libre además de una tienda donde se consigue todo lo esencial.

Tres o cuatro barrios forman una "aldea" en cuyo centro hay una escuela secundaria, un salón de reuniones y diversas tiendas y almacenes

Columbia (Maryland): casas de ciudad en un lago hecho por el hombre.

agrupados alrededor de una simpática plazuela con bancas, estatuas y una fuente. Todo ello está conectado por vías públicas que no desembocan en las carreteras, por lo que los niños pueden ir a la escuela a pie o en bicicleta y los vecinos hacer sus compras sin necesidad de llevar sus automóviles. Sin embargo, Lake Wilde, el primer centro terminado en Columbia, tiene un banco de servicio para automovilistas y su estacionamiento por lo general está lleno.

Lake Wilde es la caja de muestras de Columbia. Tiene una piscina cubierta donde se puede nadar todo el año, una librería y una tienda de discos donde muchos jovencitos acuden a escuchar música, una de las mejores carnicerías de Maryland y un centro "ecuménico" (Interfaith Center) donde católicos, judíos y protestantes llevan a cabo ceremonias religiosas y seminarios. Este centro también dirige un "ministerio cooperativo". También hay un centro comunal llamado Slayton House donde

se llevan a cabo actividades como discusiones informales con políticos del lugar, obras de teatro de aficionados y funciones de cine.

Problemas de Crecimiento

Slayton House también es el escenario de caldeadas "confrontaciones" entre la Asociación de Columbia y los residentes que exigen que se les diga qué se hace con sus contribuciones. La asociación, con su considerable personal, se ocupa de la urbanización y los jardines y otros lugares de recreo y organiza y dirige los programas sociales y recreativos de Columbia en tanto que las escuelas, los bomberos y la policía siguen bajo la responsabilidad del condado de Howard. Como responsable de los proyectos, Rouse gobierna a la junta directiva de la Asociación de Columbia para asegurarse de que los residentes no cambien sus planes repentinamente. Esta precaución se toma —aunque muchas veces los ciudadanos la resienten— en todas las ciudades nuevas, aun en las comunidades británicas patrocinadas por el gobierno y que con el tiempo llegan a ser verdaderas municipalidades con alcalde y concejales elegidos. En una reciente conferencia sobre la administración de pueblos nuevos, el urbanista David Godschald dijo: "Si los ciudadanos tuvieran voz y voto, Columbia, por ejemplo, acabaría por ser una zona de baja densidad de población".

Pese a ello, Columbia Rouse ha prometido relajar su paternal gobierno conforme crezca la ciudad, y está creciendo rápidamente. Se han completado dos de las siete aldeas proyectadas y está por terminarse una tercera. Columbia ya tiene una Escuela Superior Comunal con cursos de dos años y una sucursal del notable Antioch College de Ohio. Tiene una clínica de salud que forma parte de un proyecto de sanidad familiar pagado por anticipado, ideado y dirigido por la Universidad Johns Hopkins. Se ha preparado el terreno para un hospital de 180 camas, hay un club de golf y establos con caballos para equitación.

Sin embargo se ha abandonado el servicio de minibuses de Columbia que formaba parte del proyecto. No había suficiente demanda. Desde principios de este año los minibuses sólo dan servicio en las horas de mayor afluencia, de los centros de las aldeas al centro principal de donde parten los autobuses que van a Baltimore y a Washington o al parque industrial de Columbia.

Hasta ahora, sólo el 15% de los habitantes de Columbia también trabaja en la ciudad. En Tapiola, Finlandia, la cifra es de aproximadamente 40%. En la mayor parte de los pueblos británicos nuevos son más los empleos en la industria que los trabajadores disponibles, aunque la idea era igualar la capacidad de empleo a la población activa. Por lo tanto muchos trabajadores viajan ahora a los pueblos nuevos. Esto ocurrirá también en Columbia si Rouse logra su objetivo de crear 50.000 empleos para un pueblo de 110.000 habitantes. Probablemente lo hará. Los dos parques industriales crecen aún más rápidamente que la ciudad.

¿Ideal de la Clase Media?

Los críticos arguyen que los nuevos pueblos representan el ideal de la clase media. Se les olvida que los negros y los pobres comparten este ideal. Los habitantes del gheto también prefieren ver patos y no ratas cuando se asoman a la ventana. Si "Soul City", el nuevo pueblo planeado por y para negros, llega a construirse algún día en el Sur, no será muy diferente de Columbia.

Aproximadamente de 15 a 18% de la población de Columbia es de raza negra. En Reston el porcentaje es quizá un poco menor debido a que a muchos negros no les entusiasma la idea de vivir en Virginia, estado tradicionalmente "sureño". También hay en ambos pueblos familias con ingresos menores del promedio y habría aún más si el gobierno federal hubiera resuelto con mayor prontitud las solicitudes de subsidios para viviendas. Hasta ahora ha hecho poco más que hablar de la idea de las comunidades nuevas equilibradas en lo social y lo económico.

En Columbia se acaban de terminar las últimas unidades habitacionales subsidiadas para personas de ingresos moderados. Para evitar que se les tache de ghettos para personas de escasos recursos, estas unidades

Columbia: plaza céntrica, espacio sin automóviles.

se han construido en cinco sitios diferentes. Las casas tienen un diseño tan atractivo como cualquiera de Columbia y yo, por lo menos, no podría distinguirlas del resto. Fueron construidas con la ayuda de la *Interfaith Housing Corporation* de Columbia que surgió del ministerio cooperativo.

Reston ha puesto a sus 198 familias de escasos ingresos en un solo complejo habitacional llamado Cedar Ridge en el que pululan cerca de 700 niños. Diez de los apartamientos de Cedar Ridge están habitados por familias que reciben dinero del estado pero los otros inquilinos no saben quiénes son. Ninguna de estas familias procede de los ghettos de Baltimore o Washington. Tampoco son todos negros. Son jóvenes profesores, obreros de fábricas y dependientes de tiendas. Muchos de ellos trabajan en el pueblo y todos han vivido en el condado rural circundante.

Ni Rouse ni la Gulf Oil Corporation, propietaria de Reston, pretenden que sus pueblos nuevos construidos con fondos privados podrían o querrían tratar de alojar grandes números de pobres de los centros de las ciudades. Columbia y Reston solamente tratan de asegurarse de que todo el que trabaje en estos pueblos pueda vivir en ellos y se dan cuenta de que, como dijo un funcionario de la Interfaith Housing, "en la industria hay por lo general, más conserjes que presidentes". Además, existe el deseo sincero de construir comunidades social y económicamente "inclusivas" antes que exclusivas. "Si Columbia ha de ser un experimento de construcción para la futura Norteamérica, deberá adaptarse a las necesidades de todos los norteamericanos".

Hasta ahora, para muchos norteamericanos los pueblos nuevos son mejores que los suburbios. La gente que se ha mudado a estas comunidades porque veía en ellas una nueva frontera urbana está orgullosa de su mezcla racial y económica. En Reston, un activo grupo formado por los primeros colonos ha constituido una asociación llamada *Black Focus* que constantemente demanda al proyectista que haga mayores esfuerzos por abrir el pueblo a los negros, que muestre caras negras en sus fotos de promoción y que contrate vendedores negros. Estas peticiones han dado algún resultado. En Columbia algunos residentes que quizá creyeran en la discriminación racial parecen vivir contentos en la misma calle que negros y miembros de varios otros grupos étnicos a los que atrajo la promesa de que en Columbia encontrarían armonía entre razas y nacionalidades. Este espíritu parece contagioso. Según una encuesta de la Universidad de Michigan, al 56% de los entrevistados quería gente de diferentes razas en sus barrios. ¿Cuán importante es esto? La mayoría de estos vecinos negros son miembros de la clase media altamente educados y algunos tienen quejas. Por ejemplo, June Caldwell, psicóloga negra, que se mudó de Baltimore a Columbia dijo a un reportero del Washington Post. "Yo no sé, Columbia parece una buena idea pero no estoy segura. Creo que aún existe aquí ese concepto de valores de la propiedad. Todos los pre-

juicios norteamericanos sobre las viviendas de bajo alquiler se han conservado intactos. Si algo se pierde, todo el mundo mira a los niños del Interfaith" (viviendas para familias de escasos ingresos).

Planeamiento y Espíritu de Comunidad

En suma, en los nuevos pueblos no están ausentes los conflictos y dificultades de nuestra sociedad. También en ellos la gente tiene miedo al cambio y a la depreciación de su propiedad y las de su alrededor. Pero a pesar de las dudas de la Sra. Caldwell, yo diría que en un pueblo nuevo hay menor miedo al cambio porque éste se ha proyectado. Uno sabe lo que ocurrirá. Hay orden. Columbia y Reston parecen comprobar el argumento de muchos sociólogos de que la mayoría de los blancos de todas las clases sociales no se oponen a la integración racial, en tanto tengan la seguridad de formar la mayoría. Desde luego esa es una actitud "racista", pero se espera que las comunidades planeadas sirvan para vencer-

Reston (Virginia): ¿una nueva frontera urbana?

la —homeopáticamente, podría decirse— tomando en cuenta estos prejuicios.

En un pueblo nuevo es más fácil resolver los problemas en un espíritu de comunidad que en un suburbio o ciudad impersonal. Tanto en Columbia como en Reston y en casi todos sitios la indisciplina de los jóvenes es un problema. Una noche del verano pasado la encantadora plaza Lake Anne de Reston fue víctima del vandalismo. Algunos culpaban a forasteros de Washington, aunque no cabe duda de que algunos jóvenes de Reston se encontraban entre ellos. Las reuniones y discusiones entre los ciudadanos conscientes continúan. En Columbia los centros para adolescentes —el Orange Propeller y el café del ministerio cooperativo que se llama "Está Abierto"— han sido invadidos por muchachos de fuera de la ciudad que no tienen otro lugar donde ir. También ha habido problemas de drogas, pero tampoco han producido tanta acritud como discusiones interesadas y un espíritu de solícita inquietud.

Hace tiempo, en una de estas reuniones una mujer pidió la palabra y un tanto alteradamente dijo a Rouse que debería tomar en consideración la reputación de su pueblo y expulsar a los jóvenes "hippies". Aplausos. Rouse contestó que comprendía su sentir. Pero también dijo que esperaba que la dama no estuviera sugiriendo que el problema se ocultara bajo la alfombra. Debería haber una respuesta más constructiva. Los hippies, añadió, "podrían estar diciendo algo que deberíamos oír". Esta vez el aplauso fue mucho más prolongado.

Según la Asociación de Columbia sus residentes proceden de 43 estados y 14 países; toda clase de gente con opiniones muy diversas. Según el estudio de Michigan la mayoría de los habitantes encontró lo que esperaba. El 25% dijo que las cosas estaban mejor de lo que había supuesto. El 9% dijo que estaban peor. Por lo tanto podría decirse que el más avanzado pueblo nuevo de los EE. UU. ha empezado bien; aunque aún no atrae a los muy pobres o a los muy ricos, está creando un nuevo ambiente para vivir. Aún no hay datos estadísticos que permitan a los sociólogos determinar cuán "efectivo" es este ambiente en cuanto a la reducción del número de crímenes, el mejor aprovechamiento de la educación, o lo que sea. Lo que sí se sabe es que ofrece a la gente otra forma de vida.

Persectivas para el Futuro

Los nuevos pueblos de los Estados Unidos son sólo un comienzo. En la Gran Bretaña, donde se originó el movimiento, los constructores de nuevas comunidades han pasado de las ciudades jardín, como Columbia, a una segunda y tercera generación de pueblos nuevos que guardan con los primeros la misma relación que existe entre el jet, el superjet y los aviones de hélice. Cumbernauld es un ejemplo de la segunda generación de estos pueblos. Se empezó a construir a finales de la década de los cincuenta. Es una ciudad compacta cuyas calles están empedradas de granito. En ella se propone mantener a los autos fuera del camino de los tran-

seúntes y prácticamente se ha acabado con los barrios y sus centros independientes. En lugar de ellos, la vida comunal de Cumbernauld se concentra en el grande y activo centro de la ciudad, una extraña y compleja megaestructura con tiendas, apartamientos, salas de reuniones, luces de neón y olor a pescado y papas fritas, por debajo y en medio de la cual pasa una supercarretera. Allí no hay comodidades burguesas.

La tercera generación de pueblos británicos nuevos aún está en su etapa de planeamiento. Los pueblos serán más grandes —de un cuarto de millón de habitantes o más— pero se volverá a la baja densidad de población, los barrios separados y espacios verdes y agradables. Esto se logrará gracias a un sistema de tránsito rápido construido dentro de la ciudad en forma parecida a como se construyen los pozos de ascensores en edificios muy altos.

Lo que se espera es que sean ciudades que, como el filósofo e historiador del urbanismo Lewis Mumford dijera una vez, "se olviden de los malditos automóviles" y se proyecten "a escala humana para amantes y para amigos".

LA ECONOMIA DE LAS NUEVAS CIUDADES

Por Anthony Downs

Planear nuevas ciudades ideales sin los problemas de las antiguas es un pasatiempo fascinante. Pero, en opinión del autor, cuando se trata de edificar en realidad una nueva ciudad hay que afrontar varias muy difíciles y prosaicas cuestiones de costos, financiación y consecución de tierras. Su artículo se reproduce de *Saturday Review.*

Anthony Downs es un destacado especialista en planeación urbana que ha trabajado con el gobierno y la industria privada. Es el primer vicepresidente de la Real Estate Research Corporation, en Chicago, y ha sido asesor de dependencias oficiales, estatales y urbanas, así como de los planeadores venezolanos de la nueva Ciudad Guayana. Ha dado conferencias sobre economía, ciencias políticas y asuntos urbanos en muchas universidades norteamericanas. Entre sus libros se incluyen *Urban Problems and Prospects* (Problemas y Perspectivas Urbanas), *An Economic Theory of Democracy* (Una Teoría Económica de la Democracia) e *Inside Bureaucracy* (La Burocracia desde el Interior).

Aunque muchos consideran a las nuevas ciudades como una interesante manera de escapar de los persistentes males de la vida urbana, pocos defensores de las nuevas comunidades se han enfrentado a ciertas prosaicas pero vitales cuestiones acerca de sus posibilidades económicas. ¿Pagarán por sí mismas las nuevas ciudades, o habrá que subsidiarlas? Si se requieren subsidios, ¿quién los pagará, y quién cosechará los beneficios? La construcción de nuevas ciudades, ¿realmente ayudará a resolver los existentes problemas urbanos? ¿O simplemente hará que ciertos dirigentes y escasos recursos se aparten de las decadentes viejas áreas urbanas para crear nuevos y glorificados suburbios para ricos?

Antes de examinar estas cuestiones, habrá que definir algunas cosas. Para que sea considerada como una ciudad nueva, una comunidad debe 1) ser desarrollada inicialmente bajo un solo plan general; 2) contener múltiples usos de la tierra: espacios residenciales, comerciales, de oficinas y recreo; y 3) ser planeada para cierto mínimo de población. En mi opinión, 15.000 personas son un cálculo razonable para las ciudades más pequeñas y 50.000 para las mayores.

Varios tipos, fundamentalmente distintos, de nuevas ciudades deben

© 1971 por Saturday Review, Inc.

distinguirse sobre la base de su relación geográfica con las poblaciones ya existentes y sus dimensiones. Geográficamente, una nueva ciudad podrá ser *interior* (dentro de una zona densamente construida, como el proyecto de la Isla de Beneficencia de la ciudad de Nueva York), *periférica* (en los confines de un área metropolitana ya existente, como Foster City, cerca de San Francisco), *satélite* (fuera de un centro metropolitano, pero a una distancia prudente, como Columbia, entre Washington y Baltimore), o *autónoma* (a una distancia considerable de toda área metropolitana existente, como Lake Havasu City, en Arizona).

En cuanto a dimensiones, por conveniencia sólo hablaré de dos categorías. Una *ciudad integral* contiene una muy amplia gama de empleos de la tierra, incluso industriales, y debe ofrecer casi tantos empleos dentro de sus fronteras como sea el número de trabajadores que allí vivan. Una *mini-ciudad* contiene una gama mucho más reducida de uso de la tierra, acaso no incluyendo las industrias, y depende principalmente de las comunidades de los alrededores para que den empleos y los servicios urbanos necesarios a sus residentes.

La Economía del Desarrollo de la Tierra

Desde un punto de vista estrictamente económico, crear una nueva ciudad es una forma especial de desarrollo de la tierra. El principio básico subyacente en todo desarrollo de la tierra es comprar tierras baratas, aumentar su demanda y venderlas a más alto precio. Las ganancias que produce dependerán de 1) la diferencia entre el precio de compra y el de venta, 2) los gastos incurridos al aumentar el valor de las tierras, y 3) el tiempo necesario para todo el proceso.

La diferencia de precios se aumenta haciendo que el precio de compra sea tan bajo y el de venta tan alto como sea posible. Por lo general los precios de la tierra disminuyen conforme se separa uno de las zonas ya pobladas; así, existe una poderosa presión sobre quienes desarrollan nuevas ciudades, para que levanten proyectos satélites o autónomos. Esta presión es especialmente grande si tratan de crear ciudades integrales, que requieren inmensos espacios de tierras libres (6.000 acres o más). En cambio, los precios de venta (o de arrendamiento) aumentan de acuerdo con la mayor densidad, que generalmente se encuentra cerca del centro de las grandes ciudades. En todas las ciudades nuevas (y existentes) los más altos precios de la tierra los generan los edificios de oficinas, los centros comerciales y los grandes apartamientos, y los más bajos los hogares de una sola familia. Esta es la razón por la que muchos de quienes desarrollan las nuevas ciudades rápidamente venden los emplazamientos para una sola familia a quienes se dedican al alojamiento, pero conservan las grandes localidades comerciales, de ventas, industriales, y de apartamientos. Las tierras de alto valor y las rentas generadas por tales localidades han sido la salvación económica de las nuevas ciudades inglesas.

Un aspecto vital para la economía de las nuevas ciudades es su intento de aprovechar los "derrames" económicos inherentes a todo desarrollo de tierras. Allí donde hay quien levanta un importante centro comercial regional u otra obra comercial, sube el valor de todos los terrenos de los alrededores. Si el creador del centro comercial no posee las tierras contiguas, alguien aprovechará los "efectos de derrame" de su inversión.

Pero todo urbanizador de una nueva ciudad inicialmente controla ya suficientes terrenos para aprovechar casi todos los beneficios dentro de los límites de la comunidad. Además, deliberadamente planea todas las partes de la nueva ciudad, de modo que los beneficios de un "derrame" refuercen a los de otro. Esto estimula el aumento del valor de la tierra, aún más rápidamente. Por ejemplo, diseña las calles para aumentar al máximo las conveniencias de su centro comercial y luego aprovecha esa conveniencia para convencer tanto a los residentes como a los vendedores de que se muden allí. Esta capacidad para "internalizar" y fomentar una "reverberación económica" entre los "derrames" aporta las mayores ventajas relativas del desarrollo de nuevas ciudades sobre el tradicional desarrollo por subdivisiones. Pero esta capacidad requiere tanto un enorme emplazamiento cuanto un excelente plan general, que hay que añadir a los gastos del desarrollo.

Valores Ambientales y Estéticos

Un plan general de toda ciudad nueva ofrece cualidades ambientales y estéticas de las que carecen las típicas subdivisiones en competencia. Por lo tanto, una nueva ciudad bien planeada logra al mismo tiempo contrapesar su distante localización y acelerar el proceso de venta de sus tierras. Los tradicionales urbanizadores aumentan el valor de sus terrenos instalando alcantarillas y acueductos, donando lugares para escuelas, creando calles y lagos, ofreciendo espacios abiertos, edificando estructuras, o algunas combinaciones de todo esto. Pero quienes desarrollan nuevas ciudades tratan de crear un medio completamente nuevo, casi auto-suficiente, velando cuidadosamente por que haya muchos usos de la tierra bajo un solo plan. A este respecto, están aprovechando un creciente deseo entre los americanos de comprar un medio completo, junto con la casa. Así, la creación de un plan estético, social, y de un ambiente atractivo es vital para el éxito de toda ciudad nueva.

A pesar de todo, el factor crítico es la rapidez del desarrollo. Las nuevas ciudades requieren enormes inversiones "frontales" en dinero para adquirir grandes espacios e instalar suficientes estructuras y mejoras antes de que nadie se mude y convenza a los potenciales residentes de que en realidad gozarán de esa maravillosa atmósfera prometida por el urbanizador. Si éste ha pedido prestado el dinero, le costará enormes intereses en pagos diarios. (En las primeras etapas de construcción de Columbia, la compañía Rouse estaba pagando intereses de 5.000 dólares diarios por el dinero pedido para adquirir la tierra, aun antes de que hu-

biera la menor seguridad de que podría edificarse allí una nueva ciudad). Y pagar en efectivo significa sacrificar intereses que pueden ganarse en otra parte. Por lo tanto, el éxito económico requiere de la rapidez del desarrollo para abreviar el período anterior al de recuperación para los inversionistas. Aun si una nueva ciudad queda completamente ocupada y resulta un gran triunfo humano, puede resultar un desastre económico para sus creadores si transcurre demasiado tiempo entre el comienzo y el final.

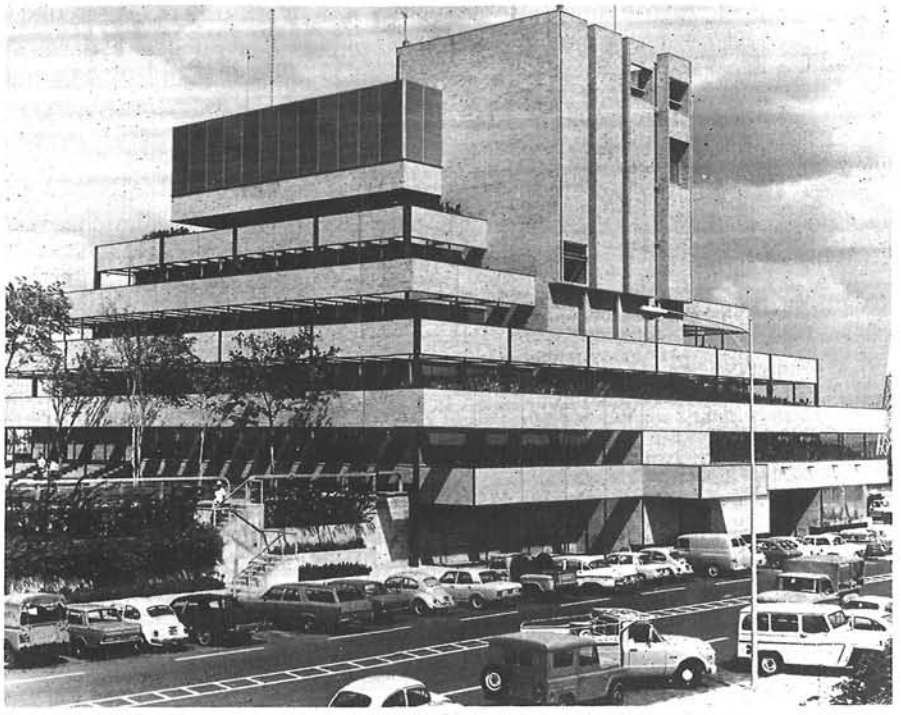
Colocarse tan cerca como sea posible de una área metropolitana ya existente acelera el desarrollo, exponiendo la nueva ciudad a un mayor mercado potencial. Pero esto eleva el precio inicial de las tierras. Más aún, crear una ciudad enteramente nueva constituye un proceso extremadamente complejo, y hay tres causas de tardanzas no conectadas con el desarrollo tradicional: adquirir un terreno homogéneo, desarrollar un buen plan general y terminar las intrincadas negociaciones indispensables con toda una serie de organismos gubernamentales. Estos actos ofrecen incontables ocasiones de retraso impredecibles.

Por lo tanto, aun en principio crear nuevas ciudades es algo extraordinariamente arriesgado para la inversión privada, probablemente la forma más arriesgada de todas. Por ello, el ingrediente más importante en toda nueva ciudad es el propio encargado del desarrollo. Sólo individuos con una rara combinación de visión, poder de persuasión, energía, agudeza financiera, inventiva, olfato para promover y una inagotable persistencia, tienen buenas oportunidades de obtener frutos ventajosos de las inversiones en una nueva ciudad.

La Variedad de los Encargados del Desarrollo

A la luz de estas duras condiciones, ¿qué clase de instituciones o de individuos han tratado de crear nuevas ciudades, y qué éxito han tenido? Nuestro catálogo incluye los siguientes tipos de empresarios urbanizadores.

- *Los gobiernos centrales* han creado muchas ciudades nuevas como medio de explotar zonas subdesarrolladas, de contrapesar la excesiva centralización urbana, o de alcanzar otros objetivos nacionales. La viabilidad económica no ha sido ni un objetivo ni un freno a tales intentos, entre los que se incluyen Washington, Canberra, Brasilia, Oak Ridge, Ciudad Guayana, en Venezuela, y Chandrigar, en la India.
- *Empresas públicas* han sido creadas especialmente para desarrollar ciudades nuevas en la mayoría de las naciones que han adoptado explícitas políticas de nuevo urbanismo, como la Gran Bretaña, Francia y Suecia. Estas empresas han tratado de demostrar su viabilidad económica, y en algunos casos han producido tasas de ganancia sobre las inversiones de cerca del ocho por ciento. Aunque esto resulta satisfactorio para un organismo público, resulta inaceptablemente bajo para el capital privado.
- *Propietarios de grandes terrenos* a veces han decidido crear nuevas.



Ciudad Guayana, Venezuela: creada por el gobierno para objetivos nacionales.

ciudades antes que vender sus terrenos o desarrollarlos en fragmentos. Esos urbanizadores cuentan con la enorme ventaja de no tener que reunir un gran terreno o hacer una enorme inversión económica para adquirirlo. Los ejemplos más comunes son los de California, donde los restos de latifundios españoles sentaron la base para el gigantesco proyecto Irvine. El desarrollo de los lagos de Miami (con una población proyectada de 50.000 residentes), unas diez millas al nordeste de Miami, obra de la familia Graham, es otra ilustración. Computar el valor inicial de las tierras es sumamente difícil en tales casos; por lo tanto, nadie sabe realmente qué tasa de beneficio han producido estas ciudades sobre la inversión.

• *Urbanizadores que crean terrenos completando tierras o limpiando pantanos,* también reducen al mínimo los obstáculos de reunir tierras así como los costos iniciales. Buenos ejemplos son Redwood Shore (de propiedad municipal) y Foster City, en la zona de la bahía de San Francisco, y muchas nuevas comunidades en la Florida.

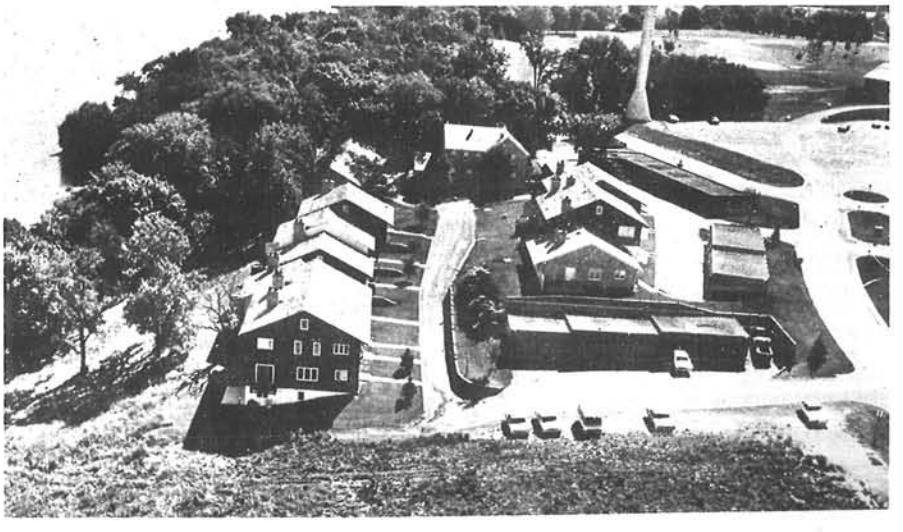
• *Combinaciones de empresarios individuales en sociedad con grandes dirigentes o inversionistas en corporación:* con las ideas de los primeros, sus energías y sus habilidades, y la inversión de los últimos, se han obtenido aparentes éxitos en Columbia (Maryland) y Rancho California, pero también se han visto fracasos financieros iniciales en Reston (Virginia) y Clear Lake City (Texas), ninguno de los cuales ha sido reorganizado.

El Problema del Desembolso de Capitales

La lista incluye a la mayoría de los desarrolladores de nuevas ciudades. Implica claramente que crear nuevas ciudades es una tarea apropiada sólo para organizaciones muy importantes —públicas o privadas—, que posean enormes cantidades de dinero y un gran apoyo. La mayoría de los otros creadores de nuevas ciudades han disfrutado de algunas ventajas iniciales difíciles de obtener, como por ejemplo la herencia de enormes extensiones. Los empresarios individuales que operan por sí mismos son notablemente escasos en este ramo. Los pocos que lo han intentado generalmente se han hecho socios de alguna "fuente" de dinero, en lugar de seguir el sistema de hipotecas típico de otros negocios, a fin de enfrentarse desde un principio a grandes requerimientos de dinero. Las proporciones de estos requerimientos pueden ilustrarse, en parte, por los costos de adquisición de tierras de 25 millones de dólares en Columbia (promedio de 1.700 por acre), 13,2 millones en Reston (1.780 por acre), 32 millones en Westlake Village, California (2.700 por acre) y 40 millones en Park Forest South, Illinois (5.000 por acre). Además, los costos de la infraestructura y los edificios son mucho mayores. En nuestro reciente análisis preliminar de una nueva comunidad para 75.000 personas propuesta para una localidad suburbana cerca de Detroit, estimamos los totales requerimientos de desembolso de capital (público y privado) en 663 millones a lo largo de un período de veinte años (en dólares constantes), de los cuales tan sólo 7,2 millones (1,1 por ciento) serían por la adquisición de terrenos.

Otra importante conclusión de este análisis es que las mini-ciudades resultarán factibles para los inversionistas privados más probablemente que las ciudades integrales. Las mini-ciudades requieren menores desembolsos iniciales para terrenos y mejoras, se pueden localizar más cerca de

Jonathan (Minnesota), EE. UU.: urbanizada en forma privada y en pequeña escala.



los mercados existentes, necesitan planes y negociaciones menos complejos ante los organismos gubernamentales, y exigen menos tiempo para llevarse a cabo. Sin embargo, pueden ser lo suficientemente grandes (digamos, de 800 a 3.000 acres) para hacer posible la internalización de los mayores derrames económicos y la creación de un ambiente extraordinariamente atractivo, por medio de una planeación general. La Urban Investment and Development Company, de Chicago, de propiedad privada, ha propuesto una serie de mini-ciudades suburbanas, cada una de las cuales será construida alrededor de un gran centro comercial regional: los principales usufructuarios son socios de la empresa. Varios de los proyectos propuestos por la Urban Development Corporation de Nueva York, de propiedad pública, son hoy nuevas mini-ciudades, dentro de áreas metropolitanas ya existentes o en sus límites.

Un Papel Federal

La ley de Desarrollo Urbano y Desarrollo de Nuevas Comunidades (aprobada por el Congreso norteamericano en 1970) trata de ayudar a los creadores de nuevas ciudades, tanto públicos como privados, para que superen los mayores obstáculos. Las formas más importantes de ayuda que aporta son:

- Garantías federales en apoyo de las obligaciones contraídas al adquirir tierras, conducir el desarrollo inicial y poner las instalaciones. Tales garantías pueden llegar a 50 millones de dólares para cualquier prospecto, con el 100 por ciento de estos costos para los empresarios públicos y cerca del 85 por ciento para los privados.
- Préstamos federales para cubrir los pagos de intereses del dinero solicitado para el financiamiento de los costos específicos frontales arriba mencionados, aun cuando no haya obligación de garantías federales. No habrá que pagar estos préstamos federales durante los primeros años de la obra.
- Concesiones de servicios públicos a los cuerpos gubernamentales locales para ayudarles a pagar los servicios públicos esenciales para una nueva ciudad antes de tener una adecuada base impositiva.
- Concesiones de planeamiento para pagar hasta las dos terceras partes de todos los costos de planeamiento para los empresarios públicos, o dos terceras partes de los costos especiales para los privados, que excedan los estudios normales de planeamiento y viabilidad.
- Suplementos especiales añadidos a los 13 programas federales existentes (tales como drenaje y aguas) cuando se empleen en nuevas ciudades aprobadas.

En teoría, estos programas podrían aportar grandes reducciones a los requerimientos de pago inicial para los empresarios, públicos o privados. Pero el Congreso aún no dispone de fondos apropiados para la mayoría de estos programas, y las limitaciones del presupuesto pueden reducir las cantidades pedidas por el Departamento de Vivienda y Desarrollo

Urbano (HUD). El HUD ya ha recibido cientos de peticiones de tal ayuda, pero pasadas experiencias demuestran que las solicitudes verdaderamente valiosas equivalen tan sólo a una pequeña fracción de los requerimientos iniciales.

Estos fondos no ayudarán a los planeadores de las nuevas ciudades a pagar los iniciales costos de planeación, ni tampoco ayudan a los empresarios públicos o privados a reunir grandes terrenos, pagar las habitaciones y otras estructuras, o vender sus productos. Más aún, el uso de la ayuda federal significa tres nuevos problemas para los que desean desarrollar una nueva ciudad: más papeleo, inclusión obligatoria de habitaciones de alquileres bajos y moderados (lo que es recomendable socialmente, pero es un potencial lastre para las ganancias), y la necesidad de asegurar el terreno mediante compras u opciones antes de solicitar la ayuda federal, sin saber siquiera si se contará con fondos. En consecuencia, considero que aún hay formidables obstáculos financieros para el triunfal desarrollo de nuevas ciudades, especialmente para la industria privada.

Políticas Sugeridas

Si las nuevas ciudades habrán de representar gran parte del futuro desarrollo urbano de la nación, crearlas deberá resultar más ventajoso y menos arriesgado para los empresarios privados. Sin embargo, el Congreso quizá se muestre renuente a adoptar una política que podría generar suficientes ganancias para atraer grandes números de empresarios privados de la más alta competencia en este campo o a conducir a un desarrollo de nuevas ciudades en gran escala pública. Entre tales políticas habrían de encontrarse las siguientes:

- La creación de corporaciones estatales o federales de desarrollo público (como la Urban Development Corporation de Nueva York) con poderes para condenar tierras, sobreponerse a códigos de zonas y edificaciones, costear su propio financiamiento y, de hecho, construir las estructuras.
- Provisión de poderes especiales de reunión de tierras aprovechables para corporaciones públicas de desarrollo, o para empresarios privados. Estos últimos tendrían que empezar por conseguir alguna gran fracción del sitio propuesto para una nueva ciudad, formular un plano aceptable, y demostrar un sano apoyo financiero.
- Verdadera apropiación y desembolso de fondos mucho más considerables que los de toda la ayuda financiera federal aprobada en el acta de 1970. El Congreso y la administración por lo general autorizan gastos mucho menores que las cantidades ya legalmente autorizadas. Por ejemplo, el HUD sólo pidió concesiones suplementarias para nuevas ciudades por cinco millones de dólares en el año fiscal 1971, en comparación con una autorización de 63,5 millones.
- Concesión, de prioridad, del existente planeamiento federal, de sub-

sidio para hogares, drenaje y agua, y fondos de programa de transportes para las ciudades nuevas propuestas que llenen ciertos requisitos.

- Una posible alternativa a una gran ayuda federal puede ser la provisión de un poderoso mecanismo privado de financiamiento, como el National Urban Development Bank, recientemente propuesto por David Rockefeller. Concedería préstamos de desarrollo de tierras a los constructores de nuevas ciudades, con fondos para asuntos especiales de seguridad o préstamos bancarios cooperativos.

Las sugestiones arriba detalladas presuponen que los esfuerzos, tanto públicos como privados, para construir nuevas ciudades, deben ser ayudados simultáneamente a fin de llevar al máximo los resultados efectivos. Además, las siguientes *sugestiones más experimentales* habrían de tomarse en cuenta:

- Designación de ciertas zonas para nuevas ciudades, por los estados en particular, dentro de las cuales no podría efectuarse ningún nuevo desarrollo urbano a una escala menor de la mini-ciudad. Esto animaría a los propietarios de tierras de tales zonas a unir sus propiedades.
- Prohibición legal de una acelerada depreciación de todas las estructuras privadas construidas en las nuevas ciudades designadas.
- Construcción de una o dos ciudades experimentales edificadas alrededor de nuevas instalaciones federales, o de instalaciones ya existentes en localidades relativamente remotas, con incentivos especiales para las firmas privadas. Puede insistirse en las innovaciones y mejoras del sistema ecológico.

A menos que muchas de estas medidas se impongan forzosamente gracias a estados clave y al gobierno federal, hay pocas oportunidades de que ninguna ciudad nueva desempeñe un papel realmente importante en nuestro futuro desarrollo urbano.

Experimentación con Formas Urbanas

Las ciudades autónomas de dimensiones normales nos ofrecen la mejor oportunidad de intentar nuevas formas urbanas que traten de reducir problemas clave (como designar una ciudad principalmente para el tránsito público, a fin de reducir la contaminación del aire y las congestiones del tráfico). Sin embargo, las innovaciones realmente radicales serían extremamente caras en comparación con el continuo desarrollo urbano alrededor de las zonas ya existentes. Esto se debe, en parte, a que las nuevas ciudades deben contener *todas* las nuevas estructuras, aun cuando más de la mitad de las viviendas de la nación (y muchas empresas) no puedan permitirse ocupar sin subsidios nuevos barrios. Sin embargo, estas personas y actividades son necesarias para hacer que una ciudad trabaje económicamente. En las áreas existentes, pueden ocupar las antiguas estructuras, pero en las nuevas ciudades autónomas, habrán de contar con poderosos subsidios porque no hay estructuras antiguas en las cercanías. Más aún, nuevas ciudades radicalmente designadas podrán cons-

tituir una amenaza política para los principales beneficiarios de las formas urbanas existentes (como las gigantescas industrias automovilísticas). Por lo tanto, considero sumamente improbable que se edifiquen muchas de tales innovadoras nuevas ciudades autónomas en el futuro predecible, aunque yo aprobaría que se edificaran una o dos.

Las nuevas ciudades satélites o periféricas —particularmente miniciudades— podrían mejorar la textura y cualidad de la vida de los vecindarios en las zonas urbanas, sin causar enormes costos aparte de los asociados con un normal desarrollo urbano. Podrían también aportar alguna mezcla planeada económica y de clases (si se conceden suficientes subsidios para permitir que familias de ingresos bajos o moderados vivan en las nuevas unidades) y una planeada integración racial. De hecho, a menos que estos dos elementos se edifiquen deliberadamente en las nuevas ciudades, por una política pública, tales concentraciones llegarán a ser vecindades en gran escala, y bien planeados, para familias de medianos o altos ingresos, favoreciendo así las ya existentes separación espacial económica de nuestras áreas metropolitanas.

Un Programa Equilibrado

Pero las nuevas ciudades satélite y periférica no reducirán la congestión del tráfico, la contaminación del aire, los problemas de desperdicios sólidos y otros problemas que brotan de las dimensiones mismas de las áreas metropolitanas. Tan sólo una general política de desarrollo urbano que prohiba o controle la expansión de nuestras más grandes áreas podrá lograrlo. Y esto, a su vez, requerirá un mayor control público sobre el uso de las tierras privadas.

Ninguna forma de nueva ciudad reduce significativamente los problemas de los núcleos urbanos ya existentes, a menos que las dos "fronteras urbanas" de decadencia del centro y crecimiento suburbano queden unidas explícitamente para su mutuo beneficio. Esto ha sido propuesto recientemente en el concepto de "nuevas ciudades apareadas", del Fondo Metropolitano de Detroit. Sin uno de tales nexos, hay grandes probabilidades de que la sociedad concentrará la mayor parte de las futuras inversiones en las zonas suburbanas y continúe permitiendo que el centro de las ciudades decaiga físicamente y vaya a la bancarrota fiscal.

Por lo tanto, las nuevas ciudades no son una panacea para los problemas urbanos ya existentes. Sin embargo, ofrecen definitivas oportunidades para mejorar la cualidad del crecimiento. Pero toda política que las apoye habrá de ser parte de un programa equilibrado que también reconozca la necesidad de mejorar las viejas zonas centrales y de mejorar asimismo las formas tradicionales de crecimiento urbano, que probablemente seguirán dominando el futuro.

LA POLITICA DE LAS NUEVAS CIUDADES

Por Edward J. Logue

Entre la idea y la realidad de los pueblos nuevos caen las sombras no sólo de problemas económicos sino también de problemas políticos. El autor analiza algunas de las complejas trabas políticas —como miedos locales y conflictos entre jurisdicciones— que debe salvar el proyectista ambicioso. Su artículo está tomado de *Saturday Review.*

Edward Logue es uno de los más distinguidos expertos en urbanismo de los Estados Unidos. Fue director de desarrollo urbano en New Haven y Boston y ahora ocupa la presidencia de la Corporación de Desarrollo Urbano del Estado de Nueva York. Ha sido profesor de gobierno de la Universidad de Boston, fue candidato a alcalde de la misma ciudad y ayudó a preparar el proyecto del Nuevo Pueblo de Fort Lincoln, en Washington, D. C.

¿Por qué se ponen en práctica tan pocos proyectos para la creación de comunidades nuevas si potencialmente éstas ofrecen tantas ventajas económicas, sociales y estéticas en una época en que nuestra sociedad tiene inmensa necesidad de nuevas esperanzas? Parte de la oposición se basa en la creencia de que estas ventajas son ilusorias. Empero, yo opino que los principales obstáculos son políticos.

En los EE. UU., las normas de la política hacen en extremo difícil, aunque no imposible, darse cuenta de todos los beneficios que resultan del planeamiento y construcción de comunidades nuevas. Su creación requiere un grado extraordinario de integración política y administrativa en una amplia gama de actividades. Este requisito no se cumple debido a una característica básica de la política norteamericana: la fragmentación de la autoridad y responsabilidad en la toma de decisiones y en la administración de los servicios públicos.

Por ejemplo, aunque consideramos que normalmente la educación pública está regida por juntas escolares de elección local, cada gobierno estatal desempeña en ella un papel de gran importancia. Cada estado tiene su propio departamento de educación que fija normas locales que deben observarse. Una buena parte del ingreso del estado se destina a sufragar el costo de la educación local.

De igual manera, aunque los servicios de sanidad se administran según un sistema descentralizado, cada gobierno estatal tiene un departamento de sanidad responsable de fijar normas y vigilar el trabajo de los departa-

© 1971 por Saturday Review, Inc.

mentos de sanidad pública locales. Hay muchos otros servicios públicos en que el gobierno del estado desempeña un papel muy importante y en que trabaja en combinación con la administración local.

Pese a ello, Hawai es el único estado en que existen normas que rijan la importantísima cuestión del uso de la tierra. Casi todos los otros estados tienen leyes tolerantes que dejan a los gobiernos locales utilizar las tierras dentro de sus límites según sus necesidades y sin consideración de las de la región o estado. Como consecuencia, se ha vuelto corriente delimitar zonas como medio para alentar a los propietarios que pagan altos impuestos a construir obras y excluir a las familias de ingresos bajos, y en ocasiones aun a las de ingresos moderados.

La Necesidad del Planeamiento

Seguramente esta situación no cambiará mientras el impuesto local a la propiedad sea la principal fuente de ingresos locales. Si hemos de favorecer la creación de nuevas comunidades y de normas políticas efectivas para la utilización de la tierra, como alternativa del desorganizado crecimiento de las ciudades, tendremos que cambiar nuestros métodos tradicionales de conseguir ingresos locales y estatales. En este asunto tengo experiencia directa. Lo que más preocupa al estado de Nueva York sobre las nuevas comunidades, es el efecto que tendrán en las tasas tributarias locales. Esto es muy importante porque la mayoría de las comunidades nuevas proyectadas de antemano, probablemente se construirán donde ya existe algún tipo de colonia y de gobierno local.

No es mera casualidad que el interés por la creación de nuevas comunidades sea más vigoroso en Europa, donde las decisiones de interés público se toman a nivel nacional y la administración del gobierno es más centralizada. Por ejemplo, el plan maestro para la utilización de la tierra en el Estocolmo metropolitano es políticamente viable porque el poder de hacer el plan y el poder de llevarlo a cabo dependen de la misma autoridad, y lo que quizá sea más importante, bajo el sistema de "permiso de planeamiento" no se puede construir nada sin una autorización específica. Por el contrario, la Comisión de Planeamiento de la Ciudad de Nueva York (y de casi todas las ciudades norteamericanas), tiene comparativamente poco poder en relación con la multitud de agencias responsables de llevar a cabo —y muchas veces desbaratar— sus recomendaciones.

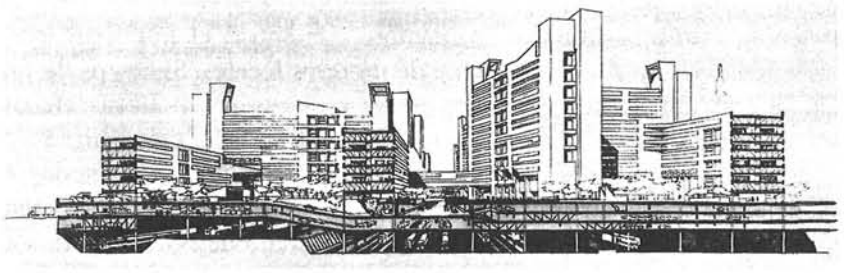
En los Estados Unidos la desconfianza de los proyectistas y del poder del planeamiento gubernamental tiene hondas raíces. No obstante, en otros sitios se considera a los proyectistas como las personas que logran los acuerdos. En los EE. UU. no tienen ninguna influencia sobre las verdaderas maniobras del proceso político.

En otra época, cuando por lo general los problemas estaban bien localizados y se tenía presente a la tiranía extranjera, el sistema de múltiples

autoridades que se regulaban y equilibraban entre sí muy bien puede haber satisfecho las necesidades de la sociedad. Esa época terminó hace mucho. La crisis urbana está sujeta a todos los peligros de la exageración retórica, pero estoy convencido de que nuestros mayores problemas son los causados por la parálisis del gobierno local.

Consultas con Agencias Locales

No quiero proponer la mayor centralización del poder como la solución a todos nuestros problemas urbanos. La experiencia de la organización que encabezo, la Corporación de Desarrollo Urbano del Estado de



El dibujo muestra la Nueva Ciudad Dentro de la Ciudad propuesta por la Compañía de Desarrollo Urbano del autor, que deberá elevarse por encima del patio del ferrocarril a través del East River desde la parte central de la Ciudad de Nueva York. Sin desplazar a un solo residente o estorbar a la industria existente, esta ciudad, de hacerse, dará viviendas a más de 60.000 personas de todos los niveles de ingreso, y empleo a 35.000 obreros.

Nueva York (CDU) ilustra las limitaciones de tal teoría. La CDU fue establecida en 1968 por el gobierno y la legislatura estatal como una corporación de beneficio público independiente, cuya función sería estudiar en todos sus aspectos problemas como el deterioro urbano, el estancamiento económico, el desempleo, la escasez de viviendas y de instalaciones públicas, etc. La corporación puede planear y llevar a cabo proyectos de viviendas para familias de ingresos medios, moderados y escasos; puede reconstruir zonas abandonadas mediante proyectos de mejoramiento de la utilización de tierras; puede prestar ayuda a proyectos de construcción de comercios e industrias, en algunas circunstancias; puede proporcionar las necesarias instalaciones públicas educativas, culturales, comunales y de otros tipos y, mediante la combinación de estas actividades, puede crear comunidades nuevas. La CDU tiene autorización de emitir sus propios bonos para financiar sus proyectos, y este año se inició en el mercado de la inversión privada con una oferta inicial de 250 millones de dólares.

Los poderes y exenciones conferidos a la CDU hacen de ella una versátil agencia del gobierno, pero sólo en tanto actúe dentro de los límites del consenso público general. Tal consenso presenta sus propios problemas. Por ejemplo, en algunos sitios se teme a la CDU porque tiene poderes estatutarios que le permiten pasar por encima de los arreglos de las zonas y de los códigos de construcción locales. Sin embargo, las limitaciones políticas al ejercicio de nuestra autoridad legal están bien claras para mí y mis colegas de la CDU. Si tratamos de usar nuestros poderes estatutarios arbitrariamente o con demasiada libertad —y en ocasiones aun si los usamos sensatamente— invitamos a su abrogación.

La dificultad que presenta la política es, por una parte, demostrar la capacidad del gobierno de proporcionar los servicios y programas que tanto se necesitan, y por la otra, trabajar al mismo tiempo con las comunidades a las que habrán de beneficiar estas obras. Las instituciones anteriores normalmente no han hecho nada o lo han hecho a costa del ingreso de la comunidad. Al mismo tiempo, el "control comunal" con frecuencia se limita a la apariencia, y no incluye la substancia de la democracia de participación.

Algunas veces, el único resultado de una serie de discusiones ha sido una gran cantidad de retórica y muy pocas soluciones concretas. En lo que respecta a la política, es necesario que en el decenio de 1970 se organice un aparato gubernamental en el que se combinen la verdadera comunicación y la acción efectiva.

Teóricamente no ocurren disputas entre distritos y jurisdicciones en las comunidades nuevas, pero por supuesto la realidad no es esa. En lo que toca a la política y a la administración, las comunidades nuevas no son una *tabula rasa.* Alguien o algo siempre ha llegado antes y ha repartido las extensiones aparentemente vacías o jurisdicciones especiales para la construcción de futuros caminos, sistemas de drenaje, estaciones de bomberos, escuelas, y lo que es aún más importante, ha estudiado la forma de cobrar impuestos que paguen por todos estos servicios.

Conflictos entre Feudos

Tales distritos no son necesariamente iguales. Más bien son un batiburrillo de extensiones de tamaños diferentes, funciones sobrepuestas y responsabilidades fragmentarias. Cada feudo exige negociaciones independientes, lo que resulta comparable a obtener una resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Al mismo tiempo, cada negociación puede ser indispensable para la creación de una nueva comunidad. En Lysander, la nueva comunidad proyectada por la CDU en cerca de 1.100 hectáreas de la región metropolitana de Syracuse, la CDU ha tenido que hacer arreglos con el Distrito Sanitario de Clay, el Distrito Sanitario de Baldswinsville-Seneca Knolls, el Departamento de Recursos Hidráulicos y el de Drenaje y Saneamiento del condado de Onondaga, el Departamento de Bomberos de Belgium Cold Springs, el Distrito Escolar

Central de Baldswinsville, la Oficina de Policía del Condado de Onondaga y el pueblo de Lysander, por no mencionar al Departamento de Transporte de Nueva York, la Compañía de Teléfonos de Nueva York, la Corporación de Energía Eléctrica Niagara Mohawk y el Ferrocarril de Erie Lackawanna. Como se comprueba con esta lista, las 1.000 hectáreas pueden estar vacías, pero las jurisdicciones de servicios públicos estaban bien repartidas de antemano.

Cabe poner en cuestión si alguna vez se logrará llevar a cabo en gran escala proyectos para el establecimiento de nuevas comunidades, si esto sólo puede conseguirse mediante los procesos gubernamentales vigentes. Unos cuantos proyectos piloto pueden tener éxito, pero para construir un número considerable de pueblos nuevos será necesario un sistema más simple. Además, cualquier programa grande de construcción de pueblos nuevos que tenga éxito deberá convencer a las entidades de gobierno local existentes de que las nuevas comunidades no serán una carga económica para los residentes que pagan impuestos.

El año pasado, la legislatura del Estado de Nueva York aprobó disposiciones en las que se obligaba al estado y se autorizaba a la CDU a compensar a la localidad por las tierras tomadas de las listas locales de contribuyentes, antes de urbanizarlas. La CDU ha recomendado que el estado asuma la responsabilidad, por ejemplo, de pagar "compensaciones" a las localidades, como hace el gobierno federal en sitios donde hay grandes instalaciones federales. Esto tiene por objeto reducir los costos que tienen que pagar los contribuyentes locales por servicios extra que habrán de beneficiar a un grupo mayor.

Comunidades más Integradas

En lo social, las nuevas comunidades pueden ofrecer a los norteamericanos oportunidades únicas de vivir, trabajar e ir a la escuela juntos en barrios diversos. Tales comunidades constituyen una forma importante de facilitar la verdadera integración étnica y socio-económica en nuestra cada vez más segregada sociedad.

El miedo de perder dinero en las zonas suburbanas al surgir nuevos patrones de viviendas, no debería considerarse como justificación para la imposición de reglamentos de utilización de la tierra restrictivos, cuyo objeto es conservar islas de ventajas en medio de mares de cambio social. Estos reglamentos se cuentan entre las poderosas fuerzas que polarizan nuestra sociedad. En las legislaturas de algunos estados, así como en los tribunales, se ha atacado a las leyes de delimitación de zonas puesto que no se limitan a un interés legítimo por la salud y la seguridad pública. Es perfectamente posible distribuir las viviendas para familias de ingresos bajos en varias partes de una zona metropolitana de tal modo que estas familias gocen de los beneficios de aire fresco, calles seguras y buenas escuelas (y además tengan acceso al creciente número de empleos

suburbanos) sin cambiar el "carácter" de ninguna comunidad existente. Empero, es más fácil definir esta meta que alcanzarla.

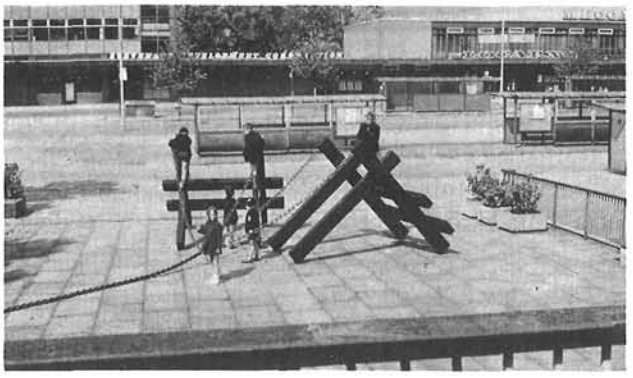
No se ha comprendido lo suficiente que si se sigue el concepto de "compartir justamente" —es decir, que cada comunidad suburbana tenga su justa parte de viviendas para familias de ingresos bajos— no cambiará el carácter básico de ningún suburbio. Las estadísticas del crecimiento suburbano y la decadencia de la ciudad central en el censo de 1970 dejan

Welfare Island: contra la silueta de Nueva York, una comunidad diversificada se ha planeado.

esto bien claro. Por otra parte, en tanto que los problemas del cambio se impongan selectivamente a ciertos barrios o grupos sociales y étnicos particulares, la oposición activa será inevitable. Este método de hacer las cosas por pequeñas partes también conduce a posiciones políticas rígidas que hacen prácticamente imposible llevar a cabo resoluciones de interés público constructivas.

Creo firmemente que no es deseable la construcción de grandes conjuntos de viviendas exclusivas para familias de bajos ingresos, puesto que probablemente se volverían grandes sacos de segregación institucionalizada. Por lo general los programas de viviendas de la CDU siguen una fórmula de 70-20-10; 70% de todas las unidades habitacionales de un conjunto para familias de ingresos medios y moderados, 20% para familias de bajos ingresos y 10% para ancianos. Con esta distribución de las viviendas se intenta reunir en una comunidad diversificada a personas de todas edades y niveles económicos, en la que, a propósito, los viejos no están separados de los jóvenes.

Si aún consideramos a los Estados Unidos como la tierra de las oportunidades y preferimos que las familias de bajos ingresos lleguen a participar en la economía nacional y no tengan que depender de los servicios de asistencia social, debemos ver que entren en contacto con familias más acomodadas. Hemos considerado esta opinión al planear no sólo proyectos dentro de ciudades sino también las nuevas comunidades de Lysander y Amherst, donde se construye la nueva Universidad del Estado de Nueva York en Buffalo.



Stevenage, Inglaterra

También se tomará en cuenta en el "nuevo pueblo en la ciudad" que habrá de construirse en la Welfare Island de la Ciudad de Nueva York. Aunque la proporción de los distintos tipos de viviendas deberá ajustarse a las necesidades locales, el objetivo es el mismo. Una ventaja de crear una comunidad nueva y diversificada en terrenos desocupados en su mayor parte, es que nos ofrece una segunda oportunidad, por decirlo así, de hacer del "slogan" de igualdad de oportunidades una realidad práctica. Los que sinceramente quieren una clase de vida caracterizada por el verdadero intercambio entre diferentes grupos étnicos y económicos pueden optar por ella, y pueden hacerlo sin verse envueltos en destructivas confrontaciones con oponentes que ya estaban en el campo. Como todos los habitantes de una comunidad nueva son, por así decirlo, voluntarios, no hay fuerzas externas que impongan cambios en el carácter de una comunidad ya existente.

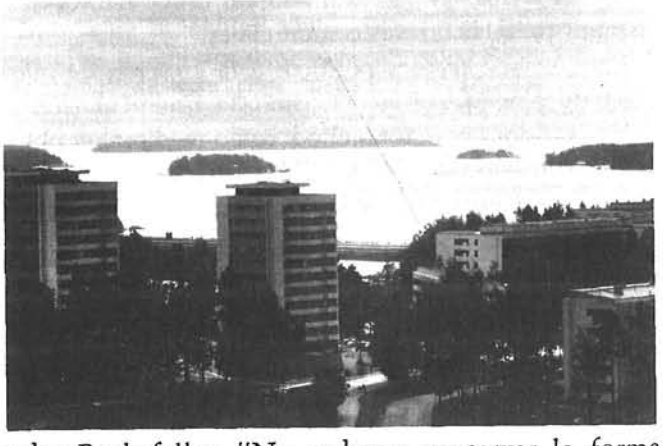
Un Programa Urbano Equilibrado

De igual manera, las nuevas comunidades no deben considerarse como vías de un solo sentido para enviar a las masas al campo mientras que

Vallingby, Suecia

las ciudades decaen y mueren. En otras palabras, los nuevos pueblos no deben considerarse como una panacea, sino como una parte esencial de un programa equilibrado de desarrollo de comunidades que también restaure la salud de nuestras ciudades. De hecho, el nuevo concepto de comunidad puede tener igual validez aplicado a la extensión de un centro urbano ya existente o a la creación de un pueblo nuevo dentro de una ciudad. La nueva comunidad satélite ofrece una alternativa planeada al desorganizado crecimiento de zonas que en todo caso habrían de urbanizarse. El nuevo pueblo en la ciudad es una respuesta a la falsa noción de que las ciudades han dejado de ser útiles, o que no se pueden encontrar en ellas las zonas de baja densidad de población requeridas para la creación de nuevas comunidades.

La ciudad —habitable o no— es esencial para las comunicaciones, el comercio, el gobierno y la cultura de nuestra sociedad. La ciudad revitalizada es la emocionante expresión de la civilización cosmopolita. Como



Tapiola, Finlandia

afirmara el gobernador Rockefeller, "No podemos conservar la forma de vida que inicialmente atrajo a la gente a los suburbios si no salvamos también a las ciudades. Si las ciudades continúan declinando tendremos una rápida y desorganizada emigración que ahogará a nuestras comunidades suburbanas. Los que buscaban un poco de espacio abierto en los suburbios, se hallarán cada vez más encerrados por los que encuentran a la ciudad cada vez más insoportable. Pero como la ciudad central es cada vez más indeseable para vivir, ¿dónde puede ir la gente?

Aquí la respuesta es que la idea de las nuevas comunidades debería considerarse dentro del contexto total de la vida metropolitana. Los suburbios y la ciudad central están separados por linderos políticos que tienen poca relación con los problemas políticos de la gente de ambos sitios. No es posible encontrar una solución independiente para el transporte metropolitano de masas o para la contaminación del aire y el agua en las grandes ciudades. Tampoco existe una solución independiente al problema de la construcción de viviendas decentes y de las posibilidades de obtener una buena educación. Es tan necesario poder obtener recursos

y ayuda especializada a través de los linderos políticos, como la cooperación política en problemas que no tienen ninguna relación con las líneas trazadas en los mapas.

Cómo Vencer los Miedos Locales

Aunque veo crecer constantemente el interés por las nuevas comunidades en los Estados Unidos, aún hay mucha oposición. Muchos alcaldes de ciudades al principio se mostraban hostiles y continúan recelosos. Tienen miedo de ver diluidos, o peor aún, enviados a otro sitio los ya limitados fondos federales que hoy día se destinan a las ciudades. Su preocupación es comprensible.

Los gobiernos locales fuera de las ciudades están preocupados por lo que consideran intrusiones o interferencias. Por otra parte, algunos gobiernos estatales apenas comienzan a ver las oportunidades y a enfrentarse a los problemas. A nivel federal, el Congreso dio un gran paso hacia el futuro a fines de 1970, al adoptar la ley Ashley-Sparkman con sus provisiones para las nuevas comunidades.

Entre los obstáculos políticos a la creación de nuevas comunidades se cuentan el miedo, el escepticismo, la fragmentación y la falta de interés. Como antídoto para todo ello y como medio para obtener conciencia de lo que puede hacerse, sugiero que cada estado y cada zona metropolitana mande a un grupo de personas de influencia preparadas a visitar comunidades nuevas como Stevenage, Vallingby y Tapiola (a las afueras de Londres, Estocolmo y Helsinki respectivamente). Predigo que muchos de ellos se convertirían y una antigua idea norteamericana cobraría nueva vida.

LA REPERCUSION SOBRE LAS CIUDADES MAS VIEJAS

Por Leo A. Molinaro

Las ciudades nuevas deben construirse en relación productiva con las ciudades más viejas, o no podrán perdurar, dice el autor. Sostiene que ambas son interdependientes, y que la manera en que las ciudades nuevas se construyan puede tener una profunda influencia para revigorizar las ciudades existentes. Su artículo está reproducido de *Saturday Review.*

Leo A. Molinaro es presidente de la Corporación Norteamericana de Ciudades, que tiene a su cargo el desarrollo de la nueva ciudad de Columbia, en el estado de Maryland. También está asociado con la Institución Brookings como conferenciante sobre asuntos de política urbana. Ha trabajado en programas de educación comunitaria y planeamiento de ciudades en Nueva York, Filadelfia y Akron (Ohio).

Uno de los efectos más importantes del desarrollo de comunidades nuevas en los Estados Unidos será su repercusión sobre las ciudades existentes: sobre la manera en la que conceptuamos los "problemas" y "soluciones" urbanos y sobre la orientación de valor de nuestros dirigentes políticos, planeadores y habitantes de las ciudades.

Algunas personas creen que las comunidades nuevas son ajenas a los problemas urbanos (o, incluso, que son un obstáculo a su solución) porque, a diferencia de las ciudades densamente pobladas, se han planeado y desarrollado en zonas relativamente despobladas. Creo que el enfoque para mejorar el medio ambiente urbano es o debe ser el mismo en ambas situaciones y que el reconocimiento de este hecho será uno de los resultados clave del desarrollo de comunidades nuevas.

Obviamente, hay diferencias enormes entre las ciudades más viejas como Nueva York y las nuevas como Columbia, Maryland. No obstante, los conocimientos vitales que se adquirieron durante el desarrollo de comunidades nuevas, como la de Columbia, son aplicables al desarrollo urbano en forma general. Dicho de otro modo, nuestra ineficacia para resolver los problemas de nuestras ciudades principales puede atribuirse en gran medida a nuestra incapacidad para sacar provecho de los conocimientos esenciales para el desarrollo próspero, independientemente de la ubicación. Las nuevas comunidades facilitarán enormemente nuestra

© 1971 por Saturday Review, Inc.

comprensión de estos factores y de la manera en que pueden aplicarse.

Lo irónico del asunto es que sabemos mucho más de lo que ponemos en práctica en la lucha para mejorar la vida. En miles de lugares podemos encontrar ideas practicables y demostradas. Lo que no tenemos en calidad o cantidad suficiente es el compromiso para poner estas ideas a trabajar en combinación, durante un período continuo, en un escenario lo suficientemente grande para conseguir los recursos necesarios para que las ideas rindan sus frutos.

Conozco cien ciudades, por lo menos, en las que se han hecho estudios de las tendencias de su economía local y de otros sistemas básicos de sostenimiento de vida. Tal vez puedan encontrarse otras cien que hayan tratado de establecer objetivos. Pero todavía no encuentro una sola ciudad que haya intentado exponer en operación lo que sería la vida si la ciudad pudiera alcanzar sus objetivos e invertir las tendencias indeseables, o fortalecer las deseables. Gastamos nuestras energías en el diagnóstico y la receta y nunca llegamos a describir cómo serían los resultados.

En resumen, no tenemos una *visión* clara de la buena vida con que las personas puedan relacionar esfuerzos, sacrificios, gastos y beneficios. Parece ser que hemos perdido nuestro camino en las ciudades más viejas, haciendo frente a crisis tras crisis, tratando de superar conflictos y conservarnos con vida. El resultado es el "despliegue de política"; una política que crece en forma desordenada sin ninguna visión de conjunto. En el despliegue de política —como en el "despliegue suburbano"— las personas tienen un sentido de comunidad cada vez menor y se sienten apartadas de la autoridad local.

Economía y Variedad

No obstante, cuando se está desarrollando una comunidad nueva, se debe actuar con una serie de condiciones diferentes de las que han producido nuestras calamidades urbanas. Entre otras cosas, no puede haber despliegue de política. El tamaño de la suma invertida crea presiones enormes sobre el urbanizador para que considere todos los factores relacionados con un medio ambiente superior. Una comunidad nueva podría fracasar si estuviera a una distancia excesiva entre el lugar de trabajo y el de residencia, si contara con una educación inadecuada en cualquier nivel, con pocas oportunidades de recreación, centros comerciales inconvenientes, ausencia de aeropuertos, ferrocarriles o carreteras, sectores comerciales e industriales poco atractivos o carencia de agua y energía. Cualquiera de estas deficiencias podría hacer que un residente en perspectiva cambiara de opinión.

Hay cuatro principios que gobiernan el desarrollo de una comunidad nueva. En primer lugar, deben hacerse todos los esfuerzos posibles para lograr un medio ambiente óptimo, a un costo que pueda calcularse y compararse con otros costos, y a niveles de operación que puedan describirse y medirse. Un segundo principio comprende el alcance. Si la

visión es demasiado pequeña y segura, no producirá ninguna mejora substancial de la vida. Las Ciudades Modelo, los programas de remozamiento urbano, la construcción de carreteras y muchos otros programas recomendables carecen del alcance y la repercusión que puedan hacerles sobresalir. Por ejemplo, una vivienda adecuada que quede demasiado lejos de los lugares de trabajo no es una vivienda adecuada para el consumidor. Así pues, deben colocarse dentro de un mismo plan la vivienda, el transporte y el empleo.

Un tercer principio indica que un ambiente nuevo debe comprender un número cada vez mayor de opciones y diferencias con el fin de dar origen a esa masa decisiva de actividad vital que constituye una comunidad en crecimiento. El cuarto principio dice que debe haber un beneficio visible por cada gasto y una ganancia visible sobre cada inversión si el medio ambiente nuevo ha de ser sostenido por los que viven dentro de él. Un corolario de este principio es que los componentes sociales y estéticos del medio ambiente nuevo no deben ser contrarios a las esperanzas de crecimiento económico, estabilidad y productividad. De hecho, el crecimiento, la estabilidad y la productividad están basados, en gran medida, sobre la calidad social y estética del medio ambiente nuevo.

En suma, pues, los nuevos ambientes que hayan de crear opciones y oportunidades, procurar justicia y responsabilidad y dar beneficios a todos los que tengan un lugar en ellos deben planearse de una manera comprehensiva e integrada. Esto significa que las interrelaciones de todos los sistemas básicos de sostenimiento de vida deben descubrirse, analizarse y tratarse en el nivel en el que se intersectan en las vidas de las personas. Los planes deben hacerse adoptando el punto de partida básico: el del individuo y su familia.

La Repercusión de las Comunidades Nuevas

Según esta visión, las comunidades nuevas tendrán una enorme repercusión sobre las ciudades existentes. Pueden predecirse por lo menos cuatro consecuencias:

- Puede llegar a su fin la separación prolongada y debilitadora entre el planeamiento y el desarrollo. Por cualesquiera motivos, buenos y malos, los planeadores de ciudades han carecido de la disciplina de idear proyectos que realmente se lleven a cabo. Les ha sido cabido en suerte el triste papel de consejeros sin autoridad o sin relaciones de trabajo adecuadas con los urbanizadores y políticos que, después de todo, construyen y reconstruyen la ciudad. La construcción de comunidades nuevas requiere un trabajo de equipo que haga de los planeadores, urbanizadores y de los urbanizadores, planeadores. Deben estar igualmente interesados en las disciplinas de financiamiento, diseño, política, mercadotecnia y en todos los aspectos del comportamiento de los ciudadanos/consumidores.
- El desarrollo de comunidades nuevas tendrá una repercusión importante sobre la formación de capital público y privado y su distribución.

Los gastos públicos en las ciudades más viejas se consideran, con demasiada frecuencia, como dinero que debe ser empleado para luchar contra la congestión, el crimen, la pobreza y todas las demás batallas que nadie parece ganar jamás. Los programas de remozamiento urbano trataron de cambiar esta filosofía proponiendo la recuperación de tierra para la creación de valores nuevos, pero la revolución social de nuestras ciudades interiores retrasó cualquier reforma significativa. A los ojos de los pobres, el remozamiento urbano parecía estar destinado sólo a aquellos que ya gozaban de bastantes ventajas. En el planeamiento de las comunidades nuevas habrá técnicas para la distribución de los beneficios entre todos los residentes.

- Nuestras ciudades más viejas han perdido gran parte de su iniciativa para gobernar sus propios destinos. Han llegado a preocuparse más por conflictos administrativos y tareas de custodia. De una manera u otra, 85 centavos de cada dólar de impuestos salen de la ciudad hacia los fondos estatales y federales. Una parte de esto regresa a la ciudad por medio de una intrincada serie de procedimientos que le imponen la pesada tarea de sacar fondos de las agencias estatales y federales. En el desarrollo de las comunidades nuevas, la dirección y la administración pueden organizarse en torno a la creación y distribución de servicios e instalaciones sociales que estén planeados y dirigidos desde un punto de vista empresarial, con el fin de atraer el apoyo y la participación del ciudadano/consumidor.
- Las instituciones y sistemas que sostienen la vida en la comunidad vieja se han separado más de lo que se han unido. La competencia por los dólares escasos, la fuerza humana y la dirección han desorganizado los servicios sociales. Con una visión distinta de lo que podría llegar a ser la vida comunitaria y de cómo puede alcanzarse, financiarse y administrarse, surgirá una fuerza que evoque nuevas respuestas institucionales o instituciones enteramente nuevas. Al seguir esta visión las comunidades nuevas, y al dar origen a respuestas diferentes en los servicios de salubridad, la educación, las normas de empleo y la recreación, los habitantes de las ciudades más viejas exigirán otro tanto.

La Confluencia de las Ciudades Viejas con las Nuevas

Las ciudades nuevas, pues, ofrecen una oportunidad importante para desarrollar un proceso efectivo y humano para planear y estructurar nuevamente nuestras metas urbanas. Varios destacados funcionarios públicos de las grandes zonas metropolitanas han reconocido esta oportunidad y piensan colaborar con las comunidades nuevas para descubrir valores que puedan ayudar a satisfacer las necesidades de las ciudades interiores.

Por ejemplo, en la parte sudoriental de Michigan, el Fondo Metropolitano de Detroit, dependencia de investigación no lucrativa, ha dado a conocer una propuesta para que el desarrollo de las ciudades nuevas dé alcance al redesarrollo de las ciudades interiores. El objetivo es vincular

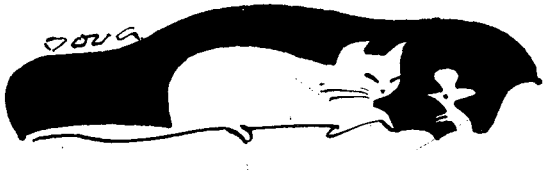
directamente el planeamiento y el desarrollo de medio ambientes nuevos en ambas zonas, compartiendo el costo y los beneficios. En Memphis, en el estado de Tennessee, la Comisión de la Jurisdicción de Shelby está desarrollando una comunidad nueva en 5.000 acres que constituyen actualmente la finca agrícola del penal de la jurisdicción. Los funcionarios locales consideran el desarrollo de comunidades nuevas como una oportunidad para ofrecer una visión distinta de la vida urbana.

En Minnesota, una coalición única de funcionarios públicos, dirigentes de la industria y especialistas urbanos ha detallado una propuesta ambiciosa y de gran alcance para una ciudad experimental (la Ciudad Experimental de Minnesota) que sería laboratorio y taller para inventar y probar mejoras sociales y técnicas y ponerlas al alcance de las ciudades existentes. (Véase, "La Ciudad Experimental", de A. Spilhaus, Vol. 2, No. 1 de *Facetas*). De igual modo, la labor de la Agencia de Desarrollo Urbano del Estado de Nueva York combina un interés por las comunidades nuevas con otro por las ciudades existentes.

La Fuerza del Ejemplo

Lo importante no es el número de personas que terminen viviendo en una comunidad nueva, sino cuántas llegarán a modificar su visión de lo que podría ser la vida urbana. Los ghettos de las ciudades interiores también contienen sólo una pequeña parte de nuestra población total, pero han llegado a ser el martillo y el yunque de la revolución por la justicia social. Columbia (Maryland) y Reston (Virginia) todavía no tienen entre las dos ni 50.000 residentes, pero hay que pensar en los miles de personas más que han visitado estas comunidades nuevas y en los cientos de miles que han leído acerca de ellas. Las nuevas ciudades británicas y escandinavas tienen una política de crecimiento que no permite las poblaciones grandes. ¿Cuál sería el resultado si las ciudades de Nueva York y Los Angeles decidieran construir una serie de comunidades nuevas en lugar del despliegue suburbano?

Espero que esta nación formule una política de crecimiento urbano en los próximos años que permita a todas las zonas metropolitanas importantes planear y desarrollar comunidades nuevas dentro de la ciudad vieja, como parte de un suburbio en crecimiento y como entidades libres e independientes que puedan acomodar el crecimiento nuevo de una manera racional y creadora.



UN PINTOR DE LA CIUDAD

Por James R. Mellow

Pocos pintores norteamericanos se han sentido tan fascinados por las escenas y el ambiente de la ciudad como el finado Edward Hopper, individualista recalcitrante que no perteneció a ninguna escuela. James Mellow señala aquí que las obsesionantes pinturas de Hopper tendieron un puente entre dos períodos del desarrollo de Nueva York: la arquitectura extravagante y en pequeña escala, vestigio del siglo XIX, y las fachadas de vidrio y cemento, más frías y angulares, del siglo XX. Pero también ve a Hopper como recreador de la poesía humana de soledad y aislamiento urbanos.

James R. Mellow escribe artículos sobre arte para *The New Leader, Art International* y *The New York Times.* Fue director de *Arts Magazine.* Sus artículos sobre Jackson Pollock, Gertrude Stein y la figura femenina en el arte han aparecido en números anteriores de *Facetas.*

La tosca poesía de la ciudad norteamericana con sus monótonas fachadas de ladrillo y piedra, y sus calles desprovistas de árboles, fue un tema irresistible para un pintor norteamericano: el finado Edward Hopper (1882-1967). La perspectiva urbana de Hopper no podría ser más diferente de la de Walt Whitman, que celebró —con fervor admirable y optimismo propio del siglo XIX— la amplitud y actividad de la ciudad norteamericana, sus energías misteriosas, sus ambiciones desenfrenadas, sus poblaciones en aumento. Lo que llamó la atención de Hopper y avivó su imaginación fue algo posterior y más triste pero, no obstante, evocador de la vida norteamericana: la sensación de aislamiento, soledad y anonimato que se experimentaba en la ciudad. Tendía a pintar figuras humanas rígidas e impasibles en sus recintos de ladrillo y vidrio cilindrado o, con la misma frecuencia, la simple arquitectura de los edificios mismos, vacíos, fríos y sin objeto aparente en una soleada mañana de domingo.

Al escribir sobre su compañero en el arte, Charles Burchfield, Hopper habló de "...Nuestra arquitectura indígena con su horrible belleza, sus techos fantásticos, pseudo-góticos, franceses, coloniales, de estilos mezclados, con colores deslumbrantes o delicadas armonías de pintura descolorida, uno tras otro a lo largo de calles interminables que se van adelgazando hasta desembocar en pantanos o vaciaderos..." Esta observación es significativa ya que caracteriza exactamente la ambivalencia que se intuye en las pinturas de Hopper de la arquitectura de crisol de los Estados Unidos urbanos.

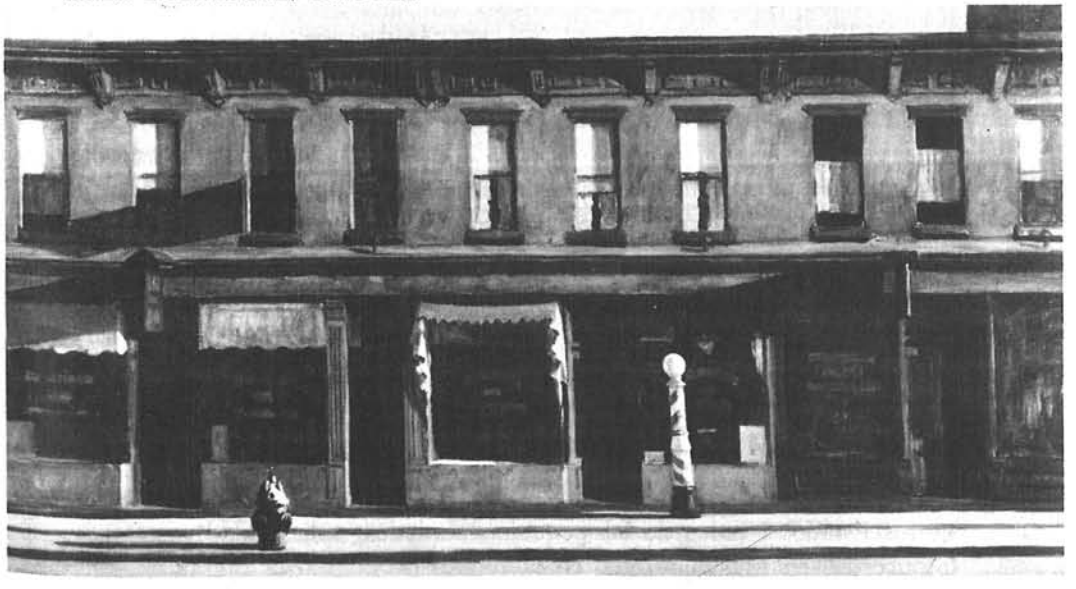
Tal vez valga la pena recordar que en la juventud y madurez de Hopper la ciudad norteamericana no era aún la ingobernable megalópolis

de hoy. Todavía persistía en ella —en las mismas pretensiones arquitectónicas que Hopper encontraba estimulantes— cierto vestigio nostálgico de sus sólidos orígenes y aspiraciones de siglo XIX. Aun en la ciudad de Nueva York, donde Hopper vivió durante muchos años, solía pintar a los Estados Unidos del pequeño industrial: las hileras de edificios de uno y dos pisos, ahora caros, con sus tiendas a nivel de la calle, como la cuadra de almacenes de estilos inclasificables de *Early Sunday Morning* (Mañana de Domingo) (1930), uno de sus mejores cuadros, o el merendero de la esquina, un oasis de luces crudas, en las calles oscuras y desiertas de su igualmente admirable *Nighthawks* (Trasnochadores) (1942).

Una Visión Provinciana de la Ciudad

Hopper parece haber conservado una visión provinciana de la ciudad —después de todo, había nacido en Nyack, pequeña ciudad en la parte norte de Nueva York— y no tenía mucho interés en pintar el enorme despliegue urbano de Nueva York, su famoso efecto de conjunto o sus igualmente célebres rascacielos. Lo que frecuentemente pintaba era esa arquitectura de estilos mezclados —el último vestigio de la razonable escala de siglo XIX— que nuestros críticos sociales y de arquitectura están tratando de conservar. En cierto sentido, la implacable visión de Hopper de la vida urbana en los veintes y en los años de depresión de los treintas ha adquirido un interés mayor. Aparte de su gran maestría y solidez como obras de arte, se tiene la sensación de que las pinturas de Hopper llegarán a ser —de hecho, están llegando a ser— doblemente importantes como pruebas documentales de esos Estados Unidos urbanos que hoy están siendo arrasados.

Edward Hopper, Mañana de Domingo. (1930). Oleo en tela. 35 x 60. Colección del Whitney Museum of American Art, Nueva York.



No obstante, la cualidad más patética de los paisajes urbanos de Hopper es la melancólica sensación de soledad y aislamiento que traducen sus cuadros de figuras solitarias o parejas encerradas en sus rígidos escenarios arquitectónicos; las mujeres, por ejemplo, vestidas parcialmente

Chop Suey

o desnudas, sentadas de cualquier modo en sus inhóspitos apartamientos, contemplando los grises panoramas de azoteas o chimeneas, o las impersonales fachadas de otros edificios. También hay sugerencias sensuales o eróticas, indicios de situaciones humanas gastadas y viles: la pareja de paso en un cuarto de hotel, el jefe y su secretaria que trabajan de noche en la oficina oscura. Aunque no sucede nada abiertamente sexual, el espectador se siente como un intruso que espía la banal intimidad de las figuras de Hopper.

Ocasionalmente, como en *New York Movie* (Cine de Nueva York) (1939), se tiene la sensación de un mundo de sueños: unos cuantos espectadores en un cine oscuro que contemplan en la pantalla algún sueño con personajes de tamaño mayor que el natural mientras una acomodadora rubia, en el resplandor de un proyector, cavila sobre alguna fantasía privada. También hay indicios, como en la pintura de 1929, *Chop Suey* —parroquianos en un restaurante chino de segundo piso, con un reflejo del anuncio eléctrico a través de la ventana— de esa cultura de artículos de primera necesidad que los artistas Pop habían de explorar décadas más tarde, pero sin la distancia estética de Hopper ni su sentimiento respecto del contexto social más amplio.

La Fase de Nueva Inglaterra

En los veranos, durante gran parte de su vida, Hopper salió en busca de los Estados Unidos de las pequeñas ciudades; a la ciudad costera de Gloucester, en Massachusetts, en la región de la Nueva Inglaterra, que

visitó regularmente durante varios años, y a unas cuantas aldeas costeras de Maine. En 1930, construyó una casa en la ciudad de veraneo de Truro, en Cape Cod. Había de llegar a ser su hogar de verano permanente durante el resto de su vida, con visitas ocasionales a otras regiones de la Nueva Inglaterra y viajes a la Costa Occidental y a México. Hopper plasmó en sus lienzos la arquitectura en vías de desaparición de las pequeñas ciudades, tan fiel y fríamente como había plasmado la de Nueva York: las pequeñas casas de madera, modestas pero orgullosas, con sus molduras decorativas; las gigantescas mansiones victorianas: casas pretenciosas que, como las economías locales, habían visto días mejores, y que estaban deteriorándose en la depresión porque sus dueños ya no tenían el dinero suficiente para mantenerlas. La crónica de Hopper de los Estados Unidos de las pequeñas ciudades y su economía de *Main Street* quedó plasmada cuando se encontraban al borde de la decadencia; antes de que llegaran a ser víctima de carreteras, supermercados y centros comerciales, la atracción magnética de los grandes centros metropolitanos sobre sus jóvenes.

Su obra ofrece otros reflejos conmovedores de la creciente desorganización de la vida de las ciudades pequeñas: un ferrocarril —imagen ubicua en las pinturas de Hopper— en medio del paisaje, que aísla a una solitaria casa de madera en un verdadero bosque de señales de ferrocarril; una gasolinería y su solitario encargado en una carretera desierta al atardecer: una especie de retrato irónico de la nueva sociedad móvil, sin un automóvil a la vista, sólo la sobresaliente franja de bosques oscuros al otro lado de la carretera. Como pintor, Hopper percibía como un sociólogo lo que estaba modificando el carácter de la vida norteamericana.

Cine de Nueva York

Esa cualidad de luz de atardecer fría, y en cierto modo siniestra, que Hopper crea en muchas de sus pinturas también contagia a otro de sus

cuadros de ciudades pequeñas: *Cape Cod Evening* (Atarceder en Cape Cod) (1939). Representa a una pareja de mediana edad en frente de su modesta casa de tabla. El hombre, en camiseta, está sentado en la escalera de entrada; su esposa está de pie en un campo de pasto amarillo y descuidado. Al fondo se ve un grupo de pinos que se van quedando en la oscuridad. Hopper tiene una singular facilidad para hacer que el pai-

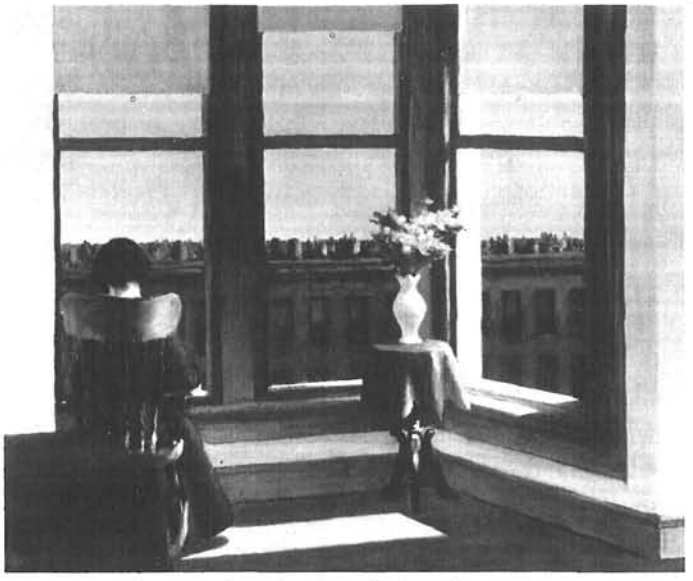
Ventanas de Noche

saje natural —que con tanta frecuencia fascina a otros pintores— adquiera cierto matiz amenazador. Aquí, los bosques parecen un ejército invasor.

Hopper no es, como podría pensarse, un artista que tenga una visión idílica de la naturaleza. De hecho, con gran frecuencia —a pesar de sus comentarios sobre la "horrible belleza" de la arquitectura norteamericana— se concentra en casas sólidas y feas completamente divorciadas de los efectos suavizantes del paisaje. A este respecto, es divertido observar, en la sorprendente fotografía del artista en frente de su casa de Truro, tomada en 1960 por Arnold Newman, que la propia casa de Hopper —como tantas casas de sus pinturas— es un cuadrángulo situado en un solar de pasto y flores silvestres, totalmente desprovisto de arbustos y árboles airosos.

Un Interés en la Luz

"Lo que yo quería hacer", explicó Hopper en una ocasión al hablar de sus intenciones artísticas, "era únicamente pintar la luz del sol sobre el costado de una casa". (Hizo la distinción manifestando su renuencia a dibujar personas "que adoptaran posturas e hicieran gestos", y se comprendía precisamente, en esa cualidad, la escalofriante distancia psicológica que Hopper lograba poner entre él mismo y la incoherente condi-

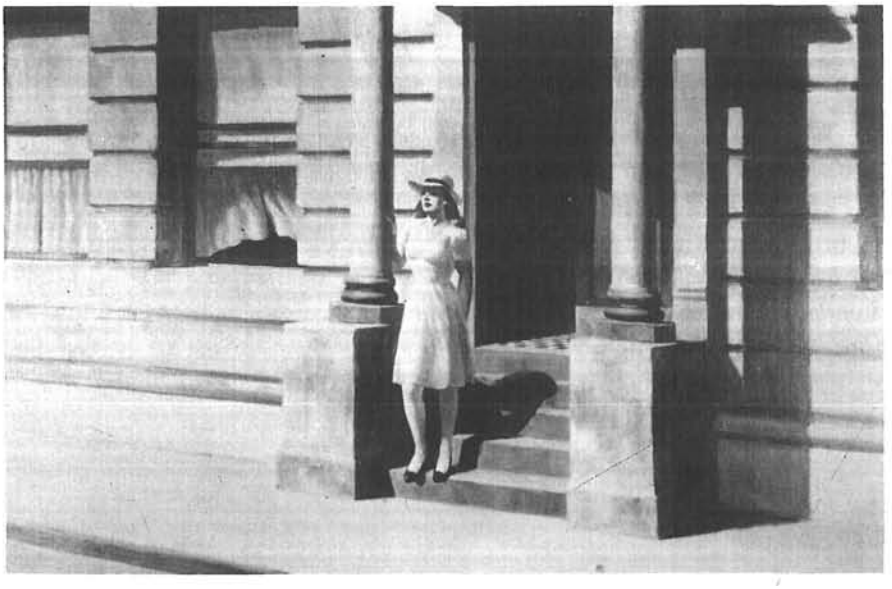


Habitación en Brooklyn. Cortesía del Museo de Bellas Artes de Boston.

ción humana en muchas de sus obras). También observó sagazmente: "Siempre he estado interesado en la luz; mucho más que la mayoría de los pintores contemporáneos".

Y es verdad: la brillante claridad de la mañana, el deslumbrante e inflexible resplandor del mediodía y la lúgubre y tenue luz del atardecer ocupan un lugar importante en su obra. Una mujer se inclina hacia el rayo de luz que entra por un mirador en *Cape Cod Morning* (Mañana en Cape Cod); un hombre, rastrillando su áspero césped, se yergue en la garganta de luz creada entre dos edificios grises y destartalados en *Pennsylvania Coal Town* (Pueblo Carbonero de Pensilvania); la luz llena el apartamiento escasamente amueblado de *Room in Broklyn* (Habitación en Brooklyn), dando una bendición final al ramo de flores co-

Verano



locado junto a la ventana y al solitario ocupante de la habitación; elige a la rolliza secretaria de *New York Office* (Oficina de Nueva York), destacándola contra el fondo sombrío del interior de la oficina. Y, finalmente, la luz —que con frecuencia parece la protagonista del largo drama visual de Hopper— suaviza, si no absuelve, las locuras arquitectónicas del hombre, sus ciudades pétreas, sus casas frías.

Fuera de la Corriente Principal

Hopper tuvo oportunidad de sobra para entrar en la corriente del modernismo. Después de sus primeros estudios de arte comercial —que resultaron útiles durante su infructuosa época inicial como artista— se trasladó a Nueva York. Allí estudió pintura con Robert Henri, el dinámico dirigente de la Escuela *Ash Can* de artistas que se rebelaron contra los insubstanciales convencionalismos académicos del arte norteamericano y empezaron a pintar la vida alegre y algunas veces viciosa de las calles de la ciudad: un tema que se consideró tanto radical como desagradable. (La relación es interesante a la luz del propio tema de Hopper, aunque había de lamentarse, al referirse al enfoque artístico no estructurado del maestro, que le había llevado "cerca de diez años romper con Henri").

Hopper había pasado varios meses en Europa en viajes sucesivos de 1906 a 1910; precisamente la época en que el rígido mundo del arte parisiense estaba siendo sacudido por el advenimiento del fauvismo y del cubismo. No obstante, ninguna de estas disciplinas había de influir sobre la obra de Hopper de una manera constante o didáctica. Siempre fue un "solitario" en el arte norteamericano. Eludió las escuelas y los grupos, aun cuando —como sucedió con los Pintores Regionalistas norteamericanos de los veintes y los treintas— sus prejuicios de representación fueran enteramente compatibles con los suyos propios.

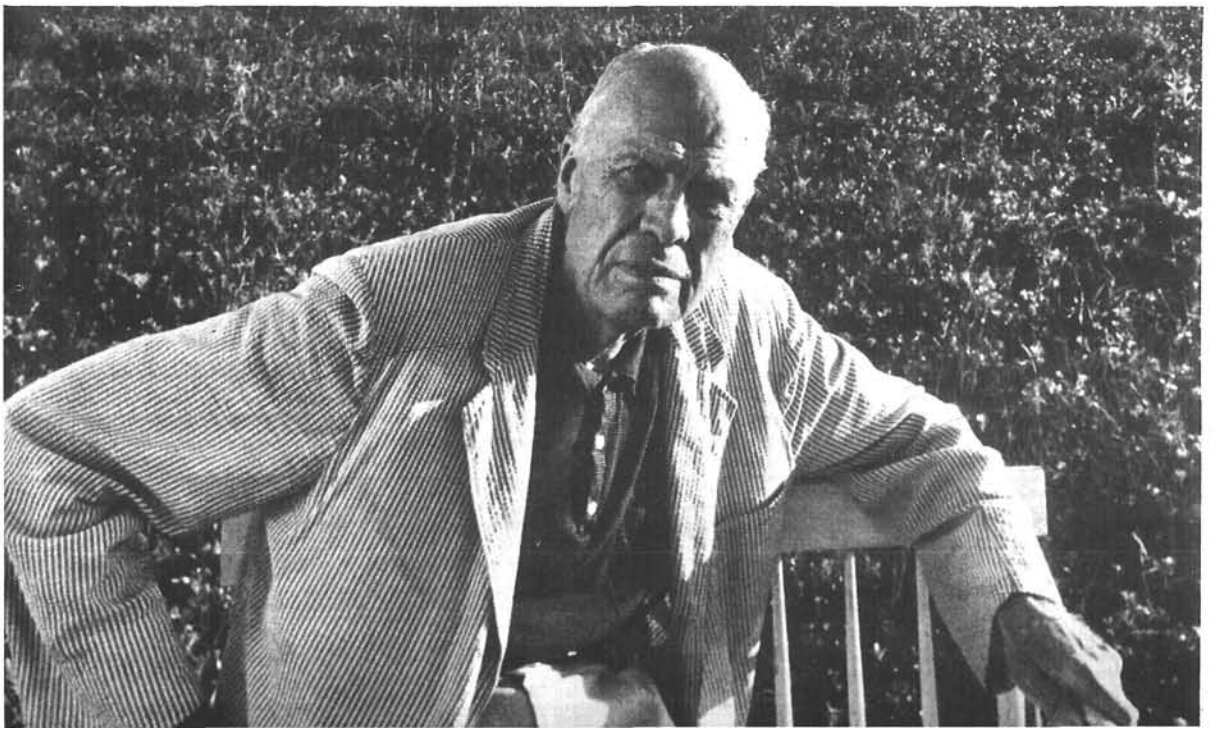
No es descabellado pensar que este aislacionismo cultural fue el precio que Hopper tuvo que pagar —o, en realidad, la condición esencial— para la creación de una obra que se fue haciendo más profunda y más ariscamente personal con el paso de los años. Nunca fue un artista prolífico y Goodrich asegura que, durante sus últimos años, Hopper producía algunas veces sólo dos o tres óleos cuidadosamente madurados. Había escogido para sí mismo un aspecto de la experiencia norteamericana, y con una labor lenta, asidua y afanosa lo hizo suyo. En las pinturas de Hopper, la poesía de granito de la ciudad norteamericana, y la visión de la vida norteamericana que le dio forma, parece haber adquirido una naturaleza extraña, hosca, profética; ha llegado a ser una poesía de pérdida, enajenación y desgaste gradual, iluminada por la rojiza luz del atardecer que simboliza la decadencia.

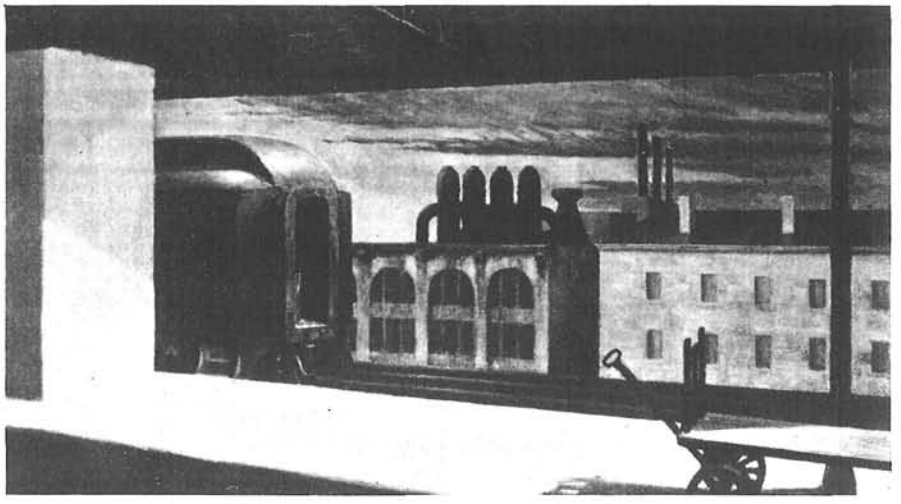
Edward Hopper Habla de Pintura

El artista en su estudio de Nueva York.

Al trabajar siempre encuentro la perturbadora intrusión de elementos que no forman parte de la visión que más me interesa, y la inevitable preterición y el reemplazo de esta visión por la obra misma al ir avanzando. Creo que la lucha por evitar esta suplantación es el destino común de todos los pintores para los que tiene poco interés la invención de formas arbitrarias.

Edward Hopper frente a su casa de verano de Cape Cod. (© Arnold Newman)

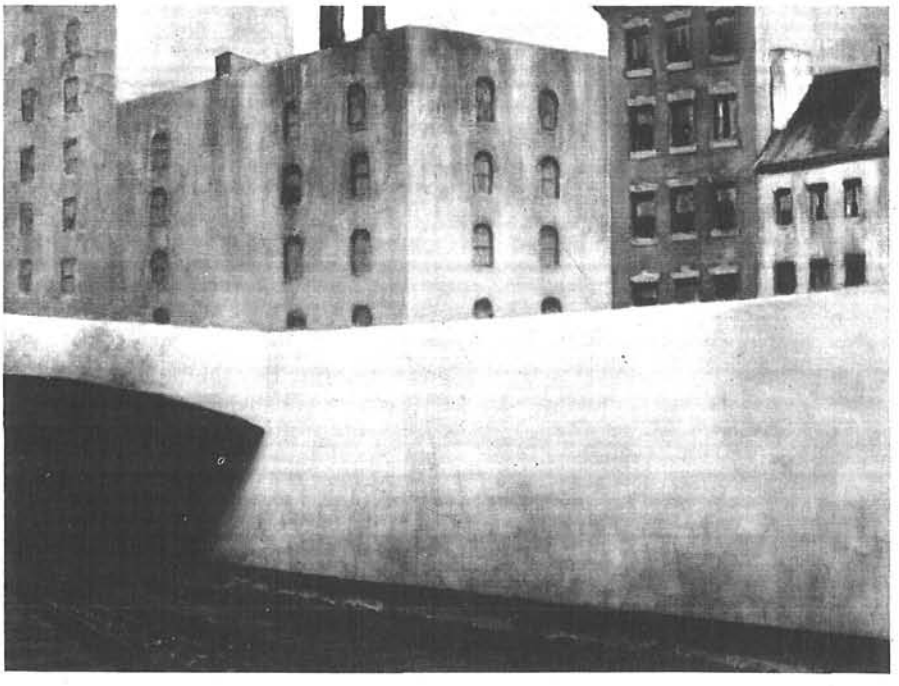




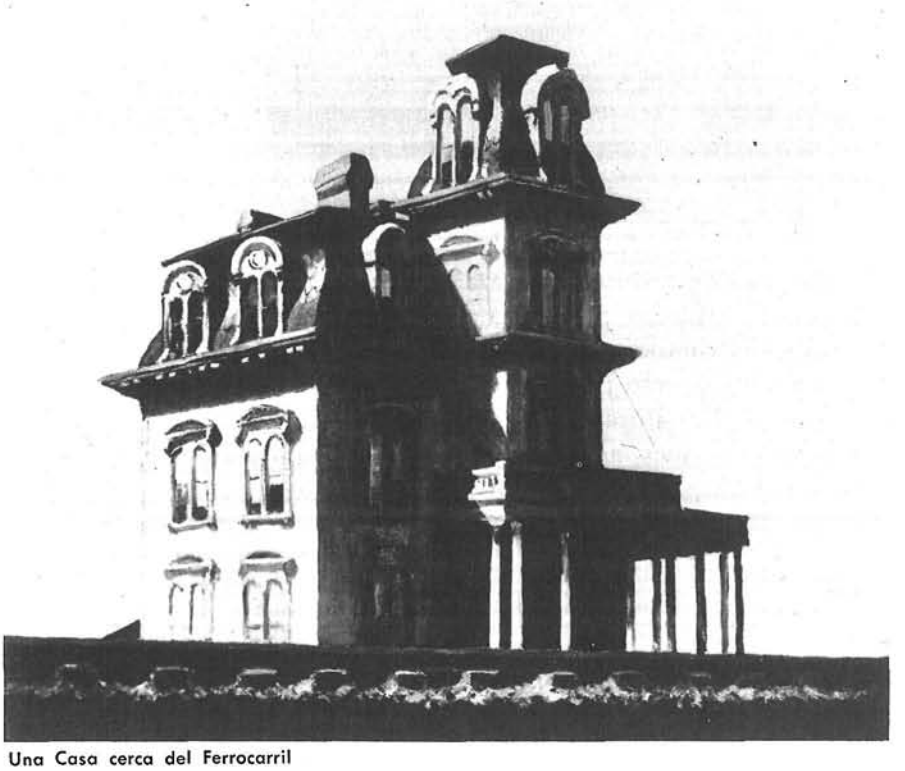
Amanecer en Pensilvania

Creo que los grandes pintores, guiados por su intelecto, han tratado de convertir, por la fuerza, este reacio medio de pinturas y tela en un registro de sus emociones. Toda desviación de esta gran meta general me produce aburrimiento.

Acercándose a una Ciudad



En su sentido más limitado, el arte moderno parece ocuparse tan sólo en las innovaciones técnicas de este período. En su sentido más extenso y, para mí, irrevocable, es el arte de todos los tiempos; de personalidades definidas que permanecen modernas por siempre por la verdad fundamental que se halle en ellas. Ello hace que Molière, en sus mejores obras, sea tan nuevo como Ibsen, y Giotto tan moderno como Cézanne.



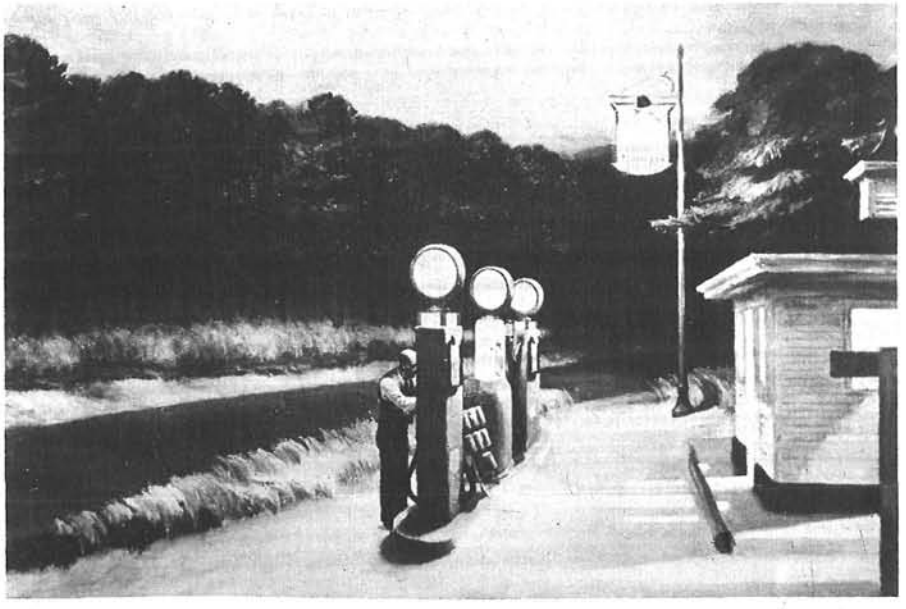
Una Casa cerca del Ferrocarril

En pintura, mi objetivo siempre ha sido la transcripción más exacta posible de mis más íntimas impresiones de la naturaleza. Si esta meta es inalcanzable, también puede decirse que lo es la perfección en cualquier otro ideal, en la pintura o en todas las actividades del hombre. La tendencia de algunos de los movimientos del arte contemporáneo —pero no de todos— parece negar este ideal, y a mí me parece que ello conduce a un concepto puramente decorativo de la pintura (. . .) Esta dirección resulta estéril y sin esperanzas para quienes desean dar a la pintura un significado más rico y humano y una gama más extensa.

Mañana en Cape Cod

Nadie puede prever con certeza la dirección que la pintura tomará en los años venideros, pero para mí al menos será un rechazo de la invención del dibujo arbitrario y estilizado. Creo que se efectuará un esfuerzo por captar de nuevo la sorpresa y los accidentes de la naturaleza, y un estudio más íntimo y comprensivo de sus propensiones, así como un renovado deslumbramiento y humildad de parte de quienes aún son capaces de experimentar estas reacciones básicas.

Gasolina



EL REALISMO Y LA NOVELA

Entrevista con John Updike

Aún no cumple 40 años y ya se ha llamado a John Updike "el escritor norteamericano más talentoso de su generación". Es, incuestionablemente, uno de los más versátiles y prolíficos. Su producción incluye cinco novelas, cuatro colecciones de historias cortas, tres volúmenes de poesía y uno intitulado *Assorted Prose* (Prosa Variada) (parodias, semblanzas, comentarios). Se recrea en el sonido y la textura de las palabras, que utiliza con un virtuosismo que para muchos lectores es deslumbrante y para otros simple ornato. Al mismo tiempo, y tal como queda de manifiesto en esta entrevista de *Vogue,* él considera que sus novelas son serios esfuerzos de exploración del carácter norteamericano y de los dilemas morales de la vida privada. El diálogo que aparece adelante fue transmitido originalmente por la British Broadcasting Company y se reproduce con autorización del entrevistador, Eric Rhode, del propio John Updike y de la B.B.C.

La primera novela de Updike, *The Poorhouse Fair* (La Feria del Asilo) (1959), recoge los sucesos de un día en un asilo de ancianos, con una comprensión y objetividad realmente notables en un escritor de 26 años. *Rabbit, Run* (Corre, Conejo) (1960), su obra más elogiada, sigue los pasos de un disperso e irresponsable ex-atleta que abandona a su esposa e hijo en torpe búsqueda de una vida más intensa. En *The Centaur* (El Centauro), obra que obtuvo el Premio Nacional del Libro en 1964, Updike trasplanta el mito griego de Quirón y Prometeo a un pequeño pueblo de Pennsylvania. Esta novela autobiográfica trata sobre un maestro de escuela agonizante y el progreso de su hijo como artista. En *Couples* (Parejas) (1968), utiliza las relaciones sexuales en una aldea de Nueva Inglaterra para analizar el conflicto entre la sensibilidad individual y el concepto de comunidad. *Bech: A Book* (Bech: Un Libro) (1970), que narra las andanzas de un novelista norteamericano en Europa y América, ingeniosamente subraya el contraste entre el arte como vocación sagrada y el artista como animal social vulnerable.

Al decir de Updike, lo que más necesita el escritor "es un hábito instintivo de honradez. Debe instilar en sus manos la negativa a escribir cualquier cosa perezosamente supuesta, apresuradamente percibida o piadosamente anhelada". En otra ocasión, comentando los relatos de J. D. Salinger, escribió: "El rechazo del complacido descanso, la voluntad de arriesgarse a incurrir en excesos en beneficio de las propias obsesiones, es lo que distingue a los artistas de los meros entretenedores y lo que hace aventureros de algunos artistas en beneficio de todos nosotros".

No me parece que su obra tenga relación con los experimentos literarios que se desarrollan en los Estados Unidos. Considero que se encuentra mucho más cerca de la novela inglesa; hay en su trabajo un fuerte sentido de lo doméstico, del mundo tal como es.

Estoy pensando en la palabra "doméstico". Supongo que es cierto. Puede deberse menos a una elección consciente que al hecho de que, según parece, soy una criatura doméstica.

© 1971 por The Conde Nast Publications, Inc.

En cuanto a la experimentación, mi primera novela, *La Feria del Asilo,* tuvo, al menos en mi mente, algo de "nueva ola", sobre todo en el final; es decir, traté de crear una tensión y después, en lugar de resolverla, la disolví. Termina en una especie de feria absurda: llega gente a una feria, se oyen sus voces y a continuación todo se disuelve. En mi mente fue un libro un tanto experimental. En cada una de mis novelas ha existido —por lo menos en mi cerebro— un experimento, una aventura diferente. En *Corre, Conejo* el tiempo presente puede parecer una tibia aventura. Ahora se usa cada vez más, pero no así entonces.

Volvamos a La Feria del Asilo. *Lo más sorprendente de esta obra, pienso yo, es el hecho de que se haya usted mantenido tan claramente fuera de ella, de que haya creado a esos hombres y mujeres tan viejos. Este es un acto de la imaginación, enteramente, o así lo parece. ¿Hasta qué grado se basó en la realidad?*

No mucho. Es cierto que había un asilo a un par de calles de donde crecí, en la población de Shillington, Pennsylvania, pero estuve en él muy raras veces. Y hubo una feria que debió impresionarme entonces. Antes de esta obra, mientras viví en la ciudad de Nueva York, escribí una novela de 600 páginas que se llamó, según creo, *Home* (Hogar), más o menos acerca de mi familia y de mí hasta la edad de 16 años aproximadamente. Escribirla fue para mí un buen ejercicio y tiempo después utilicé partes de ella en algunos cuentos cortos; pero realmente se antojaba una gruesa pila de papel amarillo. Comprendí que no sería mi primera novela: tenía muchos de los rasgos de una primera novela. No la publiqué, pero decidí que era tiempo de que escribiera una novela. Tenía entonces... ¿cuántos? 25 ó 26. Estaba haciéndome viejo, como les sucede pronto a los escritores en Norteamérica. Estaban demoliendo el asilo de Shillington; fui allá y me puse a contemplar el cascarón. Mi abuelo, que tenía cierta semejanza con el John Hook de mi libro, murió recientemente; así, en mi novela cristalizó la idea de hacer una especie de homenaje póstumo, que incluyó lo que parece haber sido en mí un profundo sentido de la descomposición nacional. La escribí en tres meses y después la reescribí en otros tres. Fue mi primera aventura real en lo que podríamos llamar espacio novelístico; fue muy excitante. No la he leído desde que tuve en mis manos el último juego de pruebas, pero me gusta pensar que había un poco de amor —y por lo tanto algo de sangre y vida— en esos ancianos.

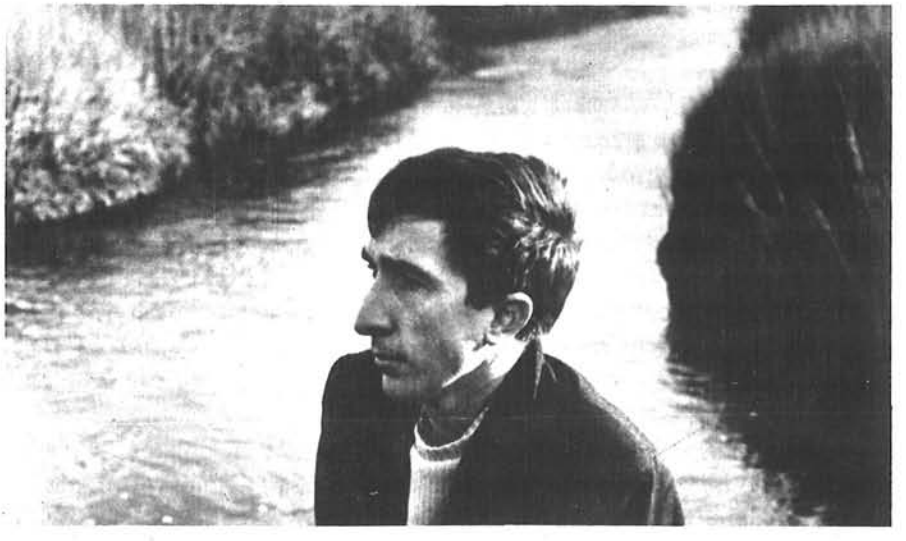
Creo que es un libro perfecto y completo. Cuando lo leí, pensé: Es una obra maestra, ¿cómo podrá superarla? Su trabajo siempre me ha dado la impresión de que el cuento y la historia corta se le facilitan bastante. Probablemente tuvo enormes problemas con una obra de mayor dimensión. Digo esto porque pienso que su forma de escribir, en la que empie-

za usted desde el centro mismo del personaje, desde las observaciones que hace y las impresiones que recibe del mundo, para después desplazarse hacia un sentido de la familia, no es un camino natural hacia el descubrimiento de una forma. Creo, por ejemplo, que en su segunda novela, Corre, Conejo, *que es más ambiciosa y tiene una trama consistente, la situación central gira alrededor del hombre que se encuentra en tensión, pero más adelante se desplaza usted hacia el melodrama. Esto debió de resultarle difícil.*

Me temo que el melodrama se me facilita mucho. Tengo dos conceptos acerca de los sucesos en las novelas. Uno es que las novelas de corte antiguo, lo mismo que las películas y las piezas televisadas, están falsificando terriblemente la vida al hacer que las cosas acontezcan, al crear conflictos y después resolverlos, y al entablar juicios para a continuación simplemente emitir un veredicto... En realidad, un veredicto no suele surgir tan fácilmente. Todos mis libros terminan con una nota dubitativa o ambigua. Por otra parte, es placentero hacer que las cosas sucedan, deslizarse o saltar en este espacio de ficción. En cuanto a la crítica hecha a *Parejas* de ser melodramática, o quizás no melodramática pero al menos gótica, irreal o de trama vulgar, si hubiera una defensa, ésta sería en el sentido de que siento que los acontecimientos, cuando se presentan, lo hacen de manera bastante sorpresiva y súbita.

¿Improvisa usted sobre la marcha o planea cuidadosamente toda la obra por anticipado?

En realidad, empiezo con cierta imagen sólida y coherente, y con una noción de la forma y aun de la textura de la obra. A *La Feria del Asilo* le di deliberadamente esta especie de forma de Y, integrada por aquellos



dos elementos, para después añadir la desaparición o resolución. *Corre, Conejo* fue algo semejante a un zig-zag. *El Centauro* fue como un emparedado. No puedo comenzar hasta que sé cuál será el principio y adquiero cierto sentido de lo que acontecerá en medio. Nunca hago un bosquejo ni nada parecido. Calculo que puedo retener los sucesos en mi mente y después confío en que ocurrirán cosas que me sorprenderán, en que los personajes cobrarán vida y hablarán. Mantengo una especie de flojo control sobre el libro. No iniciaría un libro —ni aconsejaría a nadie que lo hiciera— sin saber a dónde va a llegar, pues uno de los deleites estéticos que uno busca es una sensación de resolución, de haber oído antes esa frase, como un eco y una especie de chasquido al final.

La imagen de la obra que tiene usted en la mente es, de hecho, un tanto geométrica. No es, digamos, una imagen visual, una imagen de los sucesos hacia los que vaya usted llevando la obra.

Es algo parecido a una sensación abstracta, pero indudablemente se necesita contar con muchas otras cosas para empezar a escribir un libro. Se deben tener por lo menos algunos de los protagonistas y sentirse conmovido en ciertos sentidos por los personajes centrales. Mi principal móvil al escribir *El Centauro* debió de ser cierto deseo de hacer un apunte de mi padre. Tuve la sensación intensa de haber observado por espacio de 15 años cómo un hombre protestante, normal y bondadoso, sufría en una forma cómica pero real. Lo que me llevó a escribirlo, lo que lo mantiene en movimiento y lo que le da vida ahora, al menos en mí, es esto de hacer un objeto sólido y crear un patrón. Hay también cierta dosis de mensaje, y de hacerlo trascender. Mi mensaje no ha sido de esa clase que resulta particularmente congruente con mi época. En estos tiempos, en que el interés está concentrado en las cuestiones urbanas y políticas, yo he hablado del hombre apolítico del medio suburbano o rural.

Me parece que sale usted de lo común en que no es un escritor metafísico, en el sentido de un Melville, por ejemplo. Usted habla del mundo real, de sensaciones y cosas. Empero, la religión, en sentido institucional, aparece en todas sus obras. A menudo es algo que usted mira de soslayo, con bastante timidez, como si fuera una especie de fuerza eléctrica a la que sus personajes temieran un poco. Me atrevería a pensar que esto es parte del sentido que tiene usted de una tradición del pasado, de la existencia del mundo tal y como es, y también la manifestación de un poco de angustia, de cierta incapacidad de relacionar esto con sentido alguno de comunidad.

Los ministros tienden a convertirse cada vez más en objetos de mofa; o podría decirse más bien que cada vez expresan en mayor grado la decepción del autor. Según parece, aliento ciertas esperanzas en los mi-

nistros religiosos, que éstos no satisfacen. El cuento corto "Plumas de Pichón", que versa sobre las respuestas que da un clérigo a las preguntas de un chico —muy malas, según éste—, es la historia primordial del ministerio. La iglesia sigue existiendo en el mundo moderno, lo cual me parece bastante bizarro.

¿Es usted un hombre religioso?

Yo diría que sí, que trato de serlo. Creo que me inclino a ver al mundo como algo estratificado y a pensar que hay alguna cosa allá arriba; en *Parejas,* ciertamente ese algo parece ser Dios, quien en cierta forma destruye a la inofensiva iglesia congregacionalista. Más aún —cosa que también he concebido geométricamente—, al parecer veo mis libros como a los dibujos infantiles; todos pretenden ser debates morales con el lector y si parecen vanos —hablo esperanzadamente—, ello se debe a que el lector no ha participado en el debate. La pregunta suele ser "¿Qué es un buen hombre?", o "¿Qué es la bondad?"; en todos mis libros se enjuicia un acto. Hablemos de Harry Angstrom, en *Corre, Conejo.* Se juzga en este caso el hecho de huir de la esposa. A fines de la década de los cincuenta, los beatniks abogaban por los viajes transcontinentales como respuesta a la inquietud del hombre. Y yo trataba de decir: "Sí, es cierto, pero no hay que olvidar a todos esos otros que parecen quedar lastimados". Esta distinción pretende ser un dilema moral.

Usted considera a la institución del matrimonio, y a la institución de la iglesia, como factores que lo devuelven al pasado, lo cual es, a mi juicio, un elemento muy importante en sus obras. Por ejemplo, en La Feria del Asilo, *ya cerca del final, sentí que surgía usted como persona al leer algo que dice acerca de cómo retrocedemos, cómo nos convertimos en las opiniones de nuestro padre y, a la postre, de nuestros abuelos.*

Es muy cierto que existe este interés en el pasado, pero en forma tal que el pasado es todo lo que tenemos. El presente es muy angosto; no tiene más de un segundo de anchura; y el futuro no existe. Pienso que *Of the Farm* (De la Granja) se refiere al reajuste moral, y el reajuste se realiza de alguna manera en crudas acciones registradas en el pasado; la madre y el chico necesitan, en cierta forma, disculparse mutuamente o en alguna forma bendecirse. Es un poco duro ver mi obra desde afuera, por así decirlo, pero observo una recurrencia del concepto de bendición, aprobación, indulgencia o en cierto modo hasta de aliento para proseguir. Me pregunto si el problema del hombre del siglo XX no es de aliento ante la pérdida del valor, la debilidad y la desesperación, la sensación de que hemos ido hasta el final del corredor y no hemos hallado nada. Así, los personajes colocados debajo de la superficie se exhortan entre sí a actuar. En *Parejas,* Piet se comporta en buena medida

como un hombre moderno, ya que no puede actuar por sí solo debido a que se siente abrumado por las repercusiones morales de todo acto, como dejar a su esposa, o permanecer con ella... Las mujeres de este libro son acaso menos sensibles al carácter opresivo de la negrura cósmica y son ellas las que actúan casi siempre. No pretendo decir que ser pasivo, que estar inactivo, que estar paralizado, sea incorrecto en una época en que tantos actos son torpes y brutales. Pienso que en las generaciones a las que he podido asomarme —puedo ver a mi abuelo en un extremo y puedo ver cómo crecen mis hijos—, ha ocurrido una sensible pérdida del sentido de la virtud. Pero se hace tanto mal en nombre de la virtud, que tal vez por ello no desea uno que vuelva. Sin embargo, sospecho que la vitalidad actual de las mujeres, la forma en que muchos de nosotros nos apoyamos en ellas, no es un fenómeno eterno sino histórico y bastante reciente.

Quisiera saber, a propósito de El Centauro, *por qué relacionó usted la experiencia inmediata del maestro de escuela con el mito.*

Me pareció que los acontecimientos tenían algo de mítico. Es un experimento muy disímil al de *Ulises,* donde el mito acecha bajo la superficie de los acontecimientos normales. En un sentido, los hechos normales de mi libro tienen la función de actuar como una especie de máscara del mito. Esto fue generado mientras leía yo en un viejo libro dicha variante de la leyenda de Hércules. Es parte de la comedia del hombre empecinado en que vive en un pueblo lleno de dioses, sin ser él mismo lo bastante divino; la consecuencia es la deficiente comunicación en todo momento. De hecho, mi padre, que provenía de Nueva Jersey, sentía esto de Pennsilvania: que no estaba suficientemente enterado de lo que sucedía. En segundo lugar, en determinada forma todo tiene dimensión de mito para el niño: la gente es enorme y ominosa, y tiene grandes archivos de misteriosa información y un acervo de vida del que él carece. No creo que sin el mito existiera el libro. Me pareció que coincidía con una especie de experiencia que yo mismo viví: la inmersión de mi padre en el mundo de la moralidad cristiana, en el esfuerzo por hacer siempre lo correcto y en sacrificarse constantemente, asistiendo siempre a las reuniones de la iglesia y quejándose siempre por ello. Había en ello una ambivalencia que lo hacía semejante a un centauro. Creo que inicialmente el arte estaba ligado a la teología y que tiene relación con un mundo ideal: en cierta forma, el artista es un intermediario entre el mundo ideal y el real, aun cuando nuestro concepto de lo ideal —y me refiero en realidad a nuestro concepto estrecho, no a lo que pensamos que creemos— es bastante vago en la actualidad. Tal vez no siempre será así. Y no puedo concebirme como escritor sin desear de algún modo jugar, idear estos patrones, insertar estos secretos en mis libros y prolongar esta música que tiene su lado formal.

Bueno, hay un mundo ideal y diversos mundos ideales. Tenemos el mundo ideal de Platón, el mundo de la Música de las Esferas y también el mundo del Ticiano, el mundo de lo sensual. Para usted, este otro lado ha encontrado realmente satisfacción en Parejas, *libro que, ahora lo veo retrospectivamente, era algo que tenía que escribir. Todo el interés en la sensación, en el cuerpo, halla su satisfacción en él. ¿Estaba usted consciente de esta inevitabilidad de escribir* Parejas?

En realidad, no. Es sólo mi acostumbrado e ingenuo intento de retratar algo. Nada me desagrada más que esos libros que ostensiblemente hablan del sexo, pero que no lo describen realmente.

Estamos hablando de Parejas *como si se tratara de un libro sobre sexo. Es algo muy diferente, ¿verdad? Yo creo que indiscutiblemente no es sensacionalista. Lo que me asombra es la extremada delicadeza y el gran tacto empleados para hacer esas descripciones. Debió de ser muy difícil.*

No más difícil que describir los paisajes y sí un poco más interesante. Es maravillosa la forma en que la gente habla en la cama, la sensación de las voces y la sensación de calidez; así, el escritor se contagia en parte de esa ternura. Desde luego, el libro no es acerca del sexo propiamente: es acerca del sexo como la religión naciente, como lo único que ha quedado. No presento a la gente en la obra como un conjunto de villanos: la pinto como gente atrapada en un momento histórico... que ha quedado atrás, por cierto.

¿Ya no existe ese mundo?

En 1964 era inconcebible que se llegara a expresar abiertamente ese constante deseo de destruir todo, que ahora se oye en todas las ciudades occidentales. Aquel era todavía en esencia un mundo de aceptación, en el que se consideraba que las instituciones aún en pie eran sólidas, aunque no se les rendía tributo. Los personajes del libro viven dentro de una sociedad, pero no sienten deseos de reestructurarla; más bien, por sus intersticios buscan, por medio de sus mutuos cuerpos, y en realidad también de sus mutuas voces —hay una gran cantidad de conversación en la obra—, consolarse.

Lo desusado en ellos es su particular promiscuidad, ¿no es cierto?

No creo que sean demasiado notables a ese respecto. Son descendientes de los puritanos; son personas que heredaron una ética de trabajo y que se descubren trabajando no más de lo que deben. En parte, el libro trata de la prosperidad que, al liberar al menos a esta clase de gente de la angustia económica, origina nuevas angustias.

En este libro no sólo existe un control mucho mayor de todos esos personajes y un escenario más amplio, sino también esa clase de espacio que, en mi concepto, no existe en trabajos anteriores.

Al menos tiene uno un plano de la población en la mente y se puede decir que navega de una casa a la siguiente. Creo que el escritor siempre debería asignarse tareas arduas, para saber realmente de qué es capaz. Inicialmente tuve que hacer acopio de valor para escribir con franqueza acerca de mi propia niñez, la que, paradójicamente, fue muy inocua. Empero, al parecer fue un paso adelante escribir algunas de las historias cortas que han sido coleccionadas aquí y allá. Después pensé: "Bueno. Ya basta de esto. Sal de ahí y escribe sobre los adultos; adultos que hagan los embrollos propios de los adultos". En este sentido, el libro representó un cambio. Pero, al examinar retrospectivamente mis obras, veo en ellas cierta continuidad: en un sentido, *Parejas* describe un divorcio y *De la Granja* habla de las consecuencias de un divorcio. Y ciertamente no he sido ni creo ser tímido al describir en detalle lo erótico en mis restantes libros.

Sólo aquí, repentinamente, la cuestión ha llegado al centro del escenario. Probablemente no tiene intenciones de escribir otro libro semejante a éste.

Me pregunto a dónde iré ahora. Creo que es de muy mal agüero hablar sobre lo que se está haciendo.

Entonces hable de ello en un sentido un tanto mágico y misterioso.

Es un libro un tanto mágico y misterioso. El orgulloso estado de Pennsylvania, del que soy oriundo, sólo ha producido un presidente; fue un hombre llamado James Buchanan, que precedió a Lincoln y que siempre ha sido calificado como el más débil de una serie de presidentes débiles que hubo entre Jackson y Lincoln. Yo soy adicto a su memoria porque era de Pennsylvania. Era un solterón de muy avanzada edad, de hecho el presidente más viejo hasta Eisenhower. A la fecha he leído unos ocho libros referentes a la década de 1850, que fue un período muy parecido a la década de 1960: una época de acres debates, de disensiones irreversibles, de aterradoras invectivas. Me escandalicé, a mi manera, por la clase de ultrajes que hubo de tolerar Lyndon Johnson, pero esa clase de ultrajes son de cuño norteamericano. Yo contemplo a Buchanan como el centro de una especie de investigación sobre lo que se siente cuando se tiene el poder político. ¿Hasta qué punto es ilusorio? Indiscutiblemente lo fue en su caso, porque en realidad él no tuvo mucho poder en sus manos; el país no le concedía la menor atención. Y también estoy interesado en tomar una vida larga e intensa y modificarla.

(En otra entrevista, publicada por Paris Review, *Updike resumió su actitud hacia la tarea del escritor, junto con algunos de los temas centrales de su ficción, de la siguiente manera):*

La fiereza doméstica dentro de la clase media, el sexo y la muerte como acertijos para el animal pensante, la existencia social como sacrificio, las satisfacciones y los placeres inesperados, la corrupción como forma de evolución; éstos son algunos de los temas. . . No considero mis libros como sermones o directrices en una guerra de ideas, sino como objetos con diferentes formas y texturas y con el misterio de todo lo que existe. Cuando era niño, mi primer pensamiento acerca del arte fue que el artista aporta al mundo algo que no existía y que lo hace sin destruir algo más. Una especie de negación del principio de conservación de la materia. Esto sigue pareciéndome su magia principal, la esencia de su placer.

UNO DE MI GENERACION (Cuento)

Por John Updike

Aunque más conocido por sus novelas, John Updike siente una particular predilección por el cuento corto; buena muestra de ello son sus colecciones intituladas *Pigeon Feathers* (Plumas de Pichón), *The Same Door* (La Misma Puerta) y *Music School* (Escuela de Música). Algunas de sus narraciones son líricas o realistas. La que aparece aquí —reproducida de *The New Yorker*— tiene un estilo de extravagante parodia, muy adecuado para retratar a un *snob* literario.

Algunas veces, para poner a prueba mi valor, me enfrento a los estudiantes; me miran con esos mismos ojos desenfocados por la droga que han visto a Krishna y han descubierto la relación entre un sonrosado decano y una bomba de napalm, y su silencio (más o menos) cortés plantea la pregunta: "¿Y qué nos dices de *tu* generación?" En busca de una respuesta, retrocedo casi veinte septiembres y me veo escalando los cinco tramos de escalera hasta mi dormitorio de estudiante, para encontrar, en un cubículo desnudo excepto por las deslucidas tablas del mobiliario tradicional, a mi nuevo compañero de cuarto que, con la cabeza inclinada y los estrechos hombros en una isla de luz, escribe un poema. Me aproximo de puntillas y espío sobre su hombro. Con un lápiz desesperadamente asido, escribe letras diminutas con trazos descendentes, largos y afilados. Ahora, como entonces, no puedo descifrar el poema, pero recuerdo que había en él una rosa, una cruz, una madre y una apretada pila de frases en pasado. Sus poemas, de los que habría de leer muchos, solían parecerme notables ejemplos de desperdicio de energía; me daban la impresión de ser tornillos clavados en madera. No obstante, entre la neblina de los años todavía cintilan ciertas imágenes: el brazo de un padre que se proyecta como el rayo de un faro; un hurón retorciéndose de pronto en un nido de imágenes religiosas; las manchas orquidáceas salpicando el agua ("como lagartos sobre la refulgente escoria"), durante una imaginaria travesía por el Amazonas. Escribiendo con su extraño estilo pulcramente vehemente, mi nuevo compañero terminó la estrofa antes de levantarse para estrechar mi mano. Su nombre era Ed Popper y venía de Nebraska. Lo habían educado en la doctrina bautista, pero ahora era anglo-católico. Era discípulo de Robert Lowell, el de Boston, el de los primeros tiempos, el de "El Castillo de Lord Weary" y "El Cementerio Cuáquero de Nantucket". Todo esto lo supe después; en ese momento, cuando se puso en pie para saludarme, sólo supe que su cadera era más ancha que sus hombros y que, a pesar de encontrarse a solas en un desolado dormitorio en la víspera del día de inscrip-

© 1969 The New Yorker Magazine, Inc.

ción, vestía una camisa rosada de tieso cuello almidonado y en éste un broche de plata, debajo del nudo de corbata más pequeño, enjuto e intenso que había visto en mi vida. Usaba lentes tan gruesos que la piel alrededor de sus ojos azules de bovino parecía formar círculos concéntricos. Su dominación sobre mí comenzó en el acto: él estaba sereno e intenso, yo jadeante y trémulo, pues en aquellos días era para mí cuestión de honor subir los cinco tramos de escalera de dos en dos escalones, a toda carrera y sin pausas.

Parecía haber leído todo. Su padre era agricultor. En su bucólico aislamiento, Ed había tenido por compañía a Eliot y Lowell, Valéry y Pound, Ford Madox Ford y Anais Nin. Lo imaginaba caminando entre los maizales con los libros en brazos, para ir a sentarse a la sombra de un sauce junto a un arroyuelo. En su adolescencia había enviado al Este misivas a grandes hombres (había recibido respuestas autografiadas de John Dos Passos y William Carlos Williams) y a libreros de Manhattan. Poseía la encantadora primera edición de Knopf, con cubierta de franjas pastel estilo payaso, de *Armonio* de Wallace Stevens; los libelos de la época de la guerra, en cuatro polvorientos colores, en los que Faber publicara cada uno de los *Cuatro Cuartetos;* y el opúsculo de color gris paloma, impreso en París en 1923, con tres relatos y diez poemas de Ernest Hemingway; también una polícroma colección —desde *Al Faro* hasta *Entre los Actos*— de los volúmenes de Virginia Woolf exquisita-

mente diseñados por Hogarth Press. La adquisición material y mental de tales obras pertenecía al pasado de Ed. La literatura había dejado de ser su tema de estudio para convertirse en su esencia, en la atmósfera que respiraba. En el año que pasamos juntos nunca lo vi leer un libro ni le oí una sola palabra respetuosa acerca de ningún escritor, a excepción de Lowell y —una vez— de Lord Byron. Estábamos erigiendo —Ed estaba erigiendo en mi presencia— una escala de los poetas ingleses, de acuerdo con su calidad literaria. ¿Tennyson? "Totalmente flojo", dijo Ed; "un fabricante victoriano de rayos de luna", y lo colocó un peldaño debajo de Cowper. ¿Y Browning? "Un O. Henry en verso", dictaminó Ed y lo hundió en la oscura región situada debajo de Cowley. Tímidamente le sugerí a Pope. "Disparatado; su único mérito era que lo sabía. Un travesaño encima de Wordsworth y nada más". Hopkins recibió el veredicto favorito de Ed: "Menor. Fuera de dos o tres estrofas de 'Alemania', su obra poética es totalmente oscura. Mejor que Longfellow, peor que Sidney". Sidney, a su vez, era mejor que Shelley y peor que Keats. Keats quedaba debajo de Donne, quien era inferior a Milton (a base de "En la Mañana de Navidad" únicamente; Ed detestaba "El Paraíso Perdido" y consideraba que "Lycidas" era ingratamente homosexual), el cual, si siguiéramos las directrices del muy sobreestimado ensayo de Eliot sobre la desintegración de la sensibilidad, era menos valioso que Dryden, a quien, en conciencia, no se podía clasificar por encima de Thomas Traherne. Al término de la sesión y entre la bruma de peltre del humo de cigarrillos, George Gordon, Lord Byron surgía, por deducción negativa, como el más grande poeta inglés. Ed meditaba sobre este inesperado resultado y asentía meditabundo. "Tiene la dureza necesaria", decía. Y agregaba: "Por supuesto, hablando de la época anterior a Lowell".

¿Me sería posible hacer entender a una pandilla de guitarristas aficionados al motín cuán reales —si bien deficientemente comprendidos— eran esos grandes nombres para nosotros? ¿O con qué entusiasmo ejecutábamos el ejercicio académico, ahora quizá tan olvidado como el análisis diagramático, denominado *explicación?* Enseñar a la mente a trepar, como una enredadera sobre una pared soleada, por la superficie de un poema de George Herbert, buscando los diminutos asideros del retruécano, la ambigüedad y la alusión oculta; extraer del significado superficial del poema otro poema completamente distinto, hecho de continuada metáfora y, por así decirlo, de subversión verbal; sentir, en frase de Eliot, que cada pensamiento era una emoción; *explicar...* eso era vivir la vida sobre las puntas de los nervios. Ed era un maestro de la explicación; fuera lo que fuere lo examinado, se perdía entre los hechos que derivaba de los pasajes sometidos a su análisis. Cierta vez, para mi regocijo, analizó una columna de nombres del directorio telefónico de Boston y demostró que en realidad hablaba de jornadas nocturnas, ritos de sembrado de semillas y el Eterno Retorno. Ya menos juguetón, espió debajo del texto superficial de la historia el contrapunto cristiano de Caída y Redención,

el radiante esqueleto envuelto en la desagradable carne de la tierra. Ed era también un maestro de la murmuración literaria, una especie de Vidas de los Poetas en versión oral. Me relataba, con el inescrutable cascabeleo de un agente secreto, la forma en que una noche Pound salvó a Eliot del suicidio en París, o lo que Wallace Stevens le dijo a Marianne Moore antes de perderse para siempre en un disfraz de funcionario de seguros de Hartford. En una ocasión de raro entusiasmo, tras una noche de fiesta en la oficina de la revista literaria de la que era colaborador, llevó al dormitorio una sagrada reliquia: una hoja de papel en la que había quedado la marca húmeda (a esa hora ya seca y casi invisible) del vaso de Conrad Aiken.

La devoción de Ed algunas veces le hacía sufrir penalidades. En sus exámenes orales, cuando había conquistado ya calificaciones de *summa,* se negó a hablar sobre una buena cantidad de poetas, entre ellos Tennyson, Wodsworth y Pope, alegando que eran "menores"; esto le hizo obtener un pobre *cum.* Ya fuera de la universidad, no halló un buen mercado para su capacidad de explicación y apasionada discriminación. Durante cierto tiempo lo vi en Nueva York; siempre estaba en vísperas de sostener una entrevista con algún editor de libros de textos o de revistas, que le daría un empleo. Pero aun llegado el caso de que acudiera a las citas, seguramente dejaba escapar su opinión de que la empresa, poniendo aparte su propia gestión futura dentro de ella, era insoportablemente menor, por lo que nunca lo contrataban. Se volvió excéntrico y gordo. Sus camisas a rayas parecían sucias; sus diminutos nudos de corbata parecían apenados. Mi esposa y yo lo invitamos a comer varias veces. En la última de tales ocasiones hablamos sobre Proust, a quien yo acababa de empezar a leer en mi forma torpe. "Charlus", dijo Ed. "¡Qué hombre horrible! ¡Qué individuo tan repugnante e increíble! ¡Oh!" Consternados, comprendimos que no podría contener su cascada de dislates; se bebió todo nuestro brandy, destrozó la pantalla de una lámpara y se marchó a las dos de la mañana, todavía vomitando denuestos contra Charlus. Lo acompañé hasta la esquina, donde me abrazó. Me hubiera besado, pero me agaché a tiempo. Los compañeros de dormitorio suelen despedirse con tal efusividad. Unos meses después supe que había encontrado un empleo y al cabo de un año me enteré de que lo estaba haciendo bien y progresaba rápidamente. Trabajaba para la C.I.A.

Por ello, estudiantes, cuando vilipendien la "estructura de poder" y ataquen al Pentágono, estarán perturbando la paz de un refugio de antiguos maestros del inglés. Este existe en la persona de Ed Popper, con sus hombros estrechos, sus dedos amarillentos de nicotina, sus primeras ediciones (que hoy valen miles), su dejo rural, su crucifijo y sus ojos como ciegos círculos azules para prácticas de tiro. Primero fue arabista y pasó años en Beirut, Estambul y Damasco. A mediados de los sesentas lo instruyeron en la doctrina de Lao y lo enviaron al sudeste de Asia. Creo que actualmente está en Sudamérica, quizás observando, con algo

más que los ojos interiores del poeta, las manchas orquidáceas que salpican la refulgente escoria del Amazonas. Seguro estoy de que ninguno de nosotros es capaz de realizar un acto "político"; llamamos a las puertas en favor de Stevenson, según recuerdo, porque parecía un poeta *manqué.* Al encontrarnos accidentalmente hace un año, antes de que Ed desapareciera en el "continente meridional" que él se negaba a mencionar por su nombre, comimos en un restaurante de chinos, me apabulló ordenando los platillos en chino y yo lo interrogué tímidamente sobre Vietnam. Debe existir, sugerí, algún motivo estratégico secreto, alguna riqueza que justifique la guerra. "Tonterías", repuso Ed. "No hay nada. Nadie desea la guerra. No la deseamos nosotros y Ho Chi Minh tampoco; sólo se trata de molestar a la otra parte. Lamento decirlo, pero Vietnam me parece absolutamente menor". Ed vestía pulcramente y estaba más esbelto; había desarrollado —pensé— la necesaria dureza. En cuanto a mis propios poemas, que habían empezado a deslizarse lentamente hacia las imprentas, me dijo que aunque manejaba bien los patrones del metro, me faltaba mucha resonancia... lo cual me pareció suficientemente verídico para no volver a verlo en algún tiempo. Decidí, en cambio, mirar un mapa, con todas esas beligerantes manchas de colores, e imaginar en él a Ed, una alusión oculta en el poema del mundo.

DOS TIPOS DE POLITICOS NEGROS

Por Martin Kilson

El crecimiento y los triunfos del movimiento pro derechos civiles en el decenio de 1960 han llevado a la escena política a nuevos tipos de dirigentes negros. De ellos, el Dr. Martin Luther King era el más distinguido y universalmente admirado. Los libros de esta crítica tratan de dos hombres muy distintos, que se han lanzado a la pragmática política electoral del Sur de los EE. UU. y han alcanzado renombre nacional. El autor de este artículo es profesor de ciencia del gobierno de la Universidad de Harvard y co-autor y editor de *Key Issues in the Afro-American Experience* (Cuestiones Clave en la Experiencia Afro-Norteamericana). Este artículo es un resumen del publicado en *The New York Times Book Review.*

Julian Bond: Black Rebel (Julian Bond: Rebelde Negro), por John Neary. Nueva York: William Morrow & Co. 256 pp.
Evers. por Charles Evers. Nueva York: The World Publishing Company. 196 pp.

Hasta hace poco tiempo, casi todos los dirigentes políticos negros procedían de las clases media y alta. Tanto en el Sur como fuera de él, el proceso de mediar en las relaciones políticas entre blancos y negros era asunto de la burguesía, lo que después de todo no es sorprendente. La burguesía negra no sólo poseía la habilidad y experiencia requeridas en la política; también tenían mayor contacto con las instituciones norteamericanas, fueran políticas o de otro tipo. Empero, esto no significaba que los negros de talento de la clase baja nunca llegaran a obtener poder político. Algunos lo lograron, pero eran excepciones, generalmente procedentes de la clase media baja o de las filas de la clase obrera especializada, como artesanos y tenderos.

Los dos libros de que trata esta crítica ofrecen interesante información tanto sobre la continuidad como sobre el cambio en la forma de actuar de los dirigentes políticos negros. La historia del ascenso de Julian Bond a una posición política de importancia en Georgia y en los Estados Unidos sigue en cierto aspecto el modelo tradicional de la carrera del dirigente negro. Bond, hijo de un brillante erudito y universitario de tercera generación procede de la clase de negros sureños de entre los cuales se espera que surjan líderes, sean buenos o malos. Su abuelo, el reverendo James Bond, educado en Berea y en Oberlin College en el siglo XIX, fue un firme y valeroso dirigente de los acosados negros de Tenesí a principios de este siglo. Por lo tanto, no es extraordinario que su nieto, Julian Bond, hiciera lo mismo en la epoca actual.

© 1971 por The New York Times Company. Reproducido con autorización.

Un Cultivado Activista Negro

Sin embargo, hay ciertos aspectos nuevos en la carrera política de Julian Bond que sirven para ilustrar la diferencia entre los políticos negros de la era actual y los de períodos anteriores. En particular, podría decirse que el activismo negro lanzó a Julian Bond a la política. Aunque el activismo negro basado en la violencia surgió fuera del Sur a principios del decenio de 1960, el activismo que interesaba a Julian Bond (el pacifista) sí era sureño.

El antiguo Comité Coordinador Estudiantil Pacifista (C.C.E.P.) era el principal representante de este tipo de activismo negro en el Sur a principios del decenio de 1960, y quizá su principal contribución al movimiento pro derechos civiles —cuya organización estaba dominada en esos tiempos por la Asociación Nacional para el Mejoramiento de la Gente de Color (A.N.M.G.C.) y por la personalidad de Martin Luther King, Jr.— fue diferenciarlo funcional e ideológicamente. Durante la era del C.C.E.P. en el movimiento, cada vez más organizaciones miembros comenzaron a especializarse en las acciones políticas en que cada una se consideraba mejor; en ese tiempo también ganaron importancia las actitudes activistas anti-blancas y pro-negras.

En estas circunstancias se inició Julian Bond en la política. Empero, no alcanzó renombre como un hábil dirigente, al estilo de activistas negros, como Stokely Carmichael. Fue más bien su capacidad como escritor educado y persuasivo, un atributo debido seguramente a su formación dentro de la alta clase media lo que hizo posible a Bond obtener una posición importante en el C.C.E.P. en 1961. Editaba su periódico *The Student Voice* (La Voz del Estudiante), escribía discursos y declaraciones, así como una serie de folletos. Esta experiencia, bien relatada por John Neary, encendió su imaginación política y sus aspiraciones.

Julian Bond

Hacia la Política Electoral

Julian Bond se vio envuelto en la política electoral en los años 1964-1966, cuando sacudía al C.C.E.P. un feroz faccionalismo entre blancos y negros, que dio como resultado la elección de Stokely Carmichael como presidente y la enunciación del concepto de poder negro como su doctrina. Su participación en el amargo y fracasado intento del *Mississippi Freedom Democratic Party* (Partido Demócrata para la Libertad de Mississippi) por derrocar a la delegación oficial de Mississippi durante la Convención Democrática de 1964 fue crucial en su decisión. A su regreso a Atlanta, Bond estuvo considerando la idea de competir por un puesto electivo en la legislatura estatal y en 1965 se presentó como candidato y ganó la elección por el 136 distrito legislativo, situado en Atlanta y con una población negra (y pobre) del 95%.

La subsiguiente carrera política de Bond difirió notablemente de la de Charles Evers. También Evers trató de obtener un puesto electivo local después de participar en el movimiento pro-derechos civiles. Pero a diferencia de Bond, Evers conservó y cultivó su interés en los puestos electivos locales, en tanto que Bond, vejado por el intento —anulado por los tribunales— de impedirle que ocupara su puesto en la legislatura de Georgia, debido a sus opiniones contra la guerra de Vietnam, decidió hacer política a nivel nacional. Llegó a ser un importante dirigente del movimiento de paz y fue nominado para Vice-presidente en la Convención del Partido Demócrata celebrada en Chicago en 1968; primer negro nominado para tal puesto por un partido importante.

De la Pobreza al Poder

Sin duda alguna, la elección de Bond y Evers de distintos campos en la política refleja su diferente origen. El estilo cosmopolita de Bond, producto del ambiente de la clase media alta en que creció, le sirvió de preparación en su carrera como líder político nacional. Evers, por el contrario, creció en el ambiente provinciano de los pequeños pueblos del Sur, donde campaba la pobreza y uno se daba cuenta de que era negro desde que "La madre lo escupió de su vientre". Sus relatos sobre su niñez y juventud en esta parte del Sur forman las secciones más interesantes de su libro.

Para Charles Evers y otros negros de pueblos pequeños del Sur la vida no difería mucho del "estado natural" de Thomas Hobbes: era sórdida, corta y brutal. Por fortuna para Evers su vida cambió al emigrar a Chicago a mediados de la década de 1950, donde según su relato, sorprendentemente franco, se dedicó a jugar, a alcahuetear mujeres y a contrabandear whisky entre otras operaciones económicas de dudosa legalidad. Por lo tanto, Evers no podía ser más diferente de Bond en cuanto a su origen, pero la forma específica en que ambos se iniciaron en la política es similar.

El activismo negro fue lo que llevó a los dos

Charles Evers

a la política. Empero, hasta cierto punto la ruta que Evers siguió fue única. Medger Evers, el hermano que Charles amaba desde la niñez, fue asesinado en 1963, después de una brillante carrera en el movimiento pro derechos civiles de Mississippi. Este suceso transformó la vida de Charles Evers. Hizo otro de él. El negociante y pequeño delincuente relativamente egoísta y definitivamente satisfecho de sí mismo se volvió un sagaz, firme y activo dirigente del movimiento pro derechos civiles. La astucia algunas veces exagerada de Evers se distingue en todas las secciones contemporáneas de su autobiografía. Tomó el puesto de organizador de la A.N.M.G.C. que ocupara su hermano muerto y lo utilizó como base para realizar una ambición política de mayor alcance: obtener un puesto electivo en Mississippi. Fue candidato al Congreso por primera vez en 1968 y salió derrotado. Dos años después fue elegido alcalde de Fayette, Mississippi, un pueblo negro en su mayoría, en el que gran parte de los electores obtuvo el derecho de votar gracias al Acta de Derecho al Voto de 1965, un documento al que bien pudo haber ayudado a poner en vigor la influencia personal de Charles Evers sobre el Presidente Lyndon Johnson.

Votos y Disturbios

La candidatura de Evers al Congreso en 1968 no era para él un asunto muy serio. Evers, quien consideraba las elecciones como un medio importante para movilizar políticamente a los habitantes negros de Mississippi, trató la elección como un ensayo final para la lucha por la alcaldía, en 1970, y otras actividades políticas futuras. Aquí también es evidente el contraste entre Bond y Evers. Bond, formado al estilo cosmopolita, apenas comparte el vivo interés de Evers por los intrincados pormenores del desarrollo político negro. Este interés fue la causa de la preocupación de Evers cuando visitó Harlem y descubrió el bajo porcentaje de votantes y empadronados entre los negros.

"He hallado que la mayoría de los negros de Harlem no están empadronados", comenta con pena. "No parece importarles. Sin embargo tienen que comprender que no hay motivo para amotinarse si se tiene el voto... La gente de Harlem siempre ha tenido el privilegio de empadronarse. Mi problema con ellos es que no quiero oír cuán negros y orgullosos son. Que salgan de ahí y lo prueben. Y sólo pueden probarlo organizándose y votando".

Desde luego, como funcionario elegido Julian Bond se interesa por los detalles de la política. Pero su estilo cosmopolita hace dudar de la tenacidad de su interés. Algunos colegas del creciente cuerpo de políticos negros de Atlanta son testigos de su alejamiento y desinterés por seguir el "juego" de la política práctica.

Al hacer esta comparación entre Julian Bond y Charles Evers no quiero sugerir que Bond y otros políticos cosmopolitas como él —blancos y negros— sean intrínsecamente incapaces de dominar los detalles de la subsistencia política. Lo único que opino es que el "cosmopolitanismo" y la urbanidad inspiran cierto temperamento, cierto estilo, si se quiere, un aspecto del cual es la falta de simpatía por lo mundano. Pero ¡ay!, lo mundano es la substancia de la política. Ciertamente los políticos negros que están conscientes del gran esfuerzo que deben hacer para que la fuerza electoral del negro llegue a su máximo, tienen que enfrentarse a lo mundano y tolerarlo. En su biografía de Julian Bond, John Neary sugiere que Bond lo sabe. De ser así, tanto Georgia como la política nacional de los EE. UU. serán los beneficiados.

OPINIONES DE UN INTELECTUAL SOVIETICO

Por William J. Parente

William J. Parente, profesor de ciencias políticas en Antioch College, Ohio, ha escrito extensamente sobre los acontecimientos soviéticos y de la Europa Oriental. Su crítica se reproduce con autorización de *The New Republic.*

Involuntary Journey to Siberia (Viaje Involuntario a Siberia), por André Amalrik. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich. 297 pp.

A los 25 años, André Amalrik fue expulsado de la Universidad de Moscú por tratar de enviar su tesis de historia sobre las relaciones eslavo-escandinavas en el siglo IX, a un erudito danés, pidiéndole su crítica. Un padecimiento del corazón le impedía realizar duras labores manuales. Y como tenía que mantener a un padre inválido en su hogar, no tenía gran interés en obtener un empleo corriente. Prefería escribir poemas y dramas, investigar problemas de la historia de Rusia, y coleccionar obras de arte moderno soviético.

Desgraciadamente, sus contactos con el exterior a la postre movieron a la policía secreta (KGB) a pedir a la policía de Moscú que lo detuvieran por los cargos de "parasitismo" creados por Jruschov en 1961 para limpiar a las ciudades de ebrios y desempleados crónicos. Para 1965, esa ley se había convertido en un medio común de enviar a Siberia a cualquier intelectual que causara problemas. En noviembre de 1970, después que en el extranjero se publicó su libro *¿Sobrevivirá la Unión Soviética Hasta 1984?,* Amalrik fue sentenciado a tres años en un campo de trabajos forzados, por "difamar" al Estado soviético.

El relato autobiográfico de Amalrik nos narra sus esfuerzos para evitar la deportación sosteniendo sus derechos legales. Nos asombra leer sobre un grupo de tres policías, que habían llegado a detenerlo, y que tienen que abandonar su apartamiento ante su exigencia de que le muestren una orden de aprehensión. Un miembro de la KGB suspiró, "Las cosas ya no son como antes". Mientras la policía trataba de obtener una orden de aprehensión contra Amalrik por no efectuar una "labor de utilidad social", él visitó al jefe del Departamento de Personal de la Administración Central de Policía y estuvo a punto de obtener un empleo en el periódico *El Policía Soviético,* antes de que volviera a intervenir la KGB.

© 1970 por Harrison-Blaine of New Jersey, Inc.

La Legalidad y la Policía

Los primeros capítulos del libro de Amalrik son una minuciosa descripción de los procesos legales soviéticos, tal como llegaron a afectarlo y algunas sensatas opiniones sobre cómo podría mejorarse el sistema:

> Al parecer, hoy las autoridades soviéticas se preocupan mucho por el aumento de la criminalidad; pero la lucha contra ella es imposible sin un efectivo sistema judicial que goce del respeto del pueblo. Lo que necesitamos no es la aprobación de nuevas leyes, cada vez más estrictas, sino la adecuada aplicación de las existentes, que ya son bastante severas hoy.

En una observación similar, hace notar la decisión de 1966, de dotar a los policías de garrotes, ante la creciente delincuencia juvenil: "...hasta hoy, los garrotes habían aparecido de manera prominente en la propaganda anti-norteamericana, y puedo recordar que desde que yo era niño, en nuestros periódicos, libros, películas, letreros y otro material de propaganda, el garrote era descrito extensamente como símbolo del 'modo americano de vivir' ". Amalrik critica esta decisión: "Si se considera la vaga idea que nuestra policía tiene de los límites de su autoridad, creo que ello causará grandes problemas... como ocurrió, por ejemplo, en Tula en el verano de 1967, cuando hubo una verdadera batalla entre policías y obreros después de que alguien fue golpeado con un garrote".

La reciente petición de Arthur Waskow de retirar a la policía norteamericana de los vecindarios locales encuentra apoyo en la convicción de Amalrik de que los policías de Siberia son más "civilizados y humanos" que los de Moscú:

> Creo que la razón es que se les recluta en el lugar mismo; la población local respeta a los policías y ellos tratan de ser dignos de ese respeto. En Moscú, en cambio, los policías generalmente son provincianos que han salido del ejército o de las fuerzas de seguridad; al hallarse en un medio que no les es familiar, sienten que la gente les es hostil, y reaccionan en consecuencia.

Amalrik critica, asimismo, la aplicación de las leyes contra el "parasitismo" aplicadas a los alcohólicos y adictos a las drogas. Los últimos capítulos del libro tratan del destino de los exiliados en los koljoses, y nos dan numerosos ejemplos de cómo el sistema no logra rehabilitarlos.

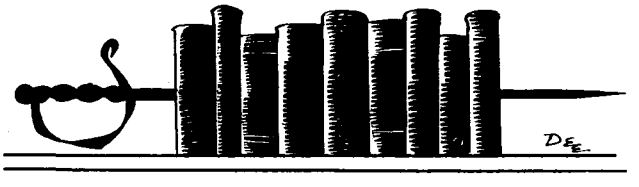
Los lectores occidentales ya conocen bien a Amalrik como autor de *¿Sobrevivirá la Unión Soviética hasta 1984?* En ese breve ensayo, se explora a fondo la posibilidad de que ocurran cambios políticos y sociales en la Unión Soviética. Por la apatía del ciudadano ruso, como individuo y como miembro del grupo, Amalrik llega a la conclusión de que sólo una guerra chino-soviética podría aportar cambios. *Viaje Involuntario* nos presenta un relato autobiográfico de los orígenes del pesimismo que se manifiesta en *1984*. Este último ensayo, aunque publicado antes del libro autobiográfico, fue escrito después de que Amalrik pasó un año, lleno de decepciones, entre los campesinos de Krivosheino. La aldea de Krivosheino se encuentra en la región de Tomsk, a orillas del río Ov, en los confines del mundo. La electricidad llegó en 1962, pero aún no es suficiente para poder encender un radio mientras se está ordeñando a las vacas. . . a menos que la máquina de ordeñar esté descompuesta, lo que ocurre a menudo.

Intelectual vs. Campesino

Aunque la crítica del autor va dirigida específicamente contra el sistema de granjas colectivas, el conflicto es más fundamental: entre el intelectual y el ignorante, problema recurrente en todas las sociedades, pero que ha encontrado su mejor expresión literaria en Rusia. Las obscenidades de los campesinos, su embriaguez, su intolerancia, sus malos hábitos de trabajo, resultan excesivos para un moscovita culto. Más significativo aún: Amalrik se escandaliza al ver que el sistema colectivo soviético ha dejado a los campesinos tan desarraigados como a los trabajadores de las ciudades, sin fe ni lealtad a la antigua religión, y ni siquiera a su tradicional individualismo. Finalmente, le deprime su incapacidad de mejorar su condición económica y su renuencia a aceptar sus claras sugestiones de organizar el trabajo colectivo de manera más eficiente.

Amalrik habla de la "mentalidad del koljoznik; ha dejado de ser un campesino, pero no se ha convertido en un obrero, y por lo tanto, no le preocupa lo que ocurra a los resultados de su trabajo".

Se tiene la impresión de que el rechazo intelectualista de Amalrik a los campesinos y a la "estupidez de la vida rural" a veces nubla sus imágenes y pone sobre su obra la carga de un análisis, innecesariamente pesimista, del futuro del Estado soviético. Sin embargo, sus opiniones no son sólo las de un oprimido: son impresionantemente objetivas en muchos puntos. Es el propio Estado soviético el más perjudicado, al impedir la publicación de sus opiniones dentro de sus propias fronteras.



LA ESFERA PROPIA DE LA MUJER

Por Barbara Miller Solomon

Barbara Miller Solomon es directora asistente de Harvard College y profesora de historia y literatura de la Universidad de Harvard. También es miembro de la Comisión sobre la Posición de la Mujer, del Estado de Massachusetts. Entre sus libros se cuentan *Ancestors and Immigrants* (Antepasados e Inmigrantes) y *Pioneers in Service* (Pioneros en Servicio). Este artículo fue abreviado del que apareció en *Saturday Review*.

Women in American Politics. (Las mujeres en la Política Norteamericana) por Martin Gruberg. Nueva York: Academia Press. 336 pp.
Few are Chosen: American Women in Political Life Today (Pocas son las Elegidas: Mujeres Norteamericanas en la Vida Política de Hoy) por Peggy Lamson. Boston: Houghton Mifflin. 240 pp.
Developing Women's Potential (Desarrollo del Potencial de la Mujer) por Edwin C. Lewis, Ames, Iowa: Iowa State University Press. 389 pp.
Born Female: The High Cost of Keeping Women Down (Nacida Hembra: El Alto Costo de Mantener Subyugada a la Mujer) por Caroline Bird, con Sara Welles Briller. Nueva York: McKay. 288 pp.

¿Cuál es la esfera propia de la mujer? En una sociedad cada vez más próspera, un mayor número de esposas y madres pueden decidir por sí mismas si quieren o no trabajar y seguir carreras. Empero, la libertad de elegir cómo usar su preparación y talentos no es una ventaja para todas las mujeres. Para algunas crea conflictos que tratan de resolver conformándose con menos de lo que esperaban lograr en la vida.

Los cuatro libros de los que se habla en este artículo concuerdan en que, durante muchas generaciones, la mayoría de las mujeres se ha conformado con ocupar una posición subordinada en la sociedad. Históricamente, sólo en períodos de gran agitación social pequeñas minorías femeninas, con ayuda de algunos hombres, han tratado de vencer la indiferencia de su sexo a la consecución de sus derechos como ciudadanas. Aunque en los Estados Unidos nunca ha habido tantas mujeres que trabajen como hoy día, la proporción de las que ocupan puestos directivos en el gobierno y los negocios no ha aumentado y en las profesiones y en los negocios más bien ha disminuido. ¿Cómo se explica el limitado número de mujeres en puestos importantes en todos los campos?

Electorado sin Interés

En su estudio, *Women in American Politics* (Las Mujeres en la Política Norteamericana), el experto en ciencias políticas Martin Gruberg opina que las mujeres no han explotado su fuerza uniéndose en suficientes números para formar un grupo de presión; tampoco han recurrido a la votación en masa. En lugar de ello han mostrado mucho menos interés que los hombres en el uso del sufragio. Por lo general, las no votantes se encuentran entre las jóvenes que no pertenecen a ninguna comunidad y las mayores de 60 años a quienes probablemente los problemas contemporáneos les parecen remotos. En una reciente elección presidencial, 22 millones de mujeres no ejercieron su derecho de votar.

Las estadísticas sobre mujeres en puestos públicos son aún más descorazonadoras. Desde 1920, cuando se concedió el voto a las mujeres norteamericanas, 10 han servido como senadoras de los EE. UU. y 65 han sido miembros de la Cámara de Representantes. A nivel nacional solamente 2% de los puestos legislativos han sido ocupados por mujeres y una proporción aún menor ha tenido puestos ejecutivos o judiciales. Con frecuencia las que ocupan puestos obtenidos por elección son viudas de senadores o representantes que previamente habían trabajado con sus esposos, o mujeres cuyos maridos podían cooperar con ellas gracias a que

© 1971 por Saturday Review, Inc.

sus ocupaciones profesionales o de negocios se lo permitían. El profesor Gruberg hace notar que hoy día hay en el Congreso menos viudas y más esposas que tienen una preparación profesional y han estudiado leyes.

En su libro sobre mujeres en la vida política Peggy Lamson habla en mayor detalle sobre este prometedor cambio. La autora se concentra en 10 mujeres que ocupan puestos importantes en el gobierno, de la senadora Margareth Chase Smith, a la alcaldesa de Hartford, Connecticut, Ann Uccello. La mayor parte de las que forman este selecto grupo creció en circunstancias económicas modestas; sólo una es soltera; todas menos dos tienen títulos universitarios y cinco de ellas han realizado estudios de post-grado. Aunque en su estilo de vida personal son muy diferentes, tienen en común una gran energía y firmeza y, como sus colegas del sexo masculino, han aprendido el arte de transigir; son políticas.

Aunque los ejemplos de *Few are Chosen: American Women in Political Life Today* (Pocas son las Elegidas: Mujeres Norteamericanas en la Vida Política de Hoy) sugieren que las mujeres más jóvenes en el servicio público muestran mayor confianza al arreglar sus compromisos de familia y carrera cuando reciben el apoyo activo y total de sus maridos, aún no hay señales de un interés en gran escala de las mujeres por seguir carreras políticas. Es en la política donde existen las pruebas más claras de la escasa, casi simbólica, integración de la mujer a puestos públicos de importancia, pero en todas las empresas "profesionalizadas" —ya sean de negocios, trabajo, leyes, medicina y organización académica— son pocas las mujeres que ocupan puestos directivos.

Transformación de Actitudes

Los autores admiten que la presencia de las mujeres en los niveles ejecutivos no será algo natural si, como declara Gruberg, no se lleva a cabo "una fundamental alteración del proceso de socialización". Un aspecto de ella evidentemente requiere la transformación de las actitudes de las mujeres, acostumbradas a no darse importancia y atadas por falsos conceptos de su femineidad. El psicólogo Edwin Lewis recalca la necesidad de un planeamiento inteligente de la educación de la mujer desde la niñez hasta la madurez como base fundamental de tal cambio. Su libro *Developing Women's Potential* (Desarrollo del Potencial de la Mujer) está dedicado a padres, profesores, maridos y patrones quienes al fin de cuentas son los que determinan las metas educativas y vocacionales de las mujeres. Además de presentar una equilibrada síntesis de las investigaciones sobre el crecimiento y desarrollo de la mujer que se llevan a cabo actualmente, Lewis ofrece a los expertos un libro de referencia. Concluye, con algo más de optimismo que Gruberg, que "Las mujeres tienen hoy oportunidades de desarrollarse como individuos, como nunca en la historia, aunque todavía no puede determinarse si sabrán sacarles todo el provecho posible".

Una de las proposiciones en que se insiste en estos libros es que en la sociedad norteamericana se obtendrá una completa igualdad de los sexos solamente cuando las mujeres la exijan. Pero, ¿la desean en realidad?

Peggy Lamson dice que sí, aunque no lo suficiente para luchar por ella, especialmente cuando las barreras que se oponen a su mayor participación son "invisibles y engañosas". También podría deberse a que su pasividad surge de que la mayoría se consideran amas de casa que trabajan y no como mujeres de carrera.

Llamado a la Acción

El espíritu de lucha que Lamson echa de menos en la mayoría de las mujeres, cada día es más patente, al menos entre la minoría capaz de dar voz a sus opiniones, y que constituye el "Movimiento de Liberación de la Mujer". El feminismo organizado tiene una capaz abogada en Caroline Bird, la autora de *Born Female: The High Cost of Keeping Women Down* (Nacida Hembra: El Alto Costo de Mantener Subyugada a la Mujer) que ataca la complaciente aceptación del *status quo* de la mujer, en una relación clara y llena de energía. Caroline Bird conoce la historia de su sexo en los EE. UU., y aunque simplifica demasiado las oscilaciones entre la femineidad y el feminismo que han ocurrido a través de los años, reconoce los progresos que ha hecho la mujer. Sin embargo, como los jóvenes a los que espera ganarse, es impaciente. Sí, dice "la discriminación

a favor y en contra de las mujeres en general disminuye, pero no con suficiente rapidez para mantenerse al paso de las cambiantes condiciones del hogar y el trabajo. . ." Espera que conforme mejoren la educación y la preparación de las mujeres, éstas pongan los ojos cada vez más alto hasta que se les permita contribuir con los hombres como iguales.

Bird considera que la educación y las ventajas de que hoy gozan los hombres y mujeres que asisten a la universidad, así como los graduados recientes, les ayudarán a erradicar de su mente las distinciones sobre lo que es masculino y lo que es femenino. Como resultado, estarán mejor equipados para el intercambio recíproco de la genuina colaboración en el matrimonio. Al hablar de esta meta, Caroline Bird se refiere especialmente a aquello a lo que los *hombres* deben renunciar en primer lugar, y tiene una sorprendente confianza en la capacidad de maridos y esposas para soportar las presiones de un matrimonio de dos carreras. Con las opiniones de un revolucionario, Caroline Bird está preparada para las radicales consecuencias que su modelo de total igualdad tendría para la estructura de la sociedad existente.

Pasaron 72 años desde la declaración de independencia antes de que un grupo de mujeres norteamericanas exigiera por primera vez, en 1848, la igualdad de derechos; otros 72 antes de que gracias a ello se les concediera el voto en 1920. La generación actual, y las que le sigan, tendrán que resolver "la cuestión de la mujer" de maneras diferentes y adecuadas a las necesidades de un mundo que cambia rápidamente.

EL ESTADO DE LA ANTROPOLOGIA

Por Donald S. Sade

El crítico es profesor de antropología en Northwestern University. Su crítica se ha reproducido de la revista *Science,* del 8 de mayo de 1970.

The Emergence of Man (El Surgimiento del Hombre). Por John E. Pfeiffer. Nueva York: Harper and Row. 486 pp.

En los últimos años han aparecido muchos libros, de gran difusión, que ofrecen una interpretación de la naturaleza humana basada en recientes descubrimientos del comportamiento animal, la paleoantropología, la etnografía, la biología, la neurología, y otras ciencias que antes no se relacionaban, tradicionalmente. Estos libros, aunque difieren en su enfoque y su estilo, se basan en un tema común (bien establecido en el libro de John Pfeiffer):

La suposición básica es que gran parte de la conducta humana contemporánea está enraizada en normas que se establecieron durante los últimos millones de años de la evolución homínida. Muchos actuales problemas humanos son resultado de cambios radicales en el medio humano. Aunque estos cambios en gran parte son resultado de la actividad humana, nuestra especie no ha tenido tiempo de producir las adecuadas adaptaciones biológicas a las nuevas circunstancias. Se ha sostenido que si encontráramos soluciones racionales en lugar de catastróficas a estos problemas, tendríamos que comprender las consecuencias de la transformación, en unas cuantas docenas de milenios, de unos diseminados grupos de pueblos cazadores y cosechadores que se convirtieron en habitantes de grandes ciudades industrializadas.

© 1970 por The American Association for the Advancement of Science.

El Hombre como Animal de Presa

Los seres humanos, biológicamente son depredadores y carnívoros, sigue diciendo ese argumento, y nuestras básicas motivaciones y capacidades son parte de tales hábitos. Estas características se establecieron cuando los primeros homínidas evolucionaron en su adaptación a las condiciones de las sabanas de Africa entre el último período miosénico y el primero pleistocénico. Durante este

tiempo, nuestros antepasados dependieron cada vez más de un régimen alimenticio de proteínas animales, mientras que, al mismo tiempo, mediante el uso combinado de su agilidad y sus avanzadas armas, evitaron convertirse en proteína animal para el omnipresente depredador terrestre: el principal demonio en la cadena evolutiva.

Para mediados del pleistoceno, los seres humanos desarrollaron medios de obtener grandes piezas de caza. De allí en adelante, los factores asociados con la matanza comunal de grandes mamíferos llegó a ser el más considerable agente selectivo de la evolución humana. Se desarrolla la capacidad lingüística, y mediante ella los hombres planean y coordinan sus correrías de caza. La repartición de los alimentos se extiende, a causa de la acentuada división del trabajo por sexos. Se desarrollan los rituales para aumentar la caza, y la religión enriquece las vidas de los salvajes alrededor de sus hogueras.

Al terminar el pleistoceno, después de la invención de la agricultura, las poblaciones aumentan rápidamente y los factores que resultan de esta concentración de pobladores reemplazan a la caza mayor como condición más importante a la que deben adaptarse los humanos. Estos factores, que incluyen una mayor susceptibilidad a las epidemias, así como una acelerada interacción entre los grupos humanos y dentro de ellos, se intensifican por la industrialización. Todo esto está limpiamente narrado; pero, ¿son buenas las pruebas en que se fundamenta?

Coherencia y Controversia

Pfeiffer no evalúa abiertamente las pruebas que soportan las conclusiones que él repite, pero aquí y allá se encuentran pasajes que insinúan, discretamente, ciertos problemas en las pruebas y la interpretación. Tal parece que el autor no quisiera reducir el interés de la historia que está narrando, si analiza demasiado claramente el excesivo entusiasmo de los principales personajes: los antropólogos que han aportado los trozos de esta historia. No obstante, el libro revela mucho acerca del estado de la ciencia, y éste puede ser, de hecho, su principal valor para el sector profesional: que le revela las debilidades del propio campo.

A diferencia de las emotivas y pesimistas obras de Robert Ardrey *(The Territorial Imperative* [El Imperativo Territorial] y *African Genesis* [Genética Africana]), o el ensayo, caprichosamente afirmativo, de Desmond Morris *(The Naked Ape)* [El Mono Desnudo], el libro de Pfeiffer no constituye un sermón personal. Antes bien, es un embellecido inventario de opiniones, enfoques y temas considerados relevantes en el estudio de los orígenes del hombre por muchos eruditos modernos, a algunos de los cuales parece haber entrevistado Pfeiffer, experimentado en cuestiones de ciencia. El tema principal puede dividirse, a grandes rasgos, en tres secciones; se trata, respectivamente, de la paleontología, la pre-historia y "pre-historia viviente", con lo cual Pfeiffer quiere decir las vidas de los hoy existentes cazadores-recolectores, primates no humanos, elefantes y carnívoros, y el desarrollo del comportamiento en los infantes del hombre.

El fácil estilo de Pfeiffer debería ser apropiado para un tema que muestra un alto grado de coherencia. Desgraciadamente, tal no es el caso en antropología. El autor trata, al mismo tiempo, de hacer un relato coherente de los orígenes del hombre y de presentar honradamente las contradicciones y controversias en la interpretación de las pruebas que aportan varias fuentes de información. Estos dos propósitos chocan. El tono de Pfeiffer parece un remedo del de sus fuentes: resulta afirmativo y no crítico cuando habla de los descubrimientos en campos tales como la conducta de los primates en los cuales no se ha desarrollado una rigurosa metodología, y adopta un enfoque precisamente lógico y empírico para decidir entre múltiples hipótesis cuando analiza la arqueología progresiva, en la cual está lográndose, por lo menos, un elemental avance científico.

Al analizar las tumbas de Neanderthal, Pfeiffer dice que "el ritual expresa la creencia o esperanza de que exista una conexión entre la repetición y la verdad, la idea de que si se repite suficientes veces una posibilidad, llega a convertirse en una certeza". Tales rituales son efectuados, con suficiente frecuencia, por los antropólogos. Ni una sola especulación ha sido repetida tan a menudo como la que relaciona la depredación de los carnívoros terrestres con la morfología (de tamaño canino) con la manipulación del medio (fabrica-

ción de armas), y con la organización social y el dimorfismo sexual (los machos defienden a las hembras y a los jóvenes). Esta especulación persiste, a pesar de la ausencia de un solo estudio de la relación de la depredación con la dinámica de la población de cualquier especie de primates, y pese a los descubrimientos de muchos estudios de las poblaciones de otros mamíferos, que demuestran que las relaciones entre la depredación, la regulación de la población, la organización social y la selección son muy complejas, y no intuitivamente obvias.

Los descubrimientos que Pfeiffer ha escogido para relatar al público reflejan la preocupación del antropólogo por lo espectacular, en detrimento de una sistemática investigación del proceso. El "espectacular canino" del mandril, el hecho de que los chimpancés empleen armas, los descubrimientos de matanzas de grandes números de enormes animales en varias etapas del pleistoceno medio, y otros sorprendentes artículos, son escogidos como nudos conceptuales alrededor de los que se construye el modelo de la evolución humana que arriba describimos. Afortunadamente, también se indica cierta corriente hacia un análisis más sereno de un conjunto de pruebas más representativas, particularmente entre los ecólogos y los prehistoriadores progresistas.

En Busca del Origen del Hombre

Los antropólogos son descritos por Pfeiffer como seres humanos, casi diríamos que como primates superiores. Las mejores partes del libro son las descripciones de los investigadores mientras trabajan: Leakey persiguiendo antílopes, Bordes afilando armas, Breuil gritando a sus críticos. Pfeiffer no oculta las violentas y enconadas pugnas en el campo, el apego emocional de los investigadores a sus teorías personales. Sin embargo, al terminar el libro, el lector no tiene una clara idea del estado actual de comprensión de los orígenes del hombre: el libro no es una exposición de conocimientos. Antes bien, Pfeiffer ha echado una ojeada, para el público, a la búsqueda hecha por el antropólogo de los orígenes del hombre, una mezcla literaria de anécdotas, artefactos y personalidades en un molde de especulación, a veces mística, sobre las causas de la antropogénesis.

La obra de Pfeiffer revela una gran excitación y produce la sensación de una gran aventura en el descubrimiento de los orígenes del hombre. Esta excitación la ha compartido el público hasta un grado quizás no igualado desde los tiempos de Darwin. Parece probable que estemos en el umbral de descubrimientos que revelarán las fuentes de la evolución humana con un grado de detalle inimaginable no hace mucho tiempo.

Créditos: página 15, dibujo de Saul Steinberg, © 1946 por Saul Steinberg, tomado de **The Art of Living** (Harper & Row, Publishers, Inc.), originalmente en **The New Yorker;** página 53, foto de Colin Westwood; páginas 86 (arriba) y 87, cortesía del Metropolitan Fund; página 86 (abajo), cortesía del Servicio de Información Sueco; página 88, dibujo de Saul Steinberg, © 1953 por Saul Steinberg, tomado de **The Passport** (Harper & Row, Publishers, Inc.); originalmente en **The New Yorker;** página 95, colección del Whitney Museum of American Art, Nueva York; página 96, colección del Sr. Louis D. Cohen y Sra.; páginas 97, 98 y 103, colección del Museum of Modern Art, Nueva York; página 99 (arriba), cortesía del Museum of Fine Arts, Boston; página 99 (abajo), cortesía de la Wilmington Society of the Fine Arts, Delaware Art Museum; página 101 (arriba), foto de Hans Namuth; página 101 (abajo), foto © Arnold Newman; página 102 (arriba), colección del Dr. James Husted Semans y Sra.; página 102 (abajo), cortesía de la colección The Phillips, Washington; página 104 (arriba), colección de la Sara Roby Foundation; página 104 (abajo), colección del Museum of Modern Art, Nueva York, Fondo Mrs. Simon Guggenheim.

AS-J-MEX-79-363-(100.5) 11-15-71